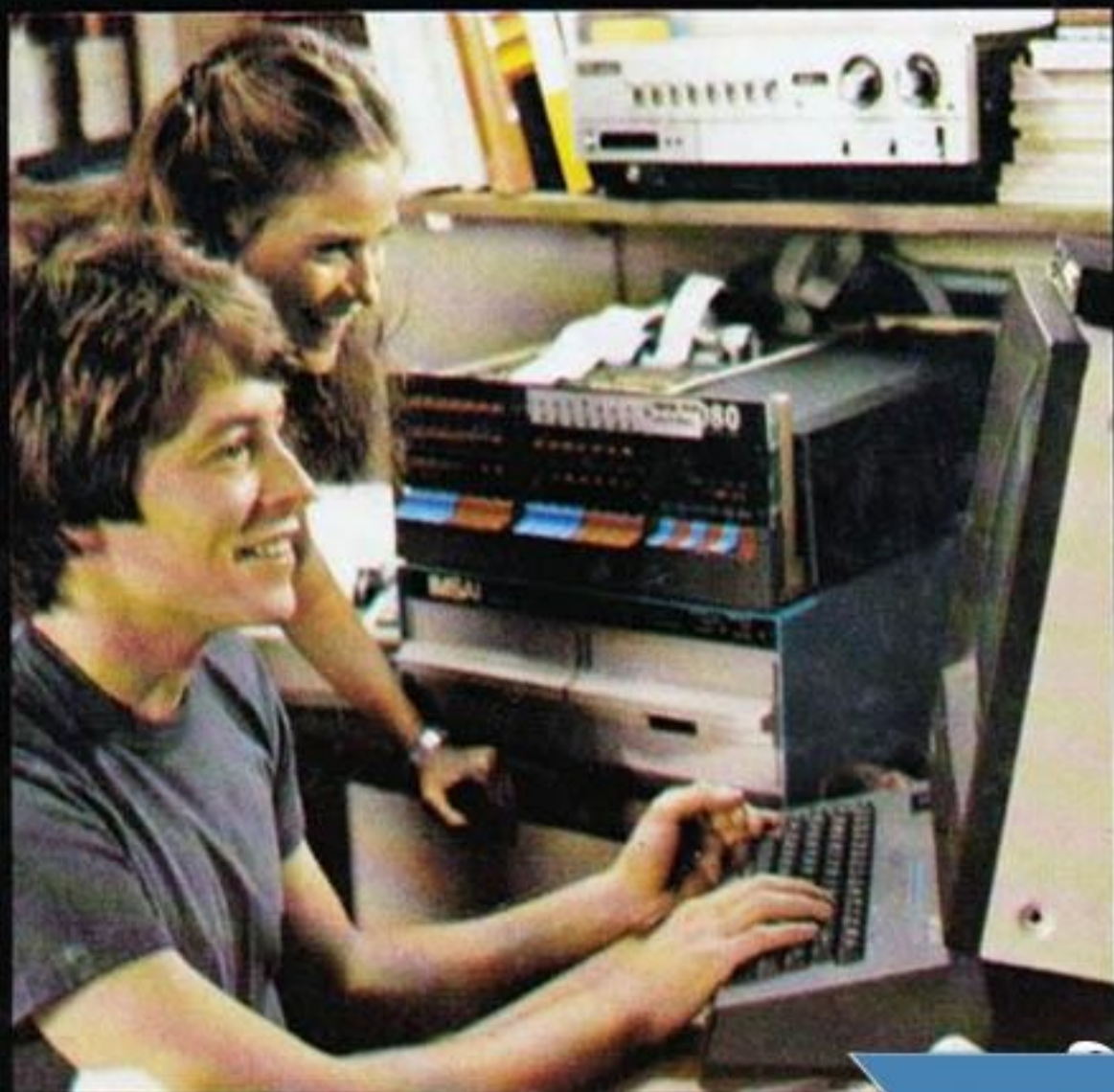


DAVID BISCHOFF

JUEGOS DE GUERRA



Lectulandia

En un lugar tranquilo de Seattle y en la casa de la familia Lightman, David discurre a través de sus sueños, un tanto ajeno a las dificultades de la adolescencia. Ha cumplido los diecisiete años y mientras los muchachos de su generación galopan ruidosas motocicletas y vibran bajo las cambiantes luces de las discotecas, él elabora sorprendentes combinaciones electrónicas. Con inaudita paciencia y valiéndose no pocas veces de desechos industriales, consigue construirse un pequeño ordenador que se convertirá en su mejor amigo. A partir de este momento los días sin sentido recobran para el joven inventor un apasionante significado. Sus padres intentan arrancarlo de aquella febril actividad, proponiéndole diversas distracciones que él rechaza. Su amiga Jennifer consigue un poco más, pero la vez que lo sitúa atrás de su moto, tiene la sensación de llevar tan sólo una carga inanimada.

David reencarna otra verdad: la era más avanzada de la civilización, el disparate tecnológico, la eclosión científica en sus más aterradoras posibilidades, la dinámica de una sociedad condicionada por el consumismo estéril y el tedio de lo cotidiano. Devorado por la pantalla luminosa donde se repiten cifras, frases inconexas y radiaciones fantasmagóricas. David pasa los días en un auténtico duelo de posibilidades. Se comunica telefónicamente con las computadoras de las más importantes fábricas de juegos electrónicos y entabla con ellas exhaustivas batallas, enterándose de paso, de fórmulas secretas y de costosos proyectos difícilmente consolidados.

En su inocente recreación, jamás puede suponer que un día cruzará su camino Joshua, la computadora del Departamento de Defensa de los Estados Unidos. La confrontación se repetirá esta vez pero en términos dramáticos porque lo que se encuentra en juego es algo más que la habilidad y la inteligencia. El mundo ha sido amenazado y en las coordenadas de la Seguridad Nacional, la hecatombe termonuclear puede producirse en cualquier momento.

Lectulandia

David Bischoff

Juegos de guerra

ePub r1.0

Titivillus 11.07.17

Título original: *Wargames*
David Bischoff, 1983
Traducción: Hernán Sabater Vargas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo: capitán Jerry Hallorhan y teniente Steve Ulmer

Nieve.

Los copos caían, densos como la electricidad estática de un televisor, amortiguando el rugido de los motores de la furgoneta de la Fuerza Aérea que llevaba a los dos oficiales hacia su mortífera misión nocturna.

—Pésimo día para proteger a la patria, ¿no? —comentó el teniente Ulmer.

Sostenía el volante con la despreocupada facilidad del experto en conducir por la nieve, pero mantenía la mirada fija en la helada carretera de Dakota del Norte. Innumerables copos de nieve agitados por el viento se agolpaban en las viseras de los faros del vehículo, reduciendo la visibilidad prácticamente a cero.

El compañero de Ulmer gruñó:

—Sí, es como si el cielo se hubiera desplomado sobre Red River Valley. Pero he estado destinado en Alaska.

Allí ocurren cosas peores.

Pese a sus palabras, el capitán Jerry Hallorhan se encogió aún más en su asiento, con la mirada puesta en el estropeado aparato de calefacción.

Malditos vehículos de la Fuerza Aérea, pensó. La aviación podía mantener a media docena de Ángeles Azules en vuelo de precisión, pero no era capaz de lograr que funcionara la calefacción de una de sus destartaladas furgonetas.

—Quizá nos den una medalla por llegar hasta aquí —apuntó Ulmer, al tiempo que reducía la marcha para tomar una ligera pendiente.

—Por Dios, teniente —contestó Hallorhan, hundiéndose más aún en su asiento—, si alguna vez un tipo encargado de apretar el botón hace algo para merecer una medalla, lo más probable es que no quede nadie para colocársela sobre su radiactivo pecho.

Hallorhan soltó una ronca risotada y se sonó la nariz con un pañuelo.

Lo que se había figurado, el principio de un resfriado. Sin duda, sus fosas nasales eran alérgicas a la nieve. Cuando alcanzara el rango suficiente, se aseguraría de que lo destinaran a un lugar como Arizona, de clima cálido. A Gladys le gustaría, y a los niños también. A su nariz le encantaría más aún.

Se limpió la nariz y suspiró. Le costaba respirar.

—¿Qué era lo que me decías de esa novia *hippie* que tenías? Esa Sheila —comentó Steve Ulmer al tiempo que aceleraba otra vez—. Parece una auténtica dama por lo que explicas.

Hallorhan sonrió para sí.

Desde luego —dijo—. Vivía cerca de la base de la Fuerza Aérea en Andrews.

¡Qué tiempos aquellos! Protesta y marihuana. Rock pesado y amor libre. Sheila estaba allí, en medio de todo. Era una auténtica radical. ¡Muchacho, le daría un

ataque si se entera de lo que hago ahora! Cuando no estaba aspirando gases lacrimógenos en la Universidad de Maryland, me llevaba a ver películas de Godard, o *Hiroshima, mon amour*. Vimos *Doctor Strangelove* tres veces por lo menos.

—Una antinuclear, ¿eh? —musitó Ulmer en tono sombrío.

—Sí, pero valía la pena —contestó Hallorhan, a la defensiva—. Una chica intrépida, esa Sheila! Se metió mucho en el misticismo oriental, ¿sabes?

¡Y las drogas...! Pasamos ratos muy buenos, te lo aseguro. Hacía cosas estrambóticas, como tener un auténtico bosque de plantas de marihuana y...

Ulmer escudriñó la ventisca.

—Estamos llegando al Centro —dijo.

—¡Ya era hora! —Hallorhan movió torpemente el maletín que llevaba a su lado, atado a la muñeca izquierda—. Mi madre solía ponerme unos guantes así. Deben de haber hablado con ella antes de colocármelo.

—Exacto —dijo Ulmer, riéndose, mientras encaminaba la furgoneta hacia el estacionamiento, junto al puesto de guardia.

—¡Gerónimo! —gritó Hallorhan, preparándose para el frío. Abrió la puerta y bajó del vehículo. El viento lo sacudió con fuerza y lo empujó contra el paragolpes del vehículo. Soltó una maldición y alzó la vista. Los copos de nieve lo cegaron. Se levantó la capucha. Ante ellos se alzaba un edificio que parecía una granja. El teniente Ulmer ya estaba avanzando a duras penas contra el viento y la nieve.

—Maldita Nueva Fuerza Aérea —murmuró Hallorhan, poniendo en movimiento su fornido cuerpo tras su subordinado.

Ulmer llegó primero a la puerta y la sostuvo para que pasara el capitán.

Hallorhan entró en el edificio, donde sí funcionaba la calefacción, y se quitó inmediatamente las botas llenas de nieve y la campera, para quedar con un uniforme azul brillante con el emblema del 321 de Misiles en la espalda.

En el cuello lucía un pañuelo rojo brillante.

—Aquí se está mucho mejor, ¿no? —dijo el capitán, mientras trataba de abrir la cerradura del maletín.

—Desde luego —asintió Ulmer, sonriendo. Hallorhan consiguió abrirla y extraer de ella una carpeta roja. Se acercó a un cristal a prueba de balas y le deslizó la carpeta por debajo al centinela, que los observaba sin inmutarse.

El centinela echó un vistazo a la carpeta, estudió las fotografías que contenía y las comparó con los recién llegados. Alzó el auricular del teléfono y marcó un número.

—Ha llegado el equipo de sustitutos —dijo. Una sonrisa cruzó su rostro—. De acuerdo —colgó el aparato—. Pasen. Veinte minutos más y habríamos salido a buscarlos.

—Sí —contestó Hallorhan—. Tengo que advertirle una cosa, muchacho... —añadió, dirigiéndose a Ulmer—. Aquí en los centros de control de lanzamiento de los misiles Minuteman III, quien se ausenta sin permiso, es radiactivo.

El centinela movió la cabeza ante el chiste de mal gusto, se inclinó hacia delante

y pulsó un botón. Sonó un zumbido y la puerta se abrió. Los dos oficiales entraron en zona segura.

El centinela volvió a estudiar sus rostros y devolvió la carpeta a Hallorhan.

Después sacó un par de pistolas de reglamento con sus correspondientes cartucheras y las depositó delante de ellos. Ulmer se colocó la suya.

—Hasta mañana —le dijo al centinela.

Los pasos de los dos hombres resonaron mientras avanzaban por el pasillo hasta la puerta de un ascensor. Hallorhan terminó de colocarse su cartuchera.

Un joven centinela con un fusil M-16 en las manos se cuadró a su paso. Los oficiales lo ignoraron. El teniente Ulmer pulsó el botón, y dejó que su superior fuera el primero en entrar en el ascensor.

—Y a veces —dijo Hallorhan, deseoso de reanudar la charla de la furgoneta—, Sheila cantaba toda la noche: «Om, mane pamde um, om mane pamde um».

—¿Encima de las plantas? —preguntó Ulmer, incrédulo.

—¡Sí! Unía las manos sobre las semillas y cantaba horas y horas. Consiguió las plantas más hermosas que he visto nunca. ¡Un material de primera!

Las puertas del ascensor se abrieron, y ante ellos apareció el nivel subterráneo de lanzamiento de la base. Había allí suficiente hormigón y acero para construir una ciudad, pensó Jerry Hallorhan. Una cabeza nuclear de cinco megatones no sería más que una guinda en aquel reducto.

En el momento en que Hallorhan salía del ascensor, seguido de Ulmer, empezó a aullar una sirena.

Hallorhan se dirigió apresuradamente a la puerta de seguridad. Tras marcar un código en el tablero, habló por el intercomunicador.

—Aquí el capitán Hallorhan. Preparado para acreditación. —Hizo una pausa y prosiguió—: Lima, Oscar, Noviembre, Lima, Whisky, Golf.

Le guiñó el ojo a Ulmer.

La sirena cesó. Bien. Hallorhan sacudió la cabeza. Vaya sonido, pensó.

Unos motores ocultos empezaron a rechinar. La cerradura de la puerta se abrió. Los dos hombres empujaron la puerta y cruzaron otro pasillo hasta alcanzar una segunda puerta de seguridad.

—Avon llama —dijo Hallorhan.

La puerta se abrió para ellos.

Saludaron despreocupadamente al equipo que iban a reemplazar.

El comandante de misiles, capitán Ed Flanders, se levantó de su asiento junto a los controles, se rascó el vientre y se desperezó.

—Nos tenían preocupados, muchachos. —Miró a su adjunto, el teniente Morgan, quien estaba sentado junto a uno de los controles de lanzamiento anotando lecturas en un tablero—. Las carreteras deben estar...

—¿Qué carreteras? —contestó Hallorhan con ironía.

Su hogar nocturno era una cápsula de tres metros por siete, una verdadera

pesadilla para un tecnófobo. Los indicadores parpadeaban. Los ventiladores zumbaban. Un leve aroma eléctrico se mezclaba con el de calcetines sucios y café cargado. El lugar estaba repleto de paneles de transmisores de alta frecuencia, interruptores de circuitos, purificadores de aire y sistemas de apoyo. En un rincón, había un teleimpresor de alta velocidad con línea directa con el cuartel general de Mando Aéreo Estratégico. En otra esquina, ronroneaba una heladera. Una letrina pequeña y escasamente íntima ocupaba otra de las esquinas. Cada una de las consolas de lanzamiento contenía una terminal de computadora y grandes paneles anunciadores que mostraban la ubicación, de cada uno de los diez misiles que controlaba aquella cápsula.

En la pared de la cápsula había una brillante caja fuerte roja, asegurada con doble cerradura.

El capitán Flanders dedicó una mirada más prolongada al rostro de Hallorhan, y luego le señaló, incrédulo:

—¿Qué es eso?

Jerry parpadeó.

—Pues... un bigote —repuso, indignado.

—¡Nueva imagen! —añadió Ulmer.

El adjunto se dirigió a la puerta abierta.

—Bien, caballeros —dijo el capitán Flanders, encaminándose tras él—, ¡que lo pasen bien!

Mientras Hallorhan cerraba la puerta de seguridad tras el equipo saliente, Ulmer se quitó la cartuchera, la colgó y se dirigió inquieto a la silla roja de su consola. El muchacho lucía fresco y descansado, pensó Hallorhan mientras se acercaba a un espejo. El teniente se había puesto a trabajar inmediatamente y ya estaba revisando una lista de comprobaciones sobre la actividad de la consola.

Hallorhan permaneció mirando su reflejo. Gladys también se había burlado del bigote. Decía que le hacía cosquillas cuando la besaba. Aunque no se besaban mucho en los últimos tiempos...

Ulmer ya estaba en plena labor.

—El número tres está todavía fuera de alarma, señor. Los demás pajaritos están limpios y verdes y sin problemas por el momento.

Hallorhan se señaló el bigote.

—A mí me gusta.

—Esa hierba de primera... —comentó Ulmer mientras sus manos maniobraban sobre una serie de botones—. Debía de ser sin semilla, ¿no?

Se encendió una hilera de luces. Sonó un zumbido. Ulmer lo acalló de inmediato pulsando rápidamente un segundo botón.

Hallorhan dio la vuelta y miró qué hacía en la heladera.

—¿Sin semilla? Esa hierba hacía que las demás parecieran orégano, hombre. Te dejaría plano.

Leche. Unos dulces envueltos en celofán. Una fuente de cartón con comida china que debía de llevar allí una semana. Algo de fruta. Hablar de droga le había abierto el apetito a Hallorhan. Escogió una manzana y se volvió para observar lo que se disponía a hacer su ayudante.

Le dio un ruidoso mordisco. Ácida. Lo que se imaginaba.

Una de las luces rojas del panel no respondió al botón que la desconectaba.

El teniente Ulmer dio un respingo.

—Luz roja, señor.

Hallorhan se adelantó para tener una mejor visión.

—¿Qué diablos...?

Ulmer tenía la mirada fija en la consola, como si hubiese visto un fantasma.

—Número ocho, alarma de guerra —dijo, con voz hueca. Hallorhan respondió con un bufido.

—Dale un golpecito.

Con evidente alivio, Ulmer le obedeció. La luz parpadeó y se apagó de inmediato.

Mientras Ulmer seguía las comprobaciones, Hallorhan se encaminó hacia su consola de mandos, a cuatro metros de distancia del teniente. Tomó asiento, hizo la habitual revisión del equipo y, por último, colocó los pies sobre la consola y empezó a soñar con Sheila mientras se cortaba las uñas.

Hallorhan pasó una hoja de su novela policíaca. Aquel tipo, Spencer, era magnífico. Tendría que buscar otros libros de Robert B. Parker. El detective de la novela estaba en pleno aprieto cuando una voz empezó a trinar por el altavoz.

«Pájaro del cielo, aquí Dropkick con un mensaje Azul Guión Alfa en dos partes. Cambio, cambio».

La novela cayó al suelo. Hallorhan respondió en forma inmediata. Se puso de pie y asió el libro oficial de la estantería situada sobre la consola. Pasó rápidamente las hojas. Dónde diablos estaba... Encontró una página en plástico azul titulada Azul Guión Alfa. Corrió a buscar un rotulador. Pensó que todo aquello era bastante raro.

—¿Listo para recoger el mensaje? —preguntó al teniente. Ulmer ya estaba a punto.

—Atento —asintió, al tiempo que recogía su libro de instrucciones. La voz volvió a hablar.

«Azul Guión Alfa... Azul Guión Alfa Romeo, Oscar, Noviembre, Charlie, Tango, Tango, Lima».

Hallorhan copió rápidamente el código en el espacio existente al efecto en el libro de instrucciones.

«Verificación», continuó la voz. «Delta, Lima, Oro, dos, dos, cuatro, cero, nueve, Tango, Víctor, Rayos X».

De nuevo, el adiestramiento lo impulsó a moverse automáticamente. Se encaminó a la caja fuerte. Ulmer ya había llegado allí.

Hallorhan atacó la combinación. Consiguió abrirla un segundo después de que

Ulmer hiciera lo mismo con la suya. Le temblaban las manos. Aspiró profunda y prolongadamente y comparó otra vez las iniciales de la verificadora de la máquina con las que acababa de copiar.

¡Coincidían!

En la pantalla de la computadora aparecía otra serie de letras. Hallorhan las estudió con detenimiento.

¡Idénticas!

—¡Mierda! —masculló Ulmer.

Hallorhan no podía apartar los ojos de la pantalla.

—Tranquilo —dijo, y tragó saliva—. Marca confirmación. Algún imbécil debe de haber cruzado un par de cables.

Con cuidado, Hallorhan marcó la petición en el teclado de computadora. A cuatro metros de él, el teniente Steve Ulmer estaba haciendo lo mismo.

—Vamos, pequeña —murmuró Hallorhan con los dientes apretados—. ¡Dinos que es un error!

Las letras desfilaron silenciosas en la pantalla.

ORDEN DE LANZAMIENTO CONFIRMADA.

COMPLETAR SELECCIÓN DE OBJETIVOS.

LIBERAR LOS MISILES.

TIEMPO DE LANZAMIENTO: MENOS SESENTA SEGUNDOS.

EMPIEZA LA CUENTA REGRESIVA.

Hallorhan quedó mirando lo que indicaba la pantalla. La voz del altavoz interrumpió sus pensamientos. «Sesenta, cincuenta y nueve, cincuenta y ocho...»

La voz de Ulmer era una letanía monótona:

—¡Oh, Dios, ésta va en serio!

Hallorhan se humedeció los labios.

—Muy bien. Allá vamos.

Su adiestramiento fue nuevamente lo que le hizo pronunciar aquellas palabras.

Dieciocho años en la Fuerza Aérea hicieron surgir aquella frase en sus labios. Se colocó el cinturón de seguridad alrededor de la cintura y lo cerró. Todo el resto de su ser permaneció anonadado.

En su adiestramiento le había explicado cómo actuar, qué debía hacer, pero nunca le habían dicho cómo debía sentirse cuando aquella orden irrumpiera en la cápsula de mandos.

Hallorhan asió la llave que había tomado de la caja roja y la introdujo en una ranura cuyo rótulo indicaba: CERRADO, ABIERTO, LANZAMIENTO.

Todavía en automático, Hallorhan dijo:

—Introducir código de apertura.

Ulmer tecleó en el tablero, marcando el código. La voz del teniente seguía sonando, monocorde.

—Preparado... Código de apertura introducido.

En lo más recóndito de la mente del capitán Jerry Hallorhan, más allá del adiestramiento, más allá de la sorpresa, más allá de todo lo demás, una vocecilla parecía hablarle.

—Hum —dijo, con un ligero temblor en la voz—. Introducir llave de lanzamiento.

—Roger. Llave de lanzamiento introducida.

Un recuerdo lo asaltó. De nuevo Sheila. Sheila en una de sus diatribas contra la guerra nuclear.

—Bien... —dijo Jerry, con la mirada fija en la pantalla, el corazón al galope y la boca seca—. Siguiendo mis instrucciones: Girar la llave de lanzamiento a posición ABIERTO.

Dio vuelta a su llave y advirtió que Ulmer había hecho lo propio con la suya al mismo tiempo.

—Roger —confirmó Ulmer—. ABIERTO.

Jerry rememoró la voz de Sheila: “El problema es que la idea central es demasiado grande para las pequeñas mentes militares, que son incapaces de entenderla. Estamos hablando de unas armas que borrarán de la tierra millones y millones de vidas humanas, por unas simples diferencias ideológicas.

Hablamos de borrar toda huella corporal y, posiblemente de eliminar toda esperanza y todo amor. Estamos hablando de la destrucción de todo lo que tiene importancia para nosotros, y quizá para siempre. Imagínatelo, Jerry.

¡Imagínatelo!

—¿Señor? —intervino el teniente.

—Sí... —contestó Jerry, mirándolo—. Misiles en posición.

El teniente Ulmer levantó las cubiertas, que protegían una serie de interruptores que habían permanecido hasta entonces con el seguro puesto. El rostro del ayudante reflejaba concentración. Empezaba el proceso de colocar los mandos de los misiles en posición de disparo inmediato; Ulmer manipuló los controles con la precisión que da la práctica.

—Número uno en posición... Número dos en posición —dijo en tono monocorde—. Número tres en posición.

Diez misiles saldrían disparados de sus rampas, cruzarían la ventisca exterior, soltarían tras de sí una estela de humo y fuego y dibujarían un arco en la estratosfera con su terrible carga nuclear. Aproximadamente la mitad serían destruidos en el aire, pero el resto alcanzaría sus objetivos estratégicos sobre Rusia, estallando en las familiares nubes en forma de hongo.

—Número seis en posición.

De repente, Jerry casi pudo ver la carne mutilada por la explosión.

—Un momento —dijo—. Quiero confirmar todo esto con alguien por el maldito teléfono.

Alzó el auricular. Llegó a sus oídos un agudo zumbido. Jesús, pensó, esto es lo

que sucedería si...

Devolvió el auricular a la horquilla de un golpe.

—Todos los misiles en posición —informó Ulmer.

—Comunícame con el puesto de mando con tu teléfono —ordenó Hallorhan, con un tono de desesperación en la voz.

Con la remota esperanza Ulmer alzó su aparato. El zumbido era como el grito de la muerte. Ulmer se volvió a Hallorhan, con una interrogación ansiosa en los ojos. Hallorhan buscó otra posibilidad de comunicación.

—¡El Mando Aéreo Estratégico! Comunícate con el cuartel del Mando Aéreo ¡Por alta frecuencia!

—Pero, capitán, ésas no son las órdenes.

—¡A la mierda las órdenes! —aulló Hallorhan—.

¡Quiero hablar con alguien por ese maldito teléfono antes de matar a veinte millones de personas!

En su cabeza sonaron de nuevo las palabras de Sheila. «¿Has visto alguna vez las quemaduras por radiación, Jerry? ¿Has visto lo que le causará la gente la lluvia radiactiva?».

Ulmer levantó con gesto desesperado los auriculares y se los llevó al oído.

Se volvió hacia un transmisor militar y manipuló el selector de canales, escuchando con suma atención. Suspiró.

—Nada. —Una mirada obsesionada brillaba en sus ojos—. Probablemente estén...

Volatilizados.

Hallorhan inspiró profundamente y espiró rápidamente. Gladys estaba allí afuera. Y también los niños.

—Muy bien. En posición. Girar las llaves a posición «LANZAMIENTO».

«Usted es un buen elemento, capitán Hallorhan», le habían dicho. «¿Cuál es su situación? “Diez años por delante hasta la jubilación voluntaria? Tiene buenos informes. Sí, creemos que puede cumplir los requisitos. Esperamos que se dará cuenta de que este tipo de obligación es el más alto honor que pueda recaer sobre un oficial... y también la más alta responsabilidad».

—Roger. Preparado para lanzamiento —dijo Ulmer.

«Va a tener en sus manos el futuro de los Estados Unidos de América, capitán Hallorhan», le habían dicho. «Su país cuenta con usted...».

—Trece, doce...

Por el altavoz se inició la cuenta regresiva automática. Hallorhan la siguió mentalmente.

—Once, diez...

Las palabras de Sheila volvieron a invadir su mente: «Pero, Jerry, no eres una máquina, sino un ser humano. ¡Por esto estoy contigo! ¡No dejes que esos cerdos te laven el cerebro!».

Las palabras no acudían a los labios de Hallorhan. Parecían atorársele en la garganta.

Ulmer se volvió hacia su superior con una expresión de alarma en el rostro.

—... ¡Señor, tenemos órdenes precisas!

Hallorhan no respondió. Observó al teniente. Ulmer sacó de la funda su pistola automática y apuntó a su superior.

—... Ponga la mano en la llave, señor —exigió Ulmer, con un deje de duda en la voz.

—... Cinco, cuatro... —anunció el altavoz.

Hallorhan apartó la mirada y movió la cabeza en gesto negativo.

—Lo siento.

La cuenta regresiva apareció en letras brillantes en la pantalla.

—... Tres, dos, uno, lanzamiento —dijo la voz.

La otra voz, la de Sheila, parecía más lejana, pero seguía siendo clara. Una decisión ética, no, una decisión moral. ¡Por primera vez en tu vida, Jerry Hallorhan! ¡Haz algo importante!

Ulmer estaba desesperado. Su voz sonaba débil y nerviosa.

—¡Señor..., estamos en lanzamiento! ¡Gire la llave!

Jerry se sintió invadido por una repentina tranquilidad, una total aceptación, una inmensa paz.

Se volvió hacia el teniente Ulmer y le dijo:

—No puedo.

Un zumbido capaz de romper los tímpanos a cualquiera invadió la pequeña cápsula de mando mientras el comandante de misiles Jerry Hallorhan aguardaba en silencio lo que fuera a producirse a continuación.

Capítulo 1

David A. Lightman en su casa

El mundo no terminó con un estallido, ni siquiera con un gemido, sino en un silencio absoluto.

Nubes en forma de hongo surgieron de la superficie del planeta Tierra. Por toda América del Norte y del Sur se abrieron inmensas grietas en zigzag. El humo se extendió en nubes que se desplazaron a inmensa velocidad.

—¿Qué diablos...? —dijo David Lightman. Tomó el control remoto, apuntó hacia la pantalla y pulsó el botón de volumen de su viejo televisor en color de diecinueve pulgadas. El aparato produjo un zumbido más fuerte, un ruido de fondo, pero nada más. En la pantalla, la superficie de la Tierra se desmenuzó y un brillante letrero en color carmesí anunció:

FIN

David Lightman se recostó en su asiento y se golpeó la frente con la palma de la mano.

—¡La rutina de la explosión final!

Había olvidado completamente aquella estupidez. Se echó a reír. Las demás cosas que había diseñado para el programa Destrucción del Planeta habían resultado perfectas. Eran casi mejores que la casete de Guardianes de las Estrellas de Atari. Tenía mejor diseño gráfico y mejor sonido.

El muchacho, que acababa de cumplir los diecisiete años, cerró el interruptor de su maltrecha terminal Altair, que se detuvo de inmediato. Bueno, tendría que utilizar algunas maquetas nuevas, pero no se libraría por nada del mundo de su Altair. Aparte de las unidades extra de almacenamiento de memoria y demás aparatos periféricos que le había acoplado, aquel cacharro era una obra de arte construida a base de diversos remiendos, unidos con goma de mascar y poco más que grandes dosis de ingenio.

Naturalmente, si caía en sus manos algún equipo IBM no lo rechazaría, pero el aparato de que disponía le había servido para sus propósitos perfectamente hasta el momento. Era cierto que parecía la tumba de un experto en electrónica en medio de su habitación, pero, era de su propiedad exclusiva.

David suspiró. Colocó el disco maqueta de segunda mano, aguardó a que se apagara la luz de «ocupado», y después conectó el Altair.

PREPARADO dijo al instante la pantalla.

David se rascó el vientre por encima de la camiseta y meditó. El resto del programa estaba perfecto, al parecer. La situación de los extraterrestres intrusos era perfecta, las naves terrícolas defensivas eran pura dinamita, y el cataclismo final de la

destrucción de la Tierra, que señalaba la victoria del jugador, era realmente formidable. No tendría que hacer de nuevo las fichas de todo el juego. Bien, adelante.

Marcó DOS, sistema operativo de discos. Hubo una breve pausa, tras la cual fue recompensado con una lectura que contenía todas las secciones del programa de «Destrucción del Planeta».

Allí estaba. Había olvidado el nombre clave que le había asignado.

KERSMASH

Tomó los sectores 005 del viejo disco «elefante».

Hum... Si consiguiera unirlo a las gráficas de la manera adecuada...

Acudió de nuevo al Basic y ordenó: LISTA D: «KERSMASH».

Casi al instante, las líneas de aquella sección del programa aparecieron en la pantalla, perfectamente numeradas. David conocía bastante el lenguaje de computadoras, pero el Basic le bastaba para aquel programa en especial.

Conectó la máquina IBM I que tenía al lado, utilizada como impresora, y tecleó: IMPRIMIR.

La máquina obedeció con dolorosa lentitud. Si tuviera una impresora decente... Hasta una matriz de punto serviría.

Sin embargo, tenía que arreglarse con la vieja IBM de su madre, con su miserable asignación semanal y sus esporádicos trabajos eventuales.

—¡David! —gritó su padre desde el pie de las escaleras. El viejo nunca subía y llamaba a la puerta. Se limitaba a gritar desde los primeros escalones—. ¡David, la cena está lista!

David suspiró y se asomó a la puerta.

—¡Un minuto!

—¡O cenas ahora, o no cenas!

—¡Mierda! —Cuando era la madre quien hacía la cena, a su padre no le importaba si David aparecía o no en la mesa. En cambio, cuando la madre estaba ocupada en su trabajo de agente inmobiliaria y era él quien se encargaba de la cena, la asistencia a la mesa era obligatoria, aunque Harold Lightman supiera tanto de cocina como de mecánica cuántica.

—¡Voy a lavarme las manos y bajo!

David regresó a la impresora.

Chunka-chunka-chunk, tecleaba la IBM, mientras su pequeño cabezal marcaba limpiamente las letras y cifras en la parte de atrás de unos formularios de venta que su madre le había regalado.

—¡Date prisa! —susurró a la máquina, dando unos golpecitos con los dedos en la carcasa, con la mirada ausente, perdida en la habitación. Vaya desorden, pensó. Vio ropa esparcida por todo el piso y la cama. Si su madre echara una mirada a la habitación, le daría un ataque. Había sido una buena idea dejarla siempre cerrada con llave. También por su padre, quien parecía considerarla el calabozo donde el bastardo monstruo genético de la familia, con su cerebro trastornado, permanecía encadenado

lejos de la vista de la gente respetable.

—¡David! ¡Me voy a enfadar!

—¡Ya va, ya va!

La máquina acabó de imprimir la sección del programa. David asió un grueso bloc de notas, un bolígrafo, arrancó las hojas mecanografiadas de la IBM y bajó las escaleras prácticamente de un salto.

Se sentó a la mesa del comedor y dejó lo que llevaba en las manos junto al plato. Su padre estaba frente a la cocina. Cuando se volvió, David vio que llevaba puesto un delantal. ¡Qué típico!, pensó.

—¿Qué es eso, tu tarea? —preguntó el padre.

—Ya la he terminado —contestó David, extendiendo los papeles por la mesa, perfectamente puesta.

—David, este año quiero ver mejores notas.

El muchacho sonrió para sí mientras observaba las páginas recién impresas.

—Sí, de acuerdo. Creo que puedo prometerte eso.

—Perfecto.

El señor Lightman se acercó a la mesa, removiendo algo en una olla, que depositó sobre el posafuentes.

David contempló incrédulo el humeante contenido de la olla.

—¿Salchichas y garbanzos? ¿Me hiciste bajar corriendo por unas salchichas con garbanzos?

El señor Lightman se ajustó sus gafas sin marco y en sus rasgos redondeados se materializó una expresión dolorida.

—Es mi receta especial. Lleva pimientos y cebollas picadas, un poco de especias, extracto de carne, jamón... Y un poco de tomate y lechuga que he encontrado por ahí —señaló un recipiente con la ensalada, en un rincón de la mesa—. Bueno, ya sabes que tu madre tiene mucho trabajo estos días...

—Sí —David se sirvió una cucharada del guiso de color parduzco en el plato.

El señor Lightman tomó asiento y empezó a comer, con el entrecejo fruncido en todo momento.

«Veamos, pensó David. ¿He dejado suficientes cifras aquí? Si utilizara una subrutina GOTO aquí, podría...».

—Sería muy agradable tener una verdadera conversación contigo en la mesa, ¿sabes, David? Lo preferiría a verte volcado sobre ese galimatías de programas de computadora tuyo, o verte leer siempre ciencia ficción o cualquier otra estupidez.

—Papá, esto es muy importante para mí —contestó David, con gesto de hastío.

—¡Ah! —el padre vertió un poco de salsa sobre su ensalada—. ¿En qué estás trabajando ahora?

—Estoy terminando el programa de un juego.

—¿De verdad?

—Sí. Quizá lo venda y saque un poco de dinero.

—Bien, entonces tiene usos prácticos... ¿Qué clase de juego?

—Eso es un secreto, papá. Quizá te lo enseñe cuando lo haya terminado.

—¿Y por qué no ahora?

—No entiendes. Todavía no está perfeccionado. Cuando lo esté, tendré que conseguir los derechos de autor.

—Si sacas dinero con eso, no estaría mal que te compraras un traje, David. Y, hablando de eso, podrías lucir más a menudo ese traje en la iglesia. El pastor Clinton me ha estado preguntando por ti.

—¿Está preocupado por el estado de mi alma?

—Te aprecia mucho, David.

—Papá, lo único que quiere es apuntarme en la lista de Paganos Convertidos, para así juntar unos puntos más que presentar a Dios. Para él es sólo un juego.

—En eso no parece muy diferente a ti.

—¿Cómo?

—Tú también te dedicas a los juegos... con esa computadora. Continuamente.

—Todo es un juego, papá.

—Y uno ha de aprender a ganar, ¿no?

—En absoluto. Lo que uno debe aprender es a hacer el juego.

El padre movió la cabeza, molesto, y se dio por vencido. David volvió a repasar el programa. En realidad, su padre no era un mal tipo, pero tenía la cabeza en el ozono. Programación incorrecta. Sí, David podía imaginárselo:

10 REM HAROLD LIGHTMAN

20 IMPRIMIR «LA VIDA DE DON NADIE»

30 SI ES BUENO, ALCANZAR EL CIELO

40 SI ES MALO, DIRECTO AL INFIERNO

Tras garabatear unas cuantas líneas claves de «sonido» para el programa, dejó a un lado la libreta de notas y se apresuró con la comida para poder volver arriba lo antes posible y hacer las pruebas pertinentes.

Harold Lightman se limpió los labios con una servilleta de papel y la dejó caer en el plato.

—David, el club de jóvenes de la iglesia se reúne esta noche. Creo que, dado que tu madre no está, deberíamos ir los dos.

—No, papá, gracias.

Con un exasperado movimiento de cabeza, el padre abandonó la mesa llevándose su plato. David escuchó un estrépito de platos en el fregadero de la cocina.

Harold Lightman apareció otra vez, con el rostro encendido y gesto nervioso.

—Si te hubiera dicho de ir a esos estúpidos salones de juegos en video, o a ver alguna película porno, o a uno de esos conciertos de *punk rock*, estoy seguro de que habrías aceptado, ¿verdad?

—Papá, por favor. Se llama new wave.

—No me importa cómo lo llames. Para mí sólo tiene un nombre: basura.

David no contestó. Era triste reconocerlo, pero no se entendían. Alzó el tenedor y atravesó con él varios trozos de salchicha y algunos garbanzos.

—Oye, papá, ¿sabes que la comida está realmente buena?

—¡No cambies de tema!

—Tranquilízate, papá. No quiero ir a la reunión ni tampoco quiero ir a ninguna de las otras cosas que has dicho porque tengo que terminar mi programa, ¿comprendes?

—¿Sabes lo que pienso, David? Que te gusta más esa computadora que las chicas. A tu madre le preocupaban las mujeres que pudiera haber en tu vida, pero veo que no hay de qué preocuparse. En absoluto.

David se encogió de hombros y se sirvió la leche.

—Papá, déjame en paz, ¿quieres? No te metas en mis asuntos.

—¿Qué tienen de fascinante esas computadoras, David? ¿Cuál es la magia de esas máquinas para que te pases horas, días enteros, ahí arriba, pegado al tablero y al aparato de televisión marcando cifras y órdenes, o destruyendo Invasores del Espacio o lo que estás haciendo?

David se levantó, recogió sus papeles y se los colocó bajo el brazo.

—Me divierten mucho, papá.

—No has terminado la cena, David.

—Dásela a Ralph. Creo que está ahí fuera, revolviendo el cubo de la basura.

Con una risa de impotencia, Harold Lightman alzó la mirada hacia arriba, como si pidiera ayuda al cielo.

—En otros tiempos, ¿sabes?, los padres solían castigar a sus hijos dejándolos encerrados en sus habitaciones. Hacer eso contigo sería como hacerte un favor.

—Sí, papá. Hasta luego.

De regreso en su habitación, David volvió a colocar rápidamente el disco que había utilizado en la máquina, lo hizo girar rápidamente, y se enfrascó en una tarea bastante difícil. Le llevó más de una hora decidir y conseguir los sonidos exactos y programarlos en el juego. Después traspasó la rutina al disco maqueta del juego y sacó un disco copia por si algo iba mal.

Después, hizo una partida de Destrucción del Planeta.

Mientras se producían destellos de colores y las naves espaciales estallaban, David tenía la cabeza en otra parte.

Su padre no lo entendía, ni hacía esfuerzo alguno por comprenderlo. A nadie le importaba en realidad... Todos estaban demasiado ocupados, demasiado envueltos en sus propias actitudes heladas, en sus propios juegos que no hacían sino repetirse y repetirse, como si fueran un programa defectuoso...

Destruyó el último crucero terrícola con una poderosa ráfaga de disparos. Las gráficas que representaban al planeta Tierra aparecieron en la pantalla.

—Tú eres todo lo que necesito —le dijo el muchacho a su complejo de

computadoras.

Apretó el botón rojo situado junto a los mandos del juego. Unos rayos energéticos descendieron sobre la Tierra y unos misiles nucleares, con su estela de fuego, se abrieron camino hacia sus blancos.

David subió el volumen.

Esta vez el mundo acabó no sólo con un estallido, sino con profusión de silbidos, fuertes explosiones y, por último, una burlona esquela funeraria.

Se oyeron unos golpes en la puerta.

—¡David! ¿Qué diablos ha sido eso? ¿Estás bien?

David Lightman desconectó la computadora y sonrió.

Capítulo 2

Dr. John Mc Kittrick y Dra. Patricia Healy

Cuando sonó la llamada telefónica para despertarlos, Patricia Healy vio que John Mc Kittrick ya estaba levantado y vestido. Se hallaba junto a la ventana de la habitación del hotel con la mirada fija en las Rocallosas y un cigarrillo entre los dedos.

—Ya he pedido que nos suban el desayuno —dijo, mientras Pat colocaba el teléfono y luchaba por despertarse del todo. No había dormido mucho aquella noche—. ¿Qué te parece un desayuno liviano?

—Humm —contestó ella, alargando la mano para asir el salto de cama, que tenía en la silla próxima—. Sí, está bien, John.

La muchacha se encaminó al baño. Cuando salió, John Mc Kittrick encendía un nuevo cigarrillo. Pat lo besó.

—Gracias —dijo él, relajándose un poco al ser abrazado por la muchacha—. Lo necesitaba.

Necesitabas toda la sesión —contestó ella—. Por eso estamos en el Colorado Springs Sheraton. Relájate, me haces sentir como una pobre criada.

—Lo lamento —dijo él, girando, moviendo el cuello, y haciéndole cosquillas con el bigote—. Te necesito de veras. Me siento mucho mejor. Maldita sea, Pat, me temo que incluso estoy enamorado de ti.

—Sí; bueno, lo cierto es que estás más tenso que las cuerdas de un piano —se apartó de él para ir a recoger sus ropas—. No es lo mismo que si nunca hubieras hecho ese movimiento, John. El Presidente sabe perfectamente dónde estás.

—Creo que ahora hay algunas posibilidades —dijo Mc Kittrick, aplastando ostentosamente el cigarrillo en un cenicero—. Más aún. Es inevitable. Ya se lo expliqué a Falken... ¡Nuestro trabajo iba a llevarnos indefectiblemente a eso!

—¿Y qué hay de tu esposa?

—¿Elinor? —Mc Kittrick negó con la cabeza, con gesto abatido—. Ella cree que estoy trabajando hasta tarde en el Crystal Palace, y que después me quedo a dormir ahí, como hago docenas de veces.

—Sólo que pasas la noche en brazos de tu amante...: la única mujer que comprende lo que pasa por esa brillante e intrigante cabeza.

—Tú tampoco me comprendes, ¿verdad? —dijo Mc Kittrick.

—Yo conozco las computadoras, John —dijo ella, mientras localizaba una media—. Conozco el NORAD, y conozco el sistema de defensa. Sé cuál es mi deber y obedezco las órdenes lo mejor que puedo. Pero se trata de un trabajo, John, no de una obsesión.

Mc Kittrick negó con la cabeza.

—Tú no conociste a Falken. No llegas a apreciar en todo su valor lo que él empezó y yo he perfeccionado... y bien podría terminar. Y es el mejor sistema, sin discusión. Cariño, todavía estamos en los años cincuenta en lo que se refiere a nuestro sistema de defensa. No comprendes: Eso es parte del peligro. Escucha, Patricia, yo no he creado las guerras ni he creado las armas nucleares, ni los misiles ICBM ni los submarinos atómicos... Y tampoco he hecho comunistas a China y a Rusia. Lo único que vimos Falken y yo fue una situación terminal, y actuamos (o, mejor, actué) para que la capacidad defensiva de los Estados Unidos fuese lo más perfecta posible. Y el estadio final de nuestro trabajo está a nuestro alcance... ¡hoy!

Llegó el desayuno. Pat Healy bebió un sorbo de café y comió unas galletas, mientras observaba a Mc Kittrick darle una propina al camarero.

—Ya sabes que soy consciente de todo eso, John —dijo—. Y aunque no conocí a Falken, he estudiado sus trabajos y los tuyos y también creo en ellos. Lo único que digo, cariño, es que tu comportamiento va a ocasionarte un ataque cardíaco, y no quiero perderte.

Mc Kittrick se echó a reír. Se sentó en la cama, al lado de Pat, y tomó una galleta. Era un cuarentón moreno y corpulento y un excelente jefe. Pat lo había seducido en un viaje a Washington D.C., casi un año antes, cuando acudieron a la capital para unas conferencias con la gente del departamento de Defensa. La primera vez había sido por curiosidad y deseo. Pero finalmente se enamoró de aquel maníaco. ¡Los azares de la vida laboral...!

Patricia Healy se había doctorado en ciencias de la computación en la Universidad de Maryland después de insoportables meses de clases y trabajos en las aulas. Cuando se graduó, pareció que el departamento de Defensa la hubiera estado aguardando a la misma puerta. Sus principales grupos de asignaturas concordaban perfectamente con los requisitos exigibles a la persona que buscaban. ¿Le gustaría trabajar para su patria? No estaba muy segura de eso, pero le convencía el sueldo que le ofrecían y la posibilidad de viajar, en especial tras el fallido matrimonio con aquel cerdo de Georgetown, estudiante de Derecho, y tras esos años en los círculos estudiantiles de electrónica. Desde entonces, llevaba un par de años trabajando en el Pentágono. Un día su trabajo llamó la atención del doctor John Mc Kittrick, consejero principal del departamento de Defensa.

Le ofrecieron otro empleo con mejor sueldo. Se trasladó a Colorado Springs —localidad de los montes Cheyenne donde tenía su cuartel general subterráneo el Mando de Defensa Aérea norteamericano—, y allí estaba ahora, protegiendo el continente y perdiendo el tiempo neciamente con su jefe.

—Escucha, John, eres maravilloso para convencer a la gente —le dijo—. Sabes que lo harás perfectamente así que, por el amor de Dios, deja de preocuparte.

Vas a meterte en el bolsillo a esos burócratas de máximo rango y trajes de corte perfecto de Washington.

—Eres una mujer muy, muy hermosa, ¿sabes?

—Y tú, ¿me amas más que a las computadoras? —contestó ella, alegremente.

Él sonrió y le revolvió el cabello.

—Lo siento —dijo, al tiempo que sacaba otro cigarrillo—. Ponte bien hermosa, ¿quieres? Tú recibirás a Cabot y Watson. Quiero que los suavices un poco con tus encantos femeninos.

—Creí que habías dicho que la sola contundencia de tus argumentos bastaría...

—Querida, hoy apelar, a todo el armamento que pueda desplegar... y resulta que tú eres mi arma mortífera favorita.

—Como mi señor ordene —contestó ella con una mueca burlona.

El doctor John Mc Kittrick, consejero principal del departamento de Defensa, y jefe de las instalaciones de computadoras NORAD, permaneció solo en la sala de conferencias construida dentro de la montaña, con sus notas y documentos, aguardando impaciente la llegada de los hombres de Washington.

Ese podría ser el día que llevaba años esperando.

Volvió a asegurarse de que tenía la cinta de video con la entrevista al capitán Hallorhan, el hombre que había fallado en su misión de ejecutar la orden —fingida— de lanzar dos Minuteman desde su cápsula de Dakota del Norte.

Las estadísticas eran, después de todo, sólo estadísticas. La entrevista con el capitán llevaría forzosamente a los tipos de Washington a comprender la peligrosa situación, momento en el cual él presentaría su sencilla y elegante solución.

Mc Kittrick se acercó a la ventana y observó las mil y una consolas de computadoras y mapas electrónicos del centro de operaciones de combate del NORAD. El Crystal Palace, lo llamaban, y con razón. Luces y siliconas, siliconas y metal reluciente, metal reluciente y electricidad. Aquél era el centro nervioso del sistema defensivo norteamericano. El punto centralizado que controlaba todo el sistema de disparo: submarinos y computadoras, computadoras, ICBM, aviones bombarderos... todos ellos con sus mortíferas cabezas nucleares, capaces de destruir el mundo varias veces.

El puesto de mando del NORAD había estado en otro tiempo en un edificio imponente de Colorado Springs, muy vulnerable a un ataque enemigo. A principios de los años sesenta, se escogieron los montes Cheyenne como una nueva base. Empezó la construcción de túneles y pronto hubo espacio para un complejo de quince edificios de acero. Ese complejo pronto se llenó de computadoras, sistemas de comunicaciones, técnicos aeroespaciales y pantallas gigantes que seguían el rastro de todos los vehículos aéreos y espaciales con sensores e información procedente de otras bases, móviles o estáticas, repartidas por todo el mundo.

El complejo albergaba también el Centro de Operaciones Espaciales y de Alerta de Misiles, una oficina del Centro Nacional de Alerta de la Defensa Civil y la unidad de apoyo meteorológico del NORAD. Unos mil setecientos miembros de la Marina, el Ejército y la Fuerza Aérea norteamericanos, junto con técnicos civiles y fuerzas canadienses, mantenían funcionando el complejo las veinticuatro horas del día.

Para Mc Kittrick, aquél era su hogar.

Había colaborado en el diseño de muchas de las computadoras. Eran hijas suyas. De él y de Falken.

Falken. Mc Kittrick pensó en él y sonrió para sí. «Te lo demostraré, pedazo de hijo de perra», se dijo al recordarlo. «Observa y verás.»

Los tipos de Washington con su reluciente Lincoln negro ya estarían abandonando probablemente la autopista 115 y entrando en el camino de cinco kilómetros que los llevaría a la entrada del NORAD, a dos mil doscientos metros sobre el nivel del mar.

Pat Healy los recibiría en la puerta de seguridad y les entregaría las tarjetas de identificación rojas para que se las colocaran en las solapas.

Después, avanzarían quinientos metros por un túnel con muros de roca hasta las grutas excavadas por el hombre y cruzarían dos puertas enormes de seguridad que daban paso a la enorme extensión del complejo. Cada edificio se asentaba sin tocar la roca, sobre inmensos amortiguadores hidráulicos de las vibraciones del subsuelo. Las puertas de seguridad medían más de un metro de espesor, pesaban veinticinco toneladas cada una y estaban empotradas en cimientos de hormigón. Pese a ello, podían abrirse o cerrarse en apenas treinta segundos. La primera puerta estaba situada en el muro de roca para que el calor y la onda expansiva de una cabeza nuclear que estallara fuera pasaran frente a ella, siguieran túnel abajo y salieran por el lado sur de la montaña. En el puesto de mando había almacenada comida, agua, energía y aire suficientes para resistir treinta días en caso de tener que sellarse y aislarse del exterior.

Mc Kittrick sentía una curiosa y ambigua mezcla de seguridad y nerviosismo dentro de aquel monstruoso monumento a la guerra. Sin embargo, seguía pareciéndole su hogar. Estaba poniendo a punto la cinta de video cuando llegó Pat Healy con los invitados. El leve encanto de la morenita parecía haberseles escapado a los hombres, que lucían terriblemente ocupados. John Mc Kittrick no podía culparlos por ello.

Los conocía a ambos ya que había mantenido correspondencia con ellos y sus subordinados. Sin embargo, debido a su alto rango, nunca había tenido trato directo con ellos.

El apretón de manos de Arthur Cabot fue breve y seco, sus ojos parpadearon al contemplar las consolas y los mapas gigantes en la sala de batalla, debajo de donde se encontraban.

—Me alegro de conocerle por fin, Mc Kittrick. Lamento que tenga que ser en una reunión tan formal.

Cabot era un tipo lleno de arrugas y papada y el cabello corto al estilo militar. Si Mc Kittrick tuviera que utilizar una palabra para describirlo, ésta sería «coriáceo». Duro y coriáceo... con más aspecto de conductor de tanques que de burócrata. Su ayudante, Lyle Watson, le estrechó la mano con suavidad. Era frío y profesional,

delgado y elegante, mucho más joven que Cabot. Se evidenciaba que era mucho más adecuado para actuar como diplomático que su jefe.

—Caballeros, por favor, tomen asiento —sugirió Pat Healy.

—Sí. El general Berringer llegará en cualquier momento —dijo Mc Kittrick—. Pat, ¿podría poner en marcha el VCR? Ya lo he preparado.

—¡Ah! ¿Tiene usted la cinta que le pedíamos? —intervino Cabot, instalándose en la mesa de conferencias y sirviéndose un vaso de agua helada.

—Nos fue enviada con un mensajero —asintió Mc Kittrick—. Es una buena muestra de nuestro problema, según creo. Ah, ahí viene el general.

El general Jack Berringer y su ayudante Dougherty hicieron una entrada brusca y muy poco feliz. Berringer era un hombre fornido, que gruñó a duras penas un saludo a Mc Kittrick, para luego hacer un saludo y presentación más formales a los demás.

«Ese cerdo sabe a qué he venido», pensó Mc Kittrick. Pero ya no podría hacer nada para detenerle.

—Doctor Mc Kittrick —dijo Pat Healy—. Estoy lista para empezar.

—Caballeros —dijo Mc Kittrick, tomando asiento en la cabecera de la mesa—, creo que todos sabemos por qué estamos aquí, así que me ahorraré, los prolegómenos. Baste decir que uno de nuestros comandantes de misiles, el capitán Jerry Hallorhan, de nuestro complejo de Minuteman en Dakota del Norte, se negó a pulsar el botón de despegue de los misiles durante una prueba, que él ignoraba que fuera simulada. El capitán, naturalmente, ha sido suspendido del servicio... y la cinta que veremos fue extraída de una entrevista con un psiquiatra de la Fuerza Aérea. —Hizo un gesto a su ayudante—. Pat... cuando guste.

Se puso en funcionamiento un monitor de televisión que mostró al capitán Hallorhan, un hombre de casi cuarenta años, musculoso, sentado en una silla sobre un fondo azul. La voz del psiquiatra aparecía en *off*.

—¿Ha causado alguna vez voluntariamente la muerte de un ser humano?

Hallorhan se mordió los labios.

—En Vietnam. Participé en raids aéreos.

—Pero entonces era usted más joven... mucho más joven —contestó el psiquiatra.

Hallorhan se miró los pies.

—¿Es necesario todo esto? Como oficial de la Fuerza Aérea, sé que hice un juramento que me obliga a aceptar sin preguntar cualquier misión que se me asigne. Hasta el momento, según demuestran mis antecedentes, he realizado mis misiones sin ninguna pregunta.

—Entonces, ¿qué opina usted que pasó? ¿No tenía la más remota idea de que se trataba de un simulacro?

—No, señor —contestó Hallorhan—. Creí que iba en serio. Simplemente, no fui capaz de pulsar ese botón.

—Quizás esta vez tuvo en cuenta las consecuencias morales personales —sugirió

el psiquiatra—... Un sentimiento de responsabilidad, o de culpa...

—Quizás —asintió Hallorhan—. Es posible.

Pat Healy se levantó y bajó el sonido del monitor.

—La entrevista prosigue durante media hora más. Al parecer, este caso se centra en un hombre que tuvo problemas éticos en el último momento. No es el único. Ha habido otros que, sencillamente, han sido incapaces de poner en acción los misiles... sin encontrar una explicación clara para ello. Es como si hubieran quedado súbitamente paralizados.

El general Berringer daba nerviosas pitadas a su habano. El humo ascendía, extendiendo lentamente una nube azulada en la sala.

—Ese hombre es un prototipo —dijo con una voz seca y profesional—. Todos ellos poseían antecedentes excelentes. No los escogemos al azar. Ser comandante de misiles es un honor.

Cabot permaneció muy erguido. Su voz sonó igual a la que el general Berringer acababa de utilizar:

—General, más de veinte por ciento de sus comandantes de misiles no pudieron lanzarlos o, peor aún, se negaron a hacerlo, igual que este tipo de la película que acabamos de ver. Yo diría que ese presunto honor no parece tener un gran significado.

Watson se echó hacia atrás en su asiento.

—El fracaso en la realización de misiones encomendadas es una enfermedad muy extendida en las fuerzas armadas —dijo con voz suave a Mc Kittrick—. El Presidente está especialmente preocupado por nuestra capacidad en lo referente a los CIBM.

Mc Kittrick asintió. «Sí, sí, y yo soy el hombre que puede ayudarlos, muchachos», pensó.

—Estamos aquí —continuó Cabot—, porque el Presidente quiere una solución...

Una solución inmediata. Como ya saben, el Presidente no es precisamente un descuidado en el tema de las exigencias de la defensa nacional.

—Puede decirle al Presidente —replicó el general Berringer— que he ordenado una revisión completa del sistema de selección. —Se movió inquieto en su asiento y dejó el habano en un cenicero—. Hemos llamado a los hombres más importantes de la clínica Menninger.

«Allá vamos», pensó Mc Kittrick.

—Perdone, general —dijo—, pero eso no es más que una pérdida de tiempo. Ha escogido usted buenos elementos. El problema está en lo que les pedimos que hagan.

Cabot echó una mirada a su reloj.

—Escuchen —dijo en tono cansino—, dentro de menos de una hora hemos de tomar un avión. Soy yo quien ha de explicarle al Presidente el motivo por el que un veintidós por ciento de los comandantes de misiles no se han atrevido a lanzar sus misiles. ¿Qué diablos voy a decirle? ¿Que un porcentaje así no está tan mal?

Berringer estaba confuso.

—Estoy seguro de que las mejoras en el sistema de selección...

—General —dijo Mc Kittrick, intentando de nuevo—, no creo que podamos pedirles a estos hombres que regresen a Washington con un montón de palabras huecas en la cabeza. —Se volvió hacia todos los presentes e hizo una pausa teatral.

—El problema —continuó—, es que no se pueden seleccionar las conductas humanas. Esos hombres encerrados bajo tierra saben perfectamente qué representa pulsar el botón o dar vuelta a esa llave. Lo que tenemos que hacer, caballeros, es evitar los componentes humanos en la cadena.

Berringer saltó, furioso.

—¡Está usted loco, Mc Kittrick!

En cambio, Cabot parecía prestar más atención. Se le veía claramente intrigado. «Ya ha mordido el anzuelo», pensó Mc Kittrick.

—¿Que no haya hombres en las cápsulas? ¿Eso es lo que quiere decir?

—¿Por qué no? —asintió Mc Kittrick.

Berringer se levantó, tan trastornado que olvidó su habano. Señaló con el dedo a Mc Kittrick, amenazadoramente.

—Hemos tenido hombres protegiendo a nuestra nación en esos sitios desde antes que cualquiera de nosotros conociera al Pato Donald. Yo duermo muy tranquilo por la noche, sabiendo que esos chicos están ahí abajo.

«Que estúpido», pensó Mc Kittrick.

—General —lo interrumpió en voz baja y calma—, estoy de acuerdo en que son buenos soldados pero..., ¿no le parece que todo esto es una gran farsa?

Quiero decir que se supone que todos y cada uno de ellos deben pulsar los botones cuando la computadora les dice que lo hagan.

—Querrá usted decir cuando el Presidente se lo ordene —corrigió Watson.

—Bueno, sí —continuó Mc Kittrick—, pero en caso de un ataque nuclear, el Presidente nos ordenaría seguir el plan bélico diseñado por la computadora.

Watson intentó un comentario sarcástico.

—Supongo que la Junta de Jefes de Estado Mayor tendría algo que decir, llegado el caso...

Berringer se aferró a aquella farsa.

—Puede estar totalmente seguro de que así sería.

Cabot hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No en esta época, me temo. Si los soviéticos lanzan un ataque sorpresa, no nos quedaría mucho tiempo.

—Veintitrés minutos desde la alarma hasta el impacto —intervino Pat Healy—. Sólo entre diez y quince si el lanzamiento proviene de submarinos.

«Maravillosa Pat», pensó Mc Kittrick. «No me extraña que esté cada vez más enamorado de ella.»

—Seis minutos —dijo Mc Kittrick—. El tiempo justo para que el presidente tome una decisión... Después de eso, todo depende de la computadora. —Les dedicó su mirada más sincera—. Caballeros, ¿me permiten cinco minutos? Déjenme mostrarles

cómo funcionaría eso.

El doctor John Mc Kittrick caminó entre sus máquinas como un padre orgulloso de sus hijos. «Todo el mundo reconoce como obras de arte los cuadros de Rembrandt, las novelas de Flaubert o las sinfonías de Beethoven, pero yo preferiría cualquiera de estas criaturas», pensó. Un campo de microtransmisores y relés de intrincado diseño, mecanismos complejos e interconectados... Monumentos al ingenio que no se limitaban a estar allí y ser hermosos, sino que funcionaban.

Mientras avanzaban por la pasarela, Pat Healy actuó como guía turística de las instalaciones para los invitados. Sin embargo, era evidente que las mentes de aquellos hombres no estaban pendientes de la historia, sino más bien de las inmensas hileras de computadoras con sus pantallas multicolores, sus luces parpadeantes y sus kilómetros y kilómetros de circuitos. Los escasos técnicos se apresuraban de un lugar a otro como hormigas obreras de un gigantesco hormiguero, mientras los encargados de las computadoras y los científicos pulsaban interruptores, bebían café o hablaban por los micrófonos conectados a sus auriculares bajo gigantescos mapas Mercator de Estados Unidos, Rusia, China y del mundo entero, que resplandecían en aquella semioscuridad subterránea como luces de neón en la noche de Times Square.

—Por aquí, caballeros —dijo John Mc Kittrick guiando al grupo hacia una antesala de paredes acristaladas. Si se aceptara su propuesta, al fin se lograría un poco de eficacia en el departamento. Y por fin les demostraría a aquellos militares de cabeza cuadrada lo que podían hacer sus máquinas—. Si quieren seguirme por esas escaleras... Bien, aquí está Richter. Caballeros, Paul Richter es uno de mis ayudantes. Habitualmente no trabaja hasta estas horas, ¿verdad, Paul? Sin embargo, he creído que su presencia sería conveniente para ayudarme en ciertas explicaciones.

Paul Richter era un hombre sudoroso y con gafas que parecía el arquetipo del psiquiatra freudiano, con su barba en punta y su barriga. Hizo un nervioso gesto de saludo a los importantes invitados y luego se inclinó sobre una gran máquina gris del tamaño de un automóvil, que flanqueaba una hilera de computadoras.

—Vaya aparato, doctor Mc Kittrick —comentó Cabot, señalando el equipo.

—Señor Cabot, señor Watson, supongo que ya sabrán ustedes cómo se obtiene la información con la que trabajamos —dijo el doctor.

Cabot emitió una risita, relajándose un poco.

—Creo que está en nuestra descripción de funciones, ¿verdad, Watson?

Satélites espías, aviones de reconocimiento, informes de agentes y estaciones...

—Una red de lo más intrincada —añadió Watson.

—Sí. Toda la información llega hasta aquí, hasta el puesto de mando. Se puede ver en los mapas... —Mc Kittrick hizo una pausa y después señaló las hileras de luces parpadeantes y cintas magnéticas que constituían la mayor parte de la sala—. Estas computadoras nos dan acceso instantáneo a la situación mundial. Movimientos de tropas, pruebas soviéticas con misiles, cambios en las condiciones meteorológicas... Todo llega a esta sala —se acercó a la máquina gris frente a la que

estaba Richter, quien acariciaba ausente su fina corbata negra— y se integra aquí, en la computadora PROB.

—¿PROB? —preguntó Watson.

—Significa Plan de Respuesta de Operaciones Bélicas —aclaró, al tiempo que se volvía a su ayudante—. Señor Richter, ¿querría enseñarnos cómo funciona, por favor?

Un asomo de sonrisa curvó los labios de Richter y desapareció enseguida.

—De acuerdo. —Carraspeó, evidentemente más habituado a comunicarse con las computadoras que con los seres humanos—. La PROB ya ha realizado la Tercera Guerra Mundial en varias ocasiones, calculando la respuesta soviética, etcétera. Después, buscamos el modo de mejorar los resultados en una guerra verdadera. Lo más importante es que las decisiones clave respecto a cualquier opción concebible en una crisis nuclear ya han sido analizadas y realizadas por la PROB. Es por si llega el día en que el Presidente nos ordene llevar adelante los planes; quiero tener la seguridad de que éstos se lleven a cabo de la manera más eficaz. Diría que esta máquina es el mejor general que tenemos. En caso de que fuera necesario acudir al terrible hecho de una guerra nuclear, nuestra computadora podría combatir con un gran margen de esperanza de victoria.

Cabot asintió, evidentemente satisfecho.

—Lo que usted está diciendo es que actualmente todo nuestro sistema de defensa, esos billones de dólares de infraestructura, están a merced de esos hombres que deben pulsar llaves y botones con ese increíble porcentaje de fracasos.

—El único problema, señor, es que son humanos. Y con todo el respeto debido, ¿alguno de nosotros está seguro de que, si estuviera en su lugar, sería capaz de pulsar esos botones y proceder a la eliminación de millones de vidas? —Dirigió una mirada a su alrededor. Watson tosió. Mc Kittrick miró fijamente a Cabot. Allí estaba la clave—. Déme entre cuatro y seis semanas, como máximo, y estaremos en condiciones de reemplazar a todos estos hombres, meros mecanismos humanos capaces de equivocarse, por relés electrónicos altamente fiables. ¡Podemos eliminar a los seres humanos del circuito de lanzamiento de los misiles!

Berringer le interrumpió con su habitual falta de sutileza.

—Ya se lo he dicho muchas veces, John. No confío en ese enorme montón de microprocesadores en tanto no posea la capacidad de controlar sus decisiones.

Está usted hablando de eliminar el control humano. Reconozco que nadie entre el estamento militar tiene tanta experiencia como esa computadora en guerras nucleares, pero sólo debemos considerarla un consejero más.

—Sin embargo —replicó Mc Kittrick—, una vez dada la alarma y, Dios no lo quiera, una vez que el Presidente haya dado la orden, ya no habrá tiempo para discusiones entre él y nuestras fuerzas de defensa respecto al rumbo que debe tomar la guerra. Mantendremos el control humano, pero donde corresponde... en la cumbre del poder.

Cabot meditó unos instantes, y luego dijo:

—Doctor Mc Kittrick, todo esto es muy técnico... Creo que sería preferible que expusiera directamente al Presidente sus opiniones.

—Desde luego —contestó Mc Kittrick—. Estaré encantado de hacerlo.

Dedicó una sonrisa el general Berringer, quien respondió con una mueca. Cabot prosiguió:

—Bien. Aparte de algún temblor de rodillas por parte de los liberales, no veo ningún problema en llevar a cabo lo que sugiere. —Dio un paso adelante y se detuvo, colocando la mano sobre la computadora—. ¿Puedo tocarla?

—Claro —contestó Mc Kittrick—. Adelante.

«Así es, Falken», pensó. «Te dije que un día lo conseguiría. Todo esto ser mío ahora. Recibiré el reconocimiento que merezco. Así que jódete, maldito genio. Jódete.»

Cabot parecía fascinado con la máquina.

—Así que aquí es donde se juega el Armagedón —dijo, aplicando el oído contra la máquina—. Casi se puede oír el estallido de las bombas.

Capítulo 3

David A. Lightman y Jennifer D. Mack

En la pizzería de Mariano, David Lightman se inclinó sobre los controles de su Mando de Misiles Atari, colocado perfectamente entre la máquina de marcianos y el laberinto. Tony estaba preparando la masa de harina en la cocina mientras escuchaba los chillidos de Pat Benatar sobre los falsos amores por la radio. El aroma se extendía cálidamente por la pizzería, tan denso que casi podía saborearse el queso. David Lightman, vestido descuidadamente con una camiseta medio rota y unos *jeans* gastados que se había puesto aquella mañana, permanecía no obstante olvidado de todo lo que le rodeaba, consciente sólo de los destellos, silbidos y estallidos y de las luces de colores de la pantalla.

¡Malditas bombas inteligentes!, pensó mientras una nave blanca zumbaba y disparaba la última ráfaga en dirección de una de las seis ciudades que aparecían en la parte inferior de la pantalla. Movi6 rápidamente la bola de control, marc6 con el impresor una triple X limpia justo debajo de la bomba que caía y observ6 con inmensa satisfacción que los misiles que lanzaba marcaban unas líneas blancas directamente hacia su objetivo, haciendo estallar la bomba y borrándola del cielo moteado de puntos fosforescentes.

Cuando la máquina sum6 los puntos y cambi6 el color de la pantalla, David vio con satisfacción que todavía le quedaban seis ciudades gratis en el marcador, aunque una de las bombas enemigas cayera de pleno sobre un objetivo. ¡Y había conseguido más de doscientos mil puntos!

Un pensamiento inquietante le pasó por la cabeza.

Mir6 la hora de su reloj digital. ¡Jesús, las 13:06! Había pasado la hora del almuerzo; llegaría tarde a la clase siguiente.

Se volvió para observar si el chico que había estado contemplándolo mientras jugaba todavía estaba por allí. Sí, ahÍ estaba con los ojos como platos en su rostro pecoso.

—¡Vaya, eres magnífico! —le dijo el pequeño. La salsa de tomate le había dibujado un bigote rojo sobre el labio.

—¿Quieres terminar tú?

—¡Pues claro!

—Adelante.

David Lightman recogió sus libros y sali6 a toda prisa del bar, hacia la Escuela Hubert Humphrey. El cielo de Seattle parecía a punto de rasgarse y dejar caer un intenso chaparr6n. Era algo com6n en Seattle.

Dej6 atrás las casas de dos pisos y los chalets y tom6 un atajo por un jardín bien

cuidado, similar a cualquier otro jardín bien cuidado de cualquier zona residencial norteamericana. A veces, David se preguntaba cómo sería la vida en California, en Florida o en Kansas, o en cualquier otro lugar de los Estados Unidos, pero suponía que en todas partes debía de ser bastante igual y, dado que había vivido siempre en el estado de Washington, que su padre estaba cómodamente instalado y tenía un buen empleo como contador, y que su madre había descubierto los goces de las operaciones inmobiliarias, David reconocía que tendría que conformarse con Seattle durante unas temporadas.

La Escuela Humphrey era una serie de barracones grises colocados geométricamente en un cruce de caminos muy inútil. David se escurrió por debajo de la «entrada secreta» de la valla, donde ésta había sido arrancada del suelo, y entró a toda velocidad por la entrada lateral. Ignorando temerariamente a los encargados de vigilancia, corrió escaleras abajo, donde estaban las aulas y los laboratorios de química y biología, encontró al Aula 14, y aminoró el paso hasta una velocidad normal para hacer su entrada en ella.

El lugar apestaba a formol, a fertilizante y a animales. Los acuarios burbujaban, y una rueda para conejillos de Indias rechinaba en un rincón. El profesor, un tal Amos Ligget, estaba de pie junto al pizarrón, con un trozo de tiza entre sus dedos regordetes.

—¡Ah! —dijo el profesor al advertir la presencia del recién llegado—. Me alegro de que por fin se una a nosotros, David. —Se echó hacia atrás un mechón de cabello lacio que le cubría los ojos y avanzó como un pato hacia la mesa de laboratorio, de superficie de color negro, que le servía de muralla entre él y los alumnos—. Aquí tiene un regalito.

David ya había empezado a buscar un lugar en el fondo del aula. Siempre que le era posible se sentaba allí atrás, sin dejarse ver mucho, añorando la oscuridad. Al oír que lo llamaba, se volvió y regresó hasta donde estaba Ligget, quien mostraba en alto la hoja con el resultado de una prueba, para que toda la clase lo pudiera ver. ¡El muy cerdo!

Una de las armas clave de los maestros sádicos era la humillación pública, y Ligget la blandía igual que Conan el Bárbaro blandía su espada de dos filos, y casi con su misma sutileza... En lo alto de la hoja, tan vívida como La letra escarlata de Hawthorne que estaba leyendo ahora en Literatura Norteamericana, se veía la I de insuficiente, en tinta roja.

Ligget sonreía, mostrando unos dientes levemente amarillentos. Sobre su chaqueta negra de poliéster se veían rastros de caspa. Los alumnos llamaban a Ligget «la bomba atómica» por la cantidad de polvillo de caspa que le caía en ocasiones.

David recogió la hoja y le dirigió al maestro un encogimiento de hombros.

Buscó un pupitre y vio con cierta sorpresa que había uno vacío al lado de Jennifer Mack. Se sentó allí, un poco excitado. Se hizo la promesa de no mirarla, y dirigió toda su atención a Ligget, quien estaba entregando otra I carmesí a uno de los

alumnos.

«Vaya, hoy el viejo Ligget está en forma», pensó David mientras el voluminoso profesor paseaba arriba y abajo delante de la clase, cada vez más entusiasmado.

—¡Cuarto punto! En la historia de la ciencia, los conceptos nuevos o innovadores surgen a veces de inspiraciones impensadas —se inclinó sobre la mesa y su barriga fofa se apretó contra la superficie de fórmica—. ¿Jennifer?

¡Ah, ahí está usted! Jennifer Mack, en su respuesta a la pregunta número veinticuatro, «¿Por qué los nódulos de hidrógeno se unen a las raíces de las plantas?»...

David se volvió hacia su compañera. Sus ojos almendrados estaban vueltos hacia el suelo, azorados, y su melena oscura rozaba la superficie del pupitre. Era un cabello hermoso, suave y reluciente. Distraídamente, David se preguntó qué se sentiría al acariciar un cabello como aquél.

Ligget prosiguió, inmisericorde:

—... ha escrito usted la palabra «amor».

Toda la clase se volvió a mirarla entre risas. David sintió una ola de simpatía hacia ella.

—Sí, sí, «amor», señorita Mack. —El tipo sonreía, divertido—. Señorita, ¿acaso sabe usted algo respecto de los nódulos de nitrógeno que nosotros ignoramos? ¿Alguna información picante a la que sólo usted ha tenido acceso?

Jennifer alzó la mirada y sostuvo la del profesor, en actitud casi desafiante.

—No —replicó. David nunca la había visto tan hermosa.

—Comprendo —dijo Ligget retirando su mirada de la de ella—. Usted no sabía la respuesta correcta, «simbiosis», porque no presta atención en clase.

Ligget se aseguró de que todo el mundo viera la nota de Jennifer y luego tendió la hoja con gesto de desagrado a uno de sus alumnos de la primera fila.

—Haga el favor de pasarle esto a la señorita Mack.

Jennifer suspiró. Advirtió que David la estaba mirando y se dio cuenta de que el muchacho no se había reído como los demás. Le sonrió. David notó en la muchacha una calidez y una vulnerabilidad que lo obligaron a responderle:

—No te preocupes. La I puede ser de «insuperable».

—Oh —susurró ella—, lo insuperable será la furia de papá cuando le vaya con las notas.

Ligget siguió adelante con sus comentarios sobre el terrible examen.

—Bueno, también parece haber cierta confusión en las preguntas relativas a la definición de la clonación —miró a la clase con gesto de súplica y prosiguió—: ¿Puede decirme alguien quién fue el primero en sugerir la idea de un organismo superior que se reprodujera asexualmente? ¿Lo recuerda?

Se volvió al pizarrón y empezó a escribir unas palabras. David apartó la vista de Jennifer, aliviado de no tener que continuar la conversación. Tenía problemas con las chicas. No era que no le gustaran, pero resultaban factores desconocidos. Variables,

por utilizar el lenguaje de las computadoras, aunque las chicas no seguían un comportamiento lógico de ningún tipo. Cediendo a las presiones del grupo, había llevado a algunas chicas al cine, pero rehuía siempre las fiestas y las reuniones sociales. La mayoría de las veces se sentía torpe y ridículo; en ocasiones, estar con una chica era peor que estar ante la Inquisición. El punto central era que notaba que con las chicas perdía todo el control de la situación... al contrario que con la computadora. No llegaba a comprender lo que sentía cuando ellas revoloteaban a su alrededor, sonriéndole. Se sentía desconcertado ante el impulso que le hacía desear tocarlas.

Dios, si al menos supiera cómo hablarle a alguien como Jennifer Mack. Ella le sonreía mucho, especialmente desde el día aquel en que el viejo Ligget llevó a clase la boa.

Habían estado estudiando los reptiles. Unos días después David vio un recipiente de cristal que había aparecido inopinadamente sobre la mesa del gigantesco laboratorio de Ligget. En su interior se hallaba una boa constrictor de dos metros de largo, gruesa como el bíceps derecho de un campeón de béisbol. Tenía un aspecto realmente perverso; se había arrastrado por el tanque mirándolos como si estuviera relamiéndose los labios hambrientos. Aquella semana, la mayoría de las chicas se habían sentado en las últimas filas de la clase.

Un día, sin embargo, Ligget se superó a sí mismo. Sacó de su jaula al gordo Herman, el conejillo de Indias que era la mascota de la clase, abrió la cubierta de alambres del tanque de la serpiente, y dejó caer al roedor junto a la boa.

—Bueno, tengo que ir a hacer un recado. Quiero que hagan un informe completo de lo que suceda aquí.

Cuando se fue, toda la clase puso cara horrorizada. La serpiente había estado enroscada en un rincón, semidormida, pero cuando el conejillo empezó a hociquear y roer un trozo de periódico que había en el tanque, la boa advirtió claramente su presencia.

La mayoría de los muchachos exhibió sonrisas de fascinación expectante ante lo que iba a suceder. David, en cambio, mostró su desagrado. Sin decir una palabra, corrió a la mesa del profesor, levantó la tapa del tanque de la serpiente, introdujo la mano en ella y sacó a Herman. Las chicas se pusieron a aplaudir.

—Oye, estúpido, vas a meterte en un lío —le dijo uno llamado Crosby.

—Si cuentas algo —le contestó la novia—, ya te puedes ir olvidando de los viernes por la noche.

—¿Y qué vamos a decirle a Bomba Atómica? —quiso saber otro.

—Le diremos que la serpiente se ha comido a Herman —apuntó una voz.

—Pero se notará que no tiene nada en el estómago.

—El imbécil no ha traído las gafas hoy.

Jennifer le sonrió aquel día por primera vez, y Herman pasó a vivir en un rincón de la habitación de David, a salvo de boas constrictor.

REPRODUCCION ASEXUAL SIN SEXO, se leía en el pizarrón. En la clase resonaron algunas risas reprimidas, aunque nada en comparación con el rugido que dejó oír Peter Hawkins la semana anterior, al pronunciar accidentalmente «organismo» como «orgasmo».

—No le veo la gracia —dijo Ligget—. Señor Rudway, ¿podría usted decirme quién sugirió por primera vez la idea de que un organismo superior se produjera asexualmente?

Rudway se movió incómodo en su pupitre.

—¿Mendel?

—Fue un poco antes.

David sonrió y se le iluminaron los ojos. Se inclinó hacia Jennifer y le susurró dos palabras.

Jennifer no pudo reprimir la risa. Lo intentó, pero ni siquiera cubriéndose la boca con las manos pudo ahogar el sonido.

Molesto, Ligget se dirigió a ella:

—Señorita Mack, parece que le ha dado un ataque epiléptico. ¿Qué es eso tan gracioso?

Jennifer mantuvo la cabeza baja, y pareció recuperar el control. Sin embargo, cuando volvió a alzarla y vio de nuevo a David, se puso a reír otra vez.

Ligget pareció encolerizarse. Como si fuera un tiburón, se negó a soltar su presa.

—Muy bien, Lightman. Quizá pueda decirnos usted quién fue el primero en sugerir la reproducción sin sexo —exigió, con el rostro encendido por la cólera.

David se sentó erguido, miró a Jennifer, alzó una ceja al estilo John Belushi, volvió la vista al viejo Bomba Atómica y sonrió.

—¿Su esposa? —musitó.

—El señor Ligget me envía para discutir un asunto con el señor Kessler —dijo David Lightman con su mejor tono de «bueno, aquí estoy otra vez en el despacho del subdirector».

La señora Mitchell, una mujer joven, le observó con expresión escéptica por encima de sus gafas.

—Creo que ya lo he visto a usted antes.

La mujer lo anunció y volvió a concentrarse en su máquina de escribir, enarbolando un pincel de líquido de borrar como si fuera el mismo Picasso.

David Lightman cruzó la puerta y recorrió el corto pasillo. Se dejó caer en un duro banco de madera y permaneció contemplando con suma atención sus sucias zapatillas.

«Bueno, ya se sabe, mientras siga aquí...», pensó en forma distraída.

Sonrió interiormente y comprobó dónde estaba la señora Mitchell. No podía verlo. Bien. Echó un vistazo al vestíbulo. A la derecha, estaba el despacho del «Káiser», el Centro de Disciplina de la escuela. Tras la puerta cerrada se oían los ladridos de una voz severa.

En el extremo opuesto de la sala estaban las dos salas de la computadora de la escuela. David vio en una de ellas a una mujer de edad madura inclinada sobre una terminal. En cambio, la otra sala, con la puerta abierta de par en par, estaba vacía.

¡Magnífico! Exactamente lo que esperaba. Jennifer era una buena causa para arriesgarse. Sólo rogaba que la clave para utilizar la máquina estuviera conectada.

Vigilando de reojo a la mujer de la otra sala, David se dirigió a toda prisa a la desierta sala de computadoras. Lo que iba a hacer arruinaría definitivamente sus relaciones con los altos mandos de la Escuela Hubert Humphrey, pero el intento valía la pena.

Fue una cuestión de segundos.

Pegada con cinta adhesiva en la carcasa del monitor había una larga lista de palabras de cinco letras, todas ellas tachadas menos la última, «lápiz».

¡Perfecto!

David volvió a toda prisa al banco y se sentó en el mismo instante en que se abría la puerta del despacho del subdirector, por la que apareció un alumno de aspecto acobardado que se escabulló como un perro con el rabo entre las patas.

Kessler, «el Káiser», indicó a David que entrara.

—¡Vaya, Lightman, qué sorpresa!

David entró con aire compungido, y le tendió la nota de Ligget.

Kessler tomó la nota, la leyó y se recostó hacia atrás en su asiento, apretando los labios mientras observaba a David Lightman, en actitud pensativa.

—No podía imaginármelo, ¿sabes, Lightman? —dijo—. Vamos, siéntate... Quiero charlar contigo. Esta vez no habrá amonestaciones, ni notas a tus padres, ni entrevistas con tu padre.

David Lightman tomó asiento en tanto lo miraba con suspicacia.

—Tienes unas calificaciones excelentes, especialmente en matemáticas... Sí, he consultado con tu tutor.

Kessler llevaba un corte de pelo militar. Aún no tenía cuarenta años y parecía un instructor alemán de educación física, razón por la cual todos le conocían por el apodo de Káiser. Su fama como encargado de la disciplina era conocida en toda la escuela, no tanto por su eficacia como por el verdadero entusiasmo que Kessler parecía desplegar en su labor. David sospechaba que el tipo se lamentaba de veras de vivir en la época actual, seguramente le habría encantado desarrollar aquel cargo en la época de los palmetazos y las varas.

Hubiera sido un personaje perfecto para Dickens.

—¿Y?

—Eres candidato a convertirte en un estudiante brillante. Pero pese a ello tengo que verte por aquí una y otra vez.

—Vamos, señor Kessler, no les pego a los viejos, ni bebo, ni fumo, ni tomo drogas...

—Pero eres un bobo... No haces más que molestar a tus profesores —dijo Kessler

con una risilla, al tiempo que se ponía las manos detrás de la cabeza—. ¿Y qué clase de escuela tendríamos si todos fueran tan bobos como tú, Lightman?

—¿Una escuela de bobos brillantes? —contestó David.

Kessler se echó a reír.

—Sabes, Lightman, si fueras hijo mío te pondría sobre mis rodillas y te dejaría brillante el trasero. Pero creo que ya es tarde para eso. Hoy en día, no es fácil ser maestro, Lightman. Los alumnos se empeñan en causar trastornos en clase y la situación es cada vez más difícil para los profesores.

—Sí, señor.

—Tú eres un sabiondo, ¿verdad Lightman? Crees que puedes salirte siempre con la tuya, ¿no? Te encanta echar palillos en los engranajes para ver si se rompe la máquina. No eres un mal chico, claro. Yo reconozco a los malos chicos, créeme. Sin embargo, pese a todo, tienes algo de perverso, ¿verdad? —Kessler sonrió, extrajo un escarbidentes y empezó a mondar—. Ya sabes que estoy encargado de la sala de actividades prácticas, ¿verdad, Lightman?

David parpadeó.

—Sí —continuó Kessler—. Bueno, pues sucede que tengo por aquí una noticia...

Sí, aquí está. Vaya, vaya, si es una petición oficial de un tal David Lightman solicitando juegos de video para la sala de actividades prácticas!

Pues, bien, Lightman, algunos profesores consideran que es una buena idea, pero acabo de leer el informe del departamento de Sanidad sobre lo perjudiciales que son esos aparatos para la gente: sobrecarga ocular, tendencias a la violencia... Y tu presencia aquí es un perfecto ejemplo de lo que causan los juegos de video, me permite concluir que lo último que deseo ver en mi sala de actividades prácticas es un aparato de juegos de video.

Kessler rompió en pedazos la solicitud de David y la tiró a la papelera.

—Archivada, Lightman. Y ahora vete. No quiero volver a verte por aquí.

Kessler volvió a fijar sus ojos ligeramente saltones en los papeles que tenía sobre la mesa.

—Sí, señor.

Sieg heil hubiera sido una respuesta más acertada para aquel cerdo. Los demás chicos podían llamarle Káiser, pero desde aquel momento en adelante, para David Lightman, sería para siempre «el Führer».

Lo único que sucedía era que la mayor parte de la gente con responsabilidades o en posesión de autoridad era incompetente, pensaba David mientras dejaba atrás otro día animadísimo en la escuela Humphrey y se encaminaba a casa, apático, con un libro de trigonometría bajo el brazo.

No sería tan terrible si al menos supieran y reconocieran su incompetencia.

David conocía muy bien aquel pavoneo estúpido. No, ninguno de aquellos incompetentes reconocía su incapacidad. Todos se consideraban maravillosos, mejores que nadie. Creían que tenían el control de las cosas, creían que sabían el

resultado de cualquier cosa.

Aquello era lo más agradable de las computadoras. Con una de ellas, se lograba justicia. Tal como uno la programaba, así salía. Resultados inmediatos. Todo lo demás en el mundo...

Bueno, todo era tan gris como el cielo de Seattle en aquellos momentos.

A su espalda ronroneó un motor de poca potencia. David aguardó a que se produjera el efecto Doppler cuando la moto lo superara, pero el sonido permaneció muy próximo a él. Se volvió. Sobre la pequeña moto de color verde estaba Jennifer Mack, avanzando lentamente a su paso.

—¡Hola! —dijo la muchacha.

—Hola —contestó David.

El muchacho se volvió otra vez. No tenía gran cosa que decir. Intentó convertir su incapacidad para hilar una frase en algo que pareciera la frialdad de Clint Eastwood.

—Lamento haberte metido en dificultades —dijo Jennifer—. Es que no pude contener la risa.

«Santo cielo, pensó David, Jennifer estaba disculpándose.»

—No, no, está bien. Estuviste perfecta.

Jennifer detuvo la moto con expresión de incredulidad.

—¿De verdad?

—Ajá.

La muchacha era esbelta y con buenas formas. Vestía unos *jeans*, una camiseta verde de surf y una campera negra. Una leve brisa alzaba unos mechones de su largo cabello. Su rostro tenía ahora una expresión verdaderamente hermosa.

David no supo qué decir.

Jennifer rompió el embarazoso silencio.

—¿Oye, quieres que te lleve a casa? —se le ocurrió decir.

—Desde luego —contestó David automáticamente.

—Sube, entonces —le invitó ella.

—Humm... Bueno.

David se colocó con cuidado en la parte de atrás del asiento de Jennifer.

—Ya estoy listo.

—¿Dónde vives?

—No muy lejos —contestó él, dándole rápidamente las instrucciones para el recorrido.

—¡Agárrate, allá vamos!

Jennifer Mack procedió a colocarse en el tránsito de Seattle, para disgusto de David. Un automóvil aceleró delante de ellos y David tosió ante la humareda que despidió por el tubo de escape. Saltaron sobre un bache y le apareció que estuvo a punto de caerse. ¡Uf, la chica corría demasiado!

Al tomar una curva al estilo Evel Knievel, los pies de David rozaron el asfalto.

Jennifer se volvió y le gritó por encima del hombro:

—¡Eh, levanta las rodillas!

David levantó las rodillas.

—¡Siéntate más cerca de mí! ¡No voy a morderte!

David colocó cautelosamente una mano sobre la cintura de la muchacha. Tenía un cuerpo firme y liso.

—Así no. No quiero tener que dar la vuelta y recoger tus pedazos —le dijo ella en tono impaciente.

David tragó saliva. Deslizó los brazos hasta rodear completamente con ellos el talle de Jennifer; la sensación fue indescriptible. El viento hacía que su negro cabello le azotara el rostro. Era aún más sedoso de lo que David había imaginado, y olía a limpio y perfumado.

«Vaya, pensó, las computadoras no pueden hacer esto.»

En un tramo sin demasiado tránsito, Jennifer le dijo:

—Oye, tú también has sacado insuficiente, ¿no?

¡Caramba, la chica era realmente cálida!

—Sí —contestó él, distraído.

—Pues, me temo que tendremos que quedarnos los dos para las clases de recuperación en verano.

—¡Yo no! —contestó David, sonriendo al oír la frase de Jennifer.

—¿Cómo que no? ¿No vas a recuperar Biología?

«No, si la clave es la correcta», pensó David con orgullo.

—No creo.

—¿Por qué no? —insistió Jennifer tras una pausa, evidentemente confusa.

—Te lo enseñar, si vienes a casa.

—Claro, ¿por qué no?

David señaló un camino que subía y se lamentó de que el viaje no fuera más largo.

—Es ahí arriba.

La pequeña moto ronroneó bajo el cielo nublado y los verdes robles, hasta dejar atrás las casas rodeadas de éstos. David señaló la casa y Jennifer detuvo la moto junto a ella. David descendió mientras Jennifer apagaba el motor.

David se bajó justo a tiempo de interceptar a «Ralph», que bajaba corriendo la ligera pendiente frente a la casa para dar la bienvenida a los recién llegados.

—¿Es tu perro? —preguntó Jennifer.

—Sí —contestó David, dedicando al setter unas cuantas caricias—. Se llama «Ralph». «Ralph», te presento a Jennifer. Es amiga mía.

«Ralph» levantó las orejas. Se arrimó a Jennifer y empezó a olisquearla, y luego se lanzó sobre ella de un modo amistoso y alborotado.

Algo turbado, David le gritó:

—«Ralph»

—No pasa nada —dijo Jennifer—. Yo también tengo un perro —y apartó con

suavidad a «Ralph», al tiempo que le hacía unas caricias—. Los perros no tienen que estudiar biología.

—Hum... es cierto —murmuró David, asiendo a «Ralph» por la cadena que llevaba al cuello. «Ralph» soltó un gemido—. Vamos, chico, sé bueno. Esa chica es mi invitada, bobo. Lo siento, pero vas a tener que quedarte fuera.

Jennifer se echó a reír y David la condujo a la casa, de dos pisos, dejando atrás los flamencos de cerámica de la entrada. En la casa no había nadie, y el piso inferior olía aún al jamón que se le había quemado a su padre por la mañana.

Jennifer dio un vistazo alrededor y de repente pareció un poco nerviosa. Se detuvo un instante y David se volvió hacia ella.

—Eh... lo que quiero enseñarte está en mi habitación y... —De repente se dio cuenta de la situación en la que se encontraba—. Es... mi habitación... Está arriba.

Jennifer dejó a un lado sus prevenciones y le siguió.

—¿No están tus padres en casa? —preguntó cuando ya habían subido unos escalones. Había un tono extraño en su voz, como si se sintiera un poco nerviosa por algo.

El corazón de David empezó a latir con fuerza.

—Trabajan los dos.

¿Qué se imaginaba Jennifer? Lo único que él quería era enseñarle la computadora...

Jennifer lo siguió en silencio. Sin embargo, al observar lo que había en la puerta se echó a reír.

—«Esta es una zona de seguridad» —leyó en voz alta—. «Sólo personal autorizado. Sin excepciones.»

Oye, ¿no necesito algún tipo de pase?

David sacó la llave del bolsillo y dijo:

—No, pero primero desconectaré las trampas explosivas. —Abrió y la invitó a entrar.

—¡Está totalmente a oscuras! —contestó ella, con un dejo de duda.

—¡Ah, un momento!

David se inclinó un poco y encendió la luz. ¡Mierda, la habitación estaba hecha un asco! Se había olvidado por completo...

Sin embargo, Jennifer no pareció advertirlo. Pasó junto a él, asombrada por la cantidad de máquinas que David había instalado en la habitación.

Todavía confuso, David observó un montón de ropa interior y calcetines sucios. Mientras Jennifer contemplaba los aparatos, metió la ropa debajo de la cama de una patada.

—¡Vaya! Estás metido a fondo con las computadoras, ¿no?

—Sí. Esto es lo que quería enseñarte.

—Pero, ¿qué tiene que ver esto con mis notas de biología? —preguntó Jennifer, con los ojos fijos todavía en la desconcertante cantidad de cables y clavijas, se sentía

como si estuviera metida en un platillo volante.

—Aquí. Ahora mismo te lo enseñaré.

David se deslizó delante de ella y se instaló en la silla giratoria. Puso en funcionamiento la terminal y dejó que se calentara el televisor. Y ahora, dónde tenía aquel maldito modem, aquel aparato de acoplamiento al teléfono.

Allí estaba, junto al teléfono. Alzó el auricular e introdujo la clavija del modem en el lugar correspondiente.

Revisó una guía telefónica llena de garabatos, encontró el número que buscaba y lo marcó en el teclado del teléfono.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Jennifer en voz baja.

—Marco el número de la centralita de la sección de computadoras del distrito escolar y, si tenemos suerte...

Sí, está libre.

En la pantalla aparecieron unas palabras:

AQUÍ EL BANCO DE DATOS DEL DISTRITO ESCOLAR UNIFICADO DEL GRAN SEATTLE.

POR FAVOR, MARQUE LA CLAVE CORRESPONDIENTE Y EL NÚMERO DE CUENTA.

—¿Sabes, Jennifer? —continuó David—, cambian la clave cada par de semanas. —Hizo una pausa para buscar un efecto teatral—. ¡Pero yo sé dónde lo apuntan!

David marcó la palabra «lápiz» en el tablero.

De inmediato, la pantalla borró lo escrito y mostró una lista de subsistemas para escoger.

—Vamos, Jennifer, marca las palabras «transcripciones de alumnos».

—No. Yo...

—Vamos —sonrió David—. La computadora no muerde.

Ahora estaba en su elemento, se sentía mucho más cómodo. La muchacha se adelantó, encontró las teclas correctas y marcó lo que le indicaba David.

En la pantalla apareció «TRANSCRIPCIONES DE ALUMNOS».

—Allá vamos. Ahora, voy a marcar mi número de identificación de estudiante... y *voilà* —proclamó David—. ¡Atención a mis catastróficas notas!

La pantalla quedó en blanco y, un instante después, aparecieron en blanco y negro los registros de un tal LIGHTMAN, DAVID A. David movió el indicador de líneas hasta la que señalaba su nota de biología, y cambió la I que marcaba por una B.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Jennifer, horrorizada.

—Sólo me he cambiado la nota... Bueno, ¿cuál es tu número de identificación?

Jennifer apenas lo murmuró, y David lo marcó en el teclado.

De inmediato, aparecieron las transcripciones de MACK, JENNIFER D.

David los estudió.

Por fin, Jennifer pareció entender lo que David se proponía.

—¡Hey... no puedes hacer eso!

—¿Por qué no? Es muy sencillo...

—Pues eso no es asunto tuyo. ¿Qué intentas hacer ahora?

—Voy a cambiarte la nota de biología.

—Espera un momento. Vas a meterme en un lío —protestó Jennifer.

—Tranquila. Nadie lo descubrirá. ¡Observa!

David llevó el indicador de líneas a la que contenía la nota de biología, donde cambió con toda tranquilidad y eficiencia la I por una MB.

—Acabas de sacar un MB en biología, Jennifer. Así ya no tendrás que ir a las clases recuperantes de verano.

—Vuélvelo a cambiar —exigió Jennifer. David quedó atónito.

—Pero... Te prometo... No pueden enterarse...

—¡He dicho que lo vuelvas a cambiar!

Era evidente que Jennifer estaba terriblemente perturbada.

—¡Está bien, está bien! —dijo David.

Pulsó de nuevo la tecla de la I.

—Ahí lo tienes. Tu nota vuelve a ser una I.

Jennifer retrocedió, con una expresión fría en el rostro.

—Oye, me parece que ser mejor que me marche.

—Claro, claro —dijo David al tiempo que se levantaba, confuso—. Gracias por traerme en la moto.

—Bueno... —musitó ella, retrocediendo más—. Adiós.

—¿No quieres que te acompañe a...? —empezó a decir David, pero Jennifer ya no estaba. David corrió a la ventana y la vio correr hacia su moto. La observó ponerla en marcha y luego alejarse ronroneando calle abajo.

—Chicas —murmuró David, con una sensación de vacío en el estómago. De todas maneras, Jennifer seguía siendo preciosa. David adivinó que no había dado tiempo a la muchacha a hacerse a la idea de jugar con las computadoras de aquella manera. Jennifer estaba demasiado encerrada en el esquema que decía que eran las autoridades quienes marcaban las leyes, y que la gente normal no podía jugar con ellas ni eludirlas, aunque uno fuera mucho más listo que los incompetentes que le decían a uno cómo comportarse.

Además, lo cierto era que a David no le importaba en realidad la nota que sacara en biología. Era simplemente una satisfacción. Lo que más alegría le producía era poder jugar a espaldas de aquellos estúpidos, burlarse de ellos, ¡y que ni siquiera se enteraran!

Eso le proporcionaba a David Lightman un inmenso deleite.

Volvió de nuevo a la computadora, cambió una vez más la I de biología de Jennifer por una MB, y rápidamente desconectó del banco de datos antes de que alguien lo sorprendiera con sus grasientas manos en la masa.

Cathy Lee Crosby, Fran Tarkenton y John Davidson cantaban *That's incredible!* en la televisión de la cocina.

David Lightman deslizó una porción de asado con salsa y patatas hacia «Ralph», que esperaba pacientemente debajo de la mesa. Se limpió las manos en una servilleta de papel y se volvió al montón de cartas que se apilaba a su derecha.

Advirtiendo que no le iba a llegar ningún bocado más por parte de David, «Ralph» se encaminó hacia el señor Lightman, quien se afanaba meticulosamente en cubrir de mantequilla una mazorca de maíz, utilizando una rebanada de pan para distribuirla.

Frente a la tercera silla se enfriaba un plato lleno de comida. La señora Lightman había recibido una llamada de trabajo en el preciso instante de sentarse a la mesa.

—Pero tienes que ver esa casa —cuchicheaba la mujer por el teléfono de la cocina—. Es la mejor de las casas que tengo. Sí, dos dormitorios, un cuarto de baño y un enorme salón.

—«¡Ralph!» —masculló el señor Lightman al perro, que empezaba a soltarle baba en la pernera del pantalón—. ¡Tú ya has comido, así que quieto!

David revisó las cartas, con la cabeza en otro sitio. Lo único que le interesaba era su nuevo ejemplar de la revista Computadoras.

—¿Has sacado la basura hoy, David? —preguntó su padre.

—Sí, sí —contestó David con voz cansina. Su padre ya le había preguntado dos veces lo mismo aquella noche. La madre tapó con la mano el auricular del teléfono y gritó:

—Oye, cielo, asegura la tapa para que «Ralph» no la vuelva a tirar.

A continuación, volvió a sus cuchicheos y tratos comerciales.

—De acuerdo, mamá.

Mierda, cuando no lo ignoraban, no hacían más que regañarle. Hojeó despreocupadamente la revista. Cuando llegó a las páginas centrales, cayó de ellas una hoja suelta.

¡Vaya! ¡Qué era aquello!

En tonos rojos y azules y con un tipo de letra de estilo futurista, el anuncio proclamaba: EL PROXIMO VERANO, SALTO CUANTICO EN JUEGOS DE COMPUTADORA DE PROTOVISION.

David terminó de cenar apresuradamente, bebió un trago de leche y se retiró.

Protovision estaba en California. Valía la pena probar.

Subió a toda prisa a su habitación, pasando cerca de su madre.

—Un día de éstos —dijo ella al verle la revista en la mano—, vas a electrocutarnos a todos.

—Sí —asintió David, al teléfono—. Sunnyvale, California. Protovision.

Gracias. —Una nueva idea pasó por su mente—. Ah, ¿podría también darme otros prefijos que cubran la zona?

Anotó los números en una hoja de cuaderno.

—¡Gracias!

Tras abrir un pequeño fichero de plástico, David Lightman rebuscó entre varios

discos negros, perfectamente enfundados, del tamaño de uno de 45 rpm.

Aquellos eran sus «blanditos», sus discos blandos, o unidades magnéticas de almacenamiento de programas. Pensar que años antes, cuando había empezado, utilizaba una casete. Los discos blandos eran más fáciles de cargar, daban más oportunidad para guardar programas y eran más rápidos de grabar. Aquel archivador en particular estaba lleno de programas diseñados por él. Otra caja situada en el rincón opuesto de la habitación contenía los backup, las copias exactas. El único problema que representaban los blanditos era que, en ocasiones, si la computadora sufría un accidente o había un aumento incontrolado de la tensión eléctrica, o si se doblaban demasiado, podía inutilizarse lo que había almacenado en ellos.

Sacó uno que llevaba el título:

EXPLORACIÓN DE TONOS MÓDEM
COPYRIGHT BY DAVID LIGHTMAN
LA UTILIZACIÓN O DUPLICADO NO AUTORIZADOS DE ESTE
PROGRAMA ESTÁN
ESTRICTAMENTE PROHIBIDOS

Hacía casi un año que David había conseguido su modem. El primer mes que lo utilizó, había provocado una cuenta telefónica realmente increíble. Por ello, a partir de entonces, David se había interesado por el funcionamiento de la compañía telefónica. Su amigo Jim Sting lo había ayudado mucho. Sting poseía un montón de información. En otros tiempos, como experto en computadoras, había sido un «rebelde telefónico», un bromista que utilizaba su conocimiento de computadoras para conseguir llamadas telefónicas gratis.

Sí, Sting le había ayudado incluso en aquel programa.

David ya lo había hecho anteriormente: se trataba de encontrar el número de teléfono de una computadora, e invadirla. Era divertido. Lo único que tenía que hacer era ponerse en contacto con la computadora de Protovision, utilizar su otro equipo *software* especial para eludir los controles de seguridad, marcar el código de aquellos nuevos juegos y copiarlos en un par de blanditos.

¡Los tendría antes que nadie!

El teléfono, el modem de acoplamiento...

Una derivación de la clave de retorno del tablero...

PARA MEDIR LOS TONOS MODEM, SEÑALE POR FAVOR EL CODIGO DE ZONA Y EL PREFIJO DESEADOS.

David marcó: 311-399, 311-437, 311-767, 311-936.

Automáticamente, la computadora marcó el primero de los números.

David escuchó un débil timbre por el auricular. Una voz airada contestó:

«Hola.»

No era. La computadora buscaba los tonos utilizados por otro módem para

responder a llamadas. De inmediato, la computadora desconectó la llamada.

Marcó el número siguiente.

Por sus experiencias anteriores, David sabía que el proceso podía llevar horas. Aquellos tipos de las computadoras no eran estúpidos, y no servían precisamente sus números módem especiales en bandeja de plata. En un país lleno de piratas, hacerlo equivalía al suicidio.

La pantalla del monitor empezó a llenarse de números. Buen trabajo, pensó David. Buen trabajo.

Tras bajar el volumen del altavoz del monitor, tomó una novela nueva de ciencia ficción que había robado de una tienda, un libro titulado El día de la estrella del Dragón, y se dispuso a leer.

Capítulo 4

Protovision

David Lightman dejó atrás a Speedy, sorteó a Pinky, dio la vuelta a la esquina y se dirigió al punto de partida gratis.

Tragó saliva.

Los fantasmas se volvieron azules. David sonrió. Los esquivó perfectamente.

Zap-zap-zap, se los comió uno tras otro con el hombrecito que manipulaba.

Aprovechó el momentáneo respiro para alargar la mano y dar un mordisco al sándwich.

Jennifer Mack estaba junto a la mesa bebiendo un refresco.

—Hola.

—Oh, hola.

David se volvió hacia la máquina y obtuvo unos puntos más.

—Vas a quedarte sin comer —dijo Jennifer.

—Ésta es mi comida.

—Escucha, anoche volví a pensar en lo de ayer.

—¿Cómo?

Vaya, se le estaban acercando y sólo quedaba otro punto para recargar en toda la pantalla.

—Me refiero a lo de mi nota. ¿Puedes cambiarla todavía?

David perdió la concentración e hizo un movimiento erróneo en la pantalla.

Clyde se le echó encima rápidamente y el hombrecito de la pantalla desapareció en seguida con un desesperante gemido.

—Nunca hubiera pensado que fuera tan estúpida. Debería haber dejado que lo hicieras —contempló el juego—. Oye, eres muy bueno en esto. No sabía que en este juego pudiera obtenerse tantos puntos. Yo nunca paso de treinta mil.

El hombrecito volvía a moverse. David lo condujo con maestría, engulló una manzana y la máquina hizo un ruido estúpido.

De todas maneras —continuó Jennifer tenazmente—, quería preguntarte si todavía puedes hacerlo.

¡Mujeres!, pensó David Lightman. Su madre se comportaba así a veces, cambiando de idea en mitad de una frase. David dejó atrás a Inky y escapó por un lateral, emergiendo de nuevo por el otro.

—Bueno, no sé. Puede ser muy difícil.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizás hayan cambiado la palabra clave.

Jennifer era dulce, pero insistente:

—Pero quizá no lo han hecho aún. ¿Podríamos, al menos, probar y ver qué sucede?

David la recordó en su habitación y, de repente, Pinky apareció por el laberinto y capturó al hombrecillo.

David miró a Jennifer, enfadado. Sin embargo, los ojos de la muchacha eran muy hermosos cuando suplicaban.

—Por favor... —dijo ella.

El chico era bastante raro, pero también bastante listo, en su excéntrica manera. Bueno, si de verdad podía cambiar sus notas de modo que no tuviera que pasarse el verano dando clases complementarias, realmente valía la pena para Jennifer.

Los padres de David tampoco estaban en casa ese día.

—¿A qué se dedica tu madre? —preguntó Jennifer, dando un sorbo a su jugo de frutas mientras David le cedía el paso.

—Siglo XXI.

—¿Cómo?

—Una agencia inmobiliaria.

—Ah. —Jennifer echó un vistazo al salón, que era muy parecido al de su casa y a una docena más de salones que había visto. Al menos, no tenía plástico en los cojines, pensó mientras seguía a David a su habitación.

—Ah, me olvidaba. ¿Cómo está Herman?

—Bien. Utilizo su rueda para obtener energía para mis aparatos.

Jennifer se echó a reír.

—¿Para tu lector de discos prefrontal modificado de fase X con condensador desmontable?

—Sí, para mi computadora. He estado trabajando en algo todo el día.

Sacó la llave y empezó a abrir la cerradura de su habitación. Más de dos docenas de chicos de la escuela habían invitado a Jennifer a subir a su habitación, pero ella los había rechazado a todos. Y ahora allí estaba, rumbo a la habitación de aquel sorprendente David por segunda vez. Supuso que una vez corregida la nota acabarían probablemente jugando a Invasores del Espacio.

Aquel muchacho no estaba mal, pese a su aspecto un poco cetrino y flaco.

Jennifer se preguntó qué tal sería besando y acariciando. Divertido, tal vez.

La habitación estaba bañada por la luz fantasmal del monitor de televisión.

David encendió la luz mientras Jennifer deambulaba por la habitación con la mirada puesta en la pantalla. Parecía que la máquina estaba recogiendo números de teléfono.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Jennifer.

—No toques los mandos —contestó David. Ella se alejó inmediatamente del tablero.

—Pero, ¿qué está haciendo?

Jennifer se echó a un lado y dejó que David se sentara. El muchacho le contestó

distraídamente, con la atención fija en la computadora, fascinado.

Jennifer estaba tan interesada en la contestación que esta vez ni siquiera notó el ácido olor de la habitación.

—Marca números de teléfono —decía David—. Una compañía de computadoras de California, la Protovision, anunciaba hoy unos asombrosos juegos de video nuevos para dentro de un par de meses. Los programas correspondientes todavía deben estar en la computadora, así que he ordenado a la mía que busque las computadoras de Sunnyvale.

Al tiempo que hablaba, sacó un auricular de la horquilla y se lo tendió a ella. Jennifer Mack comprendió que estaba llamando. Se llevó el auricular al oído automáticamente.

—Mi computadora responde con un tono que otras computadoras pueden reconocer.

Jennifer apartó el teléfono de la oreja. Sólo había un tono. La lista de números telefónicos era cada vez mayor.

—¿Estás llamando a todos los números de Sunnyvale, California?

David se volvió hacia Jennifer con una sonrisa satisfecha.

—¿No es muy caro? —agregó ella.

—Hay maneras de no pagar las llamadas —contestó David con un intenso fulgor en la mirada.

Aquel tipo era un verdadero maníaco, pensó Jennifer. Muy listo, pero chiflado.

—Escucha, ¿vamos a tardar mucho? Me gustaría ver la nota cambiada otra vez.

—Sí —dijo David, con los ojos clavados en el televisor—. Bueno, Jennifer, verás. Yo, en realidad... ya he cambiado la nota.

—¡Te dije que no lo hicieras!

—Estaba seguro de que cambiarías de opinión.

¡Vaya caradura!

—Además, no quería que te suspendieran. —De repente, el muchacho se olvidó de lo que estaba diciendo y volvió a sumergirse en su trance—. Veamos qué hemos conseguido hasta ahora.

Pulsó una de las llaves y en el televisor apareció esta frase:

BANCO UNIÓN MARINE, OFICINA PRINCIPAL ZONA SUDOESTE.
MARQUE, POR FAVOR.

—Tengo que acordarme de éste —dijo David—. Puede resultar útil algún día.

Jennifer se sintió repentinamente interesada por todo aquello y se le acercó.

David marcó otro número y apareció el departamento de Vehículos.

—¿Tienes alguna multa en Sunnyvale? —preguntó David.

—¿Quieres decir que si tuviera alguna multa por exceso de velocidad o algo parecido, tú podrías anularla?

David se encogió de hombros mientras marcaba el siguiente número, y contestó:

—Probablemente.

La pantalla se llenó de ciudades, fechas y números de vuelo. Era la lista de vuelos de la Pan Am.

—Vaya —dijo Jennifer. Vámonos a alguna parte. Aquello no era lo que buscaba David, pero Jennifer parecía encantada.

—¿Dónde quieres ir?

—A París. Es tan romántico...

Dos rápidas órdenes y David alzó la vista para decir:

—Muy bien, ya estamos en lista.

En cuanto pulsó el siguiente botón, aparecieron más números. Jennifer observaba. De repente, desaparecieron las cifras y en la pantalla sólo se leyó:

MARQUE

—Vaya, qué cosa más extraña —murmuró David—. No se identifica. Vamos a probar una cosa...

Marcó un montón de ceros y un uno.

El monitor mostró la contestación:

IDENTIFICACIÓN NO RECONOCIDA POR EL SISTEMA. HA SIDO USTED DESCONECTADO.

—Qué poca delicadeza —dijo Jennifer.

—Voy a pedirle que me ayude a marcar —dijo David, volviendo a teclear el número.

—¿Puede hacerlo?

—Claro. Algunas computadoras te ayudan a marcar. Cuanto más complicadas son, más tienen que hacerlo.

MARQUE.

AYUDE A MARCAR.

NO HAY AYUDA. MARQUE.

Jennifer se irritó.

—¿Y ahora qué?

David estaba evidentemente excitado.

—¿Sabes? Creo que éste es Protovision. Y si lo es...

AYUDE A «JUEGOS» marcó David.

El monitor replicó de inmediato:

«JUEGOS» SE REFIERE A MODELOS, SIMULACIONES Y JUEGOS CON APLICACIONES TÁCTICAS Y ESTRATÉGICAS.

David dio un salto.

—¡Sí, creo que los tenemos! Pon en marcha la impresora, por favor. Vamos a sacar una copia de todo esto. Disfrutando de su papel de ayudante de un sabio loco, Jennifer se acercó a la IBM que le indicaba David y conectó el interruptor.

LISTA DE JUEGOS, pidió David.

El monitor de televisión siguió en blanco.

—¡Vamos, vamos! —dijo David, como si se tratara de un jugador de béisbol a

punto de batear. Jennifer le observaba.

—David, no creo que vaya a funcionar. Estas cosas no se pueden hacer, de todos modos —dijo por último—. Oye, ¿sabes qué película están haciendo en el...?

JUEGOS, apareció en el monitor.

—¡Caramba! —dijo David.

El monitor continuó:

EL LABERINTO DE FALKEN

BLACKJACK

DAMAS

AJEDREZ

COMBATE DE CAZAS

GUERRA EN EL DESIERTO

GUERRA TÁCTICA EN TEATRO DE OPERACIONES

—¿Eh? —dijo David Lightman—. Esto no es...

—Un momento —le interrumpió Jennifer—. Hay uno más.

GUERRA TERMONUCLEAR PLANETARIA

—¡Carajo! —exclamó David.

—Eso debe ser como Mando de Misiles, ¿no, David? —dijo Jennifer—. ¿Podremos jugar a eso?

La luz diurna desaparecería lentamente sobre los barrios residenciales mientras Jennifer Mack cruzaba a toda velocidad los aparcamientos de la Universidad de Seattle. David Lightman iba sentado con ella en la moto, disfrutando de la apreciada piel de ella.

—¿Quién dices que es ese tipo? —le preguntó Jennifer mientras tomaba un atajo.

—Hum... Jim Sting —contestó David, mientras se preguntaba si había sido acertado pedirle a Jennifer que la llevara directamente allí. Se sentía muy exaltado y ella no tenía nada mejor que hacer, así que los dos habían saltado a la moto y se habían colado entre el tránsito para enseñarle a Jim Sting lo escrito por la impresora. David le había ordenado a la computadora que le enseñara todos sus juegos inútilmente. Al instante, había pensado en Jim.

—Ya has visto todo mi equipo —dijo David.

—¡Tienes un montón de aparatos! —contestó Jennifer, eludiendo a una adolescente con aspecto de Farrah Fawcett.

—¿Cómo supones que los he conseguido? Mis padres no son ricos, y además no les agrada especialmente mi entretenimiento.

—Tu obsesión, querrás decir.

—Sí, bueno... lo que sea.

—No sé —dijo Jennifer—. ¿Se los has robado a alguien?

—No, no. La mayor parte me la ha vendido Jim Sting, y muy barato.

—¿Es un comprador de equipos electrónicos robados? —preguntó Jennifer.

—No. Trabaja en la universidad, en la sección de computadoras. Las repara. Es un auténtico mago. Puede hacer montones de cosas con las computadoras. Pero lo que más le gusta es construirlas. En otros tiempos era un ladrón de llamadas telefónicas. Volvió locos a los de la compañía telefónica pero nunca lo pescaron.

—¿Cómo, con una de esas cajitas negras?

—Acertaste. Jim era el mejor. Simplemente, se cansó de hacerlo. No tenía alicientes, ¿comprendes?

David le indicó la dirección que debía tomar y cruzaron una alameda verde donde los alumnos se recostaban o jugaban con unos frisbees.

—¿Cómo lo conociste?

—Por un anuncio. Él quería vender un mecanismo de transmisión de discos que a mí me faltaba. Me encontré con él y empecé a hacerle preguntas. Muy pronto pasaba la mitad del tiempo con él; aprendí mucho. Diablos, debo de haber pasado la mitad del último verano en su tienda... Me ha sido mucho más útil que cuatro años en esta estúpida escuela. Es arriba de esa colina, Jennifer, después da la vuelta tras ese edificio.

Jennifer ejecutó la orden como una entusiasta seguidora.

—Detente ahí —dijo David, señalando un estacionamiento para motos—. Y ponle el candado. Hoy en día no se puede confiar en los estudiantes universitarios.

Parecen lacayos de Nixon o Reagan.

—¡Oye, que mi padre es republicano! —contestó Jennifer mientras subían los escalones de la entrada. David sostuvo la puerta de cristal para que ella pasara.

—Y el mío, quod erat demonstrandum.

Caminó junto a Jennifer por un pasillo iluminado por tubos fluorescentes y dejaron atrás salas donde los estudiantes echaban amorosas miradas a unos monitores de televisión y acariciaban teclas y mandos. Algunos estaban practicando juegos de video, otros parecían estar haciendo programas.

—Hablando de lacayos... —comentó Jennifer, haciendo un gesto—. Conoce a tus hermanos espirituales.

David habló imitando la voz de Peter Lorre:

—Vinimos del espacio exterior en nuestras naves, querida, y ahora tomaremos control de los seres humanos, uno a uno. Pronto estarás sentada ante un monitor de computadora, extasiada como una tonta.

—La invasión de los ladrones de cuerpos —se rió Jennifer.

El taller de reparaciones de computadoras estaba al fondo del pasillo.

Montones de equipos de computadoras, grandes y pequeños, aparecían esparcidos entre las barras de soldar y demás elementos diversos. El lugar tenía un leve olor a quemado. De un armatoste con las entrañas abiertas sobresalían dos piernas y un prominente trasero.

—¿Ese es tu genio? —dijo Jennifer.

—Sí. Sting tiene una capacidad de almacenamiento de memoria extra en las extremidades. Aguarda aquí, ¿quieres?

David se acercó al armatoste.

—Hey, saboteador. Soy de la Telefónica, muchacho. Los jefes están que trinan.

Sting intentó sacar la cabeza y se dio contra el borde superior.

—¡Diablos! —exclamó, surgiendo de entre la confusión de tableros de circuitos y cables.

—Hola, hombre, soy el hermanito pequeño.

—¡Lightman! —sonrió Jim mientras se frotaba la cabeza. Era un muchacho regordete. Vestía una camisa de franela que llevaba colgando sobre unos gastados *jeans*. Se conducía con un aire de arrogancia. David siempre lo imaginaba como un camionero renegado.

—¡Hey, Malvin, no saques la metralleta, es sólo David Lightman! Llevaba tiempo sin verte, Dave. ¿Te caíste acaso en el agujero negro del juego que estabas programando?

Por el otro lado del aparato en reparación apareció Malvin, un chico delgado con aspecto de tragalibros que parecía recién salido de una mala película de robots.

—¿Oye, Jim, puedes echarle una mirada a esto? —dijo David al tiempo que sacaba del bolsillo la hoja de la impresora.

—¿Qué tal, Lightman? —dijo Malvin—. ¿Qué tal van tus programas? ¿Qué demonios es eso?

Asió la hoja impresora.

—Un momento, quiero que lo vea Jim.

Malvin tenía unos ojos grandes en su rostro fino y anguloso.

—¿Dónde has conseguido eso?

—Estaba intentando introducirme en la computadora de Protovision. Quería tener los programas de sus nuevos juegos.

Sting extendió la mano para asir el papel, pero Malvin se le escabulló.

—Espera, aún no he terminado.

—¡Una mierda! Sting asió la hoja al tiempo que se enderezaba sus sucias gafas. Se rascó la barba rala. —Guerra termonuclear planetaria. Eso no viene de Protovision.

—Ya sé que no —gruñó Malvin—. Pregúntale dónde la ha conseguido.

—Ya lo he dicho —contestó David. Malvin prosiguió.

—Eso debe ser militar. Sí, definitivamente es un documento militar. —Alzó los ojos y embocó a Lightman con una mirada de sospecha—. Probablemente secreto.

—Sí —asintió David—, lo he pensado también. Pero si es militar, ¿por qué iba a tener juegos como las damas y el ajedrez?

—Quizá porque son juegos que enseñan estrategia —apuntó Jim Sting tratando de parecer sagaz.

Malvin advirtió la presencia de Jennifer, que contemplaba al grupo desde cierta

distancia.

—¿Quién es? —preguntó, haciendo una ligera mueca con los labios.

—Viene conmigo.

—¿Por qué está ahí espiándonos? —quiso saber Malvin.

—No está espiando. Me ha traído en su moto —replicó David—. Se llama Jennifer. ¡Oye, ven aquí con nosotros! —le gritó—. Quiero que conozcas a mis amigos.

Jennifer avanzó con un ligero titubeo. David hizo las presentaciones. Sting y Malvin parecían un poco perturbados por la aparición de una mujer entre ellos. Malvin sonreía mucho, y Sting evitaba cruzar su mirada con la de ella.

David pensó que era como si la chica conociera algún oscuro secreto acerca de ellos.

Jennifer se sentó en un rincón y aguardó pacientemente.

—De todos modos, Jim, ¿cómo puedo meterme dentro de ese sistema? Esos juegos han de ser fabulosos. Quiero jugar con cosas así. Nunca había visto algo igual.

—Se supone que no debes verlo —añadió Malvin, poniéndose la camisa dentro de los pantalones—. De todas maneras, ese sistema tendrá probablemente el nuevo algoritmo de entrada por fecha. Nunca conseguirás filtrarte.

David insistió:

—No creo que haya ningún sistema absolutamente seguro. Apuesto a que Jim podría conseguirlo.

Malvin miró a su colega.

—Ni siquiera Jim, amigo.

Ambos fijaron la mirada en el velludo y corpulento Sting, Malvin con cierto aire retador, David de modo suplicante. Jim se rascó la nariz.

—No hay modo de penetrar la línea de seguridad —dijo por último. Malvin sonrió.

—Pero —añadió Jim, con un malicioso fulgor de saboteador en los ojos—, se puede echar una mirada por la puerta trasera.

Los finos ojos de Malvin se agrandaron.

—No puedo creerlo. Tenemos sentada ahí a esa chica, escuchándonos, y tú empiezas a hablarle a Lightman de puertas traseras.

—¡Vamos, Malvin, tranquilo! —se echó a reír Sting—. Las puertas traseras no son ningún secreto.

El prominente estómago se sacudió con la risa.

—Bueno, sea como fuere, estás revelando trucos que sólo nos pertenecen a nosotros —protestó Malvin, indignado.

—¿Qué trucos? ¿Qué es una puerta trasera?

Jim se acomodó los pantalones como siempre hacía cuando iba a ponerse pedante y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Cuando yo diseño un sistema, siempre introduzco una clave, una palabra que

únicamente yo conozco. Así, si quiero volver a entrar en el sistema, puedo esquivar cualquier otra medida de seguridad que se le haya añadido.

«¡Increíble, maravilloso!, pensó David. ¡Claro, era evidente! ¿Cómo no se le había ocurrido algo así?»

—¡Jennifer! ¿Te importaría no tocar eso? —dijo Malvin en tono nervioso—. Es un arrastrador de cintas y tengo muchos problemas con esa unidad.

—Lo siento —contestó Jennifer, parpadeando con inocencia en dirección a Malvin.

—¡Vamos, sigue adelante! —exclamó David, entusiasmado.

—Si de verdad quieres entrar ahí, probablemente tendrás que averiguar todo lo que puedas sobre el tipo que diseñó el sistema.

David pareció derrumbarse.

—¿Y cómo podré descubrir siquiera de quién se trata?

—Bueno, yo... —tartamudeó Jim estudiando el programa.

—Déjame ver ese papel, Jim —dijo Malvin, impaciente—. ¡Son los dos unos estúpidos! No puedo creerlo... pero me parece que sé cómo hacerlo. Acabo de descubrirlo.

David pensó que el viejo Malvin era un comediante bastante pasable.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo harías?

—Miren el primer juego de la lista, tontos —sonrió Malvin—. Yo entraría por el Laberinto de Falken.

—¿Falken, eh?

—Podría ser. Y quizá sea muy famoso —añadió Sting, asintiendo—. Así que lo que tienes que hacer, David, es descubrir quién es ese Falken antes de seguir adelante.

—¿Y?

—Busca en la biblioteca, chico —dijo Malvin.

—Sí. Buena idea —contestó David.

—Pero ten cuidado —le advirtió Malvin—. Quizá sólo se trate de juegos, pero probablemente pertenezcan a algunos súper jugadores sin ningún sentido del humor.

—Si entro —sonrió David—, no habrá modo de que me cacen. Quizá tengan algunos juegos nuevos que nadie conoce. Quizá pueda utilizarlos en algunos de mi propia cosecha. Sea como fuere, esto tiene que ser limpio.

—Muy sutil, Lightman —asintió Jim Sting—. Y ahora, si tú y tu chica me perdonáis, tengo que volver al trabajo.

Cuando salían, David se volvió a Jennifer y le preguntó:

—¿Has entendido algo de todo esto?

—No gran cosa —contestó ella, con un pestañeo—. Aunque creo que vas a hacer algo malo.

—¡Oh, no! No le haré daño a nadie —replicó David. Una sensación de auténtico reto empezaba a cargar sus baterías mentales—. Sólo voy a divertirme un poco.

Capítulo 5

General Jack Berringer

Jennifer Mack trotaba por la acera junto a Park Avenue en ropa de aerobismo, disfrutando de la brillante tarde dominical de primavera.

Daba grandes zancadas y su expresión era bastante melancólica, mientras tarareaba para sí una variación de una canción de Olivia Newton-John titulada Físico, que ella había sustituido por «cínico».

Bobby Jason la había llamado un rato antes para anular su cita para esa noche. ¡El muy imbécil! «No me siento muy bien, Jenny», le había dicho. «Me parece que tengo gripe.» Sí, seguro. Y esa gripe debía de llamarse Bárbara Mc Allistes «el germen» de tetas tan grandes que no podía caminar erguida. La muy vaca...

Jennifer llevaba unos pantalones cortos de color canela, una camiseta sin mangas, zapatillas y una bincha para el sudor de color rosa. Sabía perfectamente que no tenía mal aspecto. Le encantaba el aerobismo. Su padre era un fanático de los deportes y era el que le había animado a empezar. Al llegar a la adolescencia, Jennifer era un poco gordita pero, gracias al aerobismo, un poco de tenis, algo de esquí en invierno y unas clases en el gimnasio, mantenía su figura sin necesidad de abstenerse de tentaciones tales como las pizzas, los helados y las cervezas clandestinas con los muchachos, durante el fin de semana.

En cambio, no fumaba. Era demasiado lista para eso. Su madre fumaba mucho y se pasaba el día tosiendo, así que Jennifer tenía buenas razones para no ceder en ese aspecto.

Se consideraba una adolescente bastante normal. Tenía algún que otro grano pero sin padecer aún,, fumaba marihuana a veces pero sin que le gustara mucho, hacía tonterías con un par de chicos, pero sin exagerar, y francamente se preguntaba qué era toda aquella excitación en torno al sexo.

Tenía un hermano mayor en la universidad y una hermanita parecida a un renacuajo que siempre husmeaba en su colección de discos. Llevaba, en resumen, la vida normal y aburrida de la típica chica norteamericana. ¿Dónde estaba el romanticismo? ¿Dónde estaba el encanto? Como decía aquella canción de Peggy Lee que tanto le gustaba a su madre, «¿Eso era todo?»

Las suelas de goma de sus zapatillas resonaban sobre el asfalto. Dio una vuelta rápida. La brisa le echó hacia atrás el cabello y alivió el calor de su rostro sudoroso. Un hombre que arreglaba el seto de su jardín hizo una pausa y la observó pasar. «Abran paso a la más bonita», pensó.

Trotó todavía un par de cuadras más y de repente se dio cuenta de que estaba en la calle de David Lightman. El chico llevaba dos días sin acudir a la escuela. Jennifer

se preguntaba qué le sucedería. Debía estar sumergido en aquella computadora, sin duda. Aunque no había mencionado el asunto con sus compañeros, había hablado a su madre del chico que acababa de conocer y de su obsesión por las computadoras. La madre había movido la cabeza comprensiva.

—Tu padre, en su tiempo, se volvía loco con los automóviles. Parece que los coches están de capa caída ahora. Por suerte tu padre no tiene una de esas computadoras personales. He oído decir que son capaces de arruinar un matrimonio.

—Mamá —le había contestado Jennifer—, si David estuviera tan absorbido por los coches como lo está por las computadoras, seguramente estaría por correr en las 500 millas de Daytona.

Pese a sus rarezas, a Jennifer le gustaba David. Había en él una deliciosa timidez y una gentileza que le daba un aire de misterio. Además, si ganaba un poco de peso, salía a tomar un poco de sol y se ponía ropa un poco más adecuada, podría estar verdaderamente bien. Bueno, al menos suficiente para salir a bailar. Al menos, no trataba de acercársele como tantos tipos con los que había salido. A veces, Jennifer se preguntaba si a los chicos les gustaba de verdad todo aquello, o era algo que debían hacer. Casi podía imaginarse al señor Ligget dando una conferencia sobre los cromosomas y el beso en los adolescentes norteamericanos.

Jennifer decidió que, ya que se encontraba en la zona, le haría una visita a David. No es que se sintiera realmente interesada por él, sino simplemente curiosa. Además, ahora que le había cambiado la nota, sentía una especie de deuda con él. Tenía que asegurarse de que estuviera bien. Pero, definitivamente, no tenía nada que ver con sus sentimientos.

A unos cincuenta metros, calle arriba, estaba la casa de los Lightman. Saltó al sendero y llegó hasta la puerta. Llamó.

Un hombre con gafas de aspecto desagradable salió a abrir como si creyera que iban a pedirle dinero para alguna campaña. Jennifer apeló a su mejor tono de «virginal vecinita, dulce y optimista», y le preguntó:

—Hola, ¿está David en casa?

El hombre quedó mirándola.

—Usted debe ser el señor Lightman, ¿no?

—Exacto.

—Bueno... yo...

La muchacha echó un vistazo a su indumentaria y se dio cuenta de que su imagen, en aquel momento, no era precisamente virginal. Los pantalones cortos dejaban al descubierto los muslos, iba sin corpiño y el sudor acentuaba las limitadas, aunque prominentes, cualidades de su busto.

—Vengo de correr —dijo.

El señor Lightman tosió y apartó la mirada.

—Sí, claro. Me alegro de ver a una saludable... Ejem, sí, David. David está arriba, en su habitación.

Se hizo a un lado y dejó entrar a Jennifer.

—Gracias.

Cuando se dirigió hacia las escaleras, el señor Lightman la siguió, atónito, al advertir que la muchacha sabía perfectamente el camino.

—¿Has estado aquí antes?

—Oh, sí —contestó ella, con cierta malicia—. David es un muchacho tan encantador...

El señor Lightman miró perplejo el periódico que llevaba en la mano y dijo:

—Tendrías que llevarlo a correr. Nunca hace nada de ejercicio.

—Prometo que le haré hacer ejercicio. Por usted, señor Lightman —respondió alegremente ella. Se despidió con la mano mientras sus ágiles piernas la transportaban arriba ante los ojos atónitos del padre.

Llamó a la puerta. David respondió con un gruñido:

—¿Sí?

—Soy yo, Jennifer —contestó ella.

—¿Jennifer?

Se oyeron unas pisadas acercándose a la puerta, y el clic de la cerradura al abrirse. David tenía el aspecto de un topo husmeando desde su guarida.

—Hola. Pasa.

Jennifer entró en la habitación.

—¡Vaya! —dijo—, parece que ha estallado una bomba aquí.

La habitación, habitualmente desordenada, parecía el escenario de una catástrofe. Papeles, revistas y resmas de papel de IBM esparcidos por doquier, por no hablar de las sábanas sucias, latas de Coca Cola vacías, paquetes vacíos de papas fritas y otros objetos no identificables reducidos a polvo. El equipo electrónico estaba en plena acción, Jennifer vio lucecitas encendidas, cintas en movimiento y monitores que mostraban la lista de juegos que había puesto a David en aquel estado de excitación. Había además otro aparato de televisión unido a un grabador de video. La habitación tenía un acre olor a encierro.

—Estoy preocupado —dijo David, colocándose frente al tablero.

—Ya veo. ¿Dónde has estado estos días?

David se concentró súbitamente en lo que mostraba el monitor.

—¿Cómo? —preguntó en tono ausente.

El muy tonto no se había dado cuenta siquiera de su sensual aspecto, pensó ella. ¿Qué le sucedía a aquel muchacho? Su padre, en cambio, bien que lo había notado...

Un tanto ofendida, Jennifer le dijo:

—No te he visto por ningún lado.

—Pues, sí, bueno... ¡Oh, perdona!

David se levantó y apartó precipitadamente algunos libros de la cama para que ella pudiera sentarse. Jennifer lo hizo y le preguntó a David:

—Oye, ¿qué es todo esto?

—Estuve en la biblioteca —contestó el muchacho.

—¡No me digas!

—Intento saber algo más del tipo que hizo esos programas. Quizás así pueda descubrir la clave privada de acceso a la computadora.

—¿De verdad?

—Sí. —Se le iluminaron los ojos...— Fue sencillísimo, Jennifer. Simplemente, busqué el nombre «Falken» en el enorme catálogo de la biblioteca de ciencias de la universidad —sacó un gran bloc amarillo, lleno de anotaciones—. Su nombre es Stephen W. Falken, y lo primero que encontré fue una mención a «El laberinto de Falken: Enseñando a pensar a una máquina», así que probé con eso en la computadora. No funcionó, de modo que me llevé todo lo que encontré sobre él y... y descubrí que Falken murió en 1973. Bueno, desde entonces he estado probando con mucho de ese material y...

—Eh, aguarda un momento. ¿Quién es ese tal Falken? ¿Has descubierto eso al menos?

—¡Sí, claro! Era un inglés que trabajó para el departamento de Defensa, aquí en los Estados Unidos.

—¿Sabes, David? Estás absolutamente chiflado. Explícame qué puede haber de especial en esos juegos y esas máquinas que te pone así. Es ridículo.

—No es una máquina cualquiera, Jennifer, ¿no lo entiendes? ¡Si puedo entrar ahí, aprender, muchísimas cosas! Mira, quería saber cosas de Falken —tomó una cinta de video de un centímetro de ancho y la colocó en el reproductor—. Échale un vistazo a esto.

Pulsó el botón de «marcha». De inmediato el televisor mostró imágenes de un montón de juegos. Una voz que hablaba por encima de ellas sobre estrategia y máquinas. Era antiguo, en blanco y negro. Después apareció un hombre.

—Ese es Falken —dijo David—. Está mostrando un prototipo de su computadora.

Ese hombre se dedicaba a las computadoras y a los juegos. Las programaba para jugar a todo lo imaginable: ajedrez, damas...

—Bueno, ¿acaso no hace eso todo el mundo? —dijo Jennifer.

—No, no —replicó David—. Lo extraordinario fue que él diseñó sus computadoras para que aprendieran de sus errores, de modo que mejoraran su rendimiento a cada partida. El sistema que él inventó aprende realmente. Se enseña a sí mismo. Bien, si yo consiguiera entrar ahí, podría jugar con la computadora.

Podría aprender mucho. Podría aplicarlo a nuevos programas. Podría...

—¿Sabes que ese tipo no está nada mal? —dijo Jennifer, con la mirada fija en el televisor—. Qué lástima que haya muerto, porque podrías haberlo visitado.

Debió morir muy joven.

—No. Creo que era bastante viejo —contestó David—. Cuarenta y uno, o algo así.

—¿Tan viejo?

—Sí. Encontré una esquila —David le tendió un listado de IBM.

En el televisor apareció el retrato de un niño de tres años jugando con la computadora.

—Ese es su hijo —dijo David. Jennifer estudió la esquila.

—Vaya, qué cosa más triste. Aquí dice que su mujer y su hijo murieron en un accidente de tránsito.

—Sí.

—¿Falken murió a los cuarenta y un años? Ahora pienso que mi padre tiene cuarenta y cinco, ¿sabes? Recuerdo que una vez estuvo muy enfermo, y todos pensábamos que iba a... —dijo Jenny.

David se levantó de un salto. En su rostro había una extraña expresión, como si le hubieran sacudido una descarga de electricidad.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—¿Quién, mi padre?

—No, el hijo de Falken. ¿Cómo se llamaba?

Jennifer consultó otra vez la esquila.

—Aquí dice Joshua.

Los ojos de David centellearon.

—Voy a probar con eso.

—¿A probar?

—Probablemente, debió escoger como palabra clave algo de su vida personal... algo en lo que jamás pensaría nadie. Quizás esa palabra fue Joshua, su propio hijo, que también jugaba con las computadoras.

David se sentó frente al tablero y marcó JOSHUA como palabra clave.

HA SIDO USTED DESCONECTADO, contestó el monitor.

David se dejó caer en la silla, abatido.

—No podía ser tan sencillo, David —dijo Jennifer—. Tengo una idea.

—Sí, claro. Jennifer Mack, el genio de las computadoras. Llevo dos días rompiéndome la cabeza frente a este tablero, y tú crees que puedes encontrar la respuesta en un par de minutos.

—¡Oye! —protestó Jennifer, totalmente molesta—. Sólo tardarás un par de segundos en probar lo que te digo.

—Está bien, ¿de qué se trata? —dijo David en tono de hastío.

—Quizá deba ir algo más que «Joshua» —apuntó la muchacha, repasando la esquila—. Quizá tengan que ir el nombre del niño y el de la mujer.

—No, tiene que ser un solo nombre. Probar, con el de su esposa. ¿Cómo se llamaba?

—Margaret —dijo Jennifer.

No funcionó.

—Espera un momento —prosiguió Jennifer, metiéndose de lleno en la búsqueda

—. Dice que Joshua tenía cinco años cuando murió. ¡Quizá deberías poner un cinco detrás de «Joshua»!

—Podemos probar —contestó David, encogiéndose de hombros.

Jennifer se puso de pie para observarle mientras marcaba: JOSHUA5.

El monitor no desconectó.

De repente, una serie de letras y cifras totalmente incomprensibles para Jennifer empezó a inundar la pantalla del monitor.

—¡Vaya! —dijo David.

—¿Qué sucede?

—Tenemos algo ahí —gritó David, dedicándole una radiante sonrisa. Un escalofrío de satisfacción recorrió el espinazo de Jennifer.

De repente, el monitor quedó en blanco.

—Ay, ay —murmuró Jennifer.

—No. Espera.

En la pantalla se formaron unas palabras: BUENOS DÍAS, PROFESOR FALKEN.

—¡Estamos dentro! —dijo David, rebosante de alegría—. ¡Cree que soy Falken!

Rápidamente, David escribió: HOLA.

La pantalla mostró la respuesta: ¿CÓMO SE SIENTE HOY?

Jennifer estaba asombrada.

—¿Por qué te pregunta eso?

—Pregunta lo que tiene programado —contestó David—. ¿Quieres oírle hablar?

Espera un momento.

—¿Hablar? ¿Quieres decir con... con palabras?

—¡Sí! —David manipuló una cajita llena de interruptores y pulsadores—. Esto es un sintetizador de voces. Sólo tengo que conectarlo... —Se oyó un clic—, e interpreta las palabras sílaba a sílaba. Escucha. Voy a preguntarle cómo se siente.

David escribió: «ESTOY BIEN, ¿CÓMO TE SIENTES TÚ?»

La máquina respondió con una serie de letras en la pantalla. Y una voz interpretó aquellas letras simultáneamente, en tono nasal y monocorde.

—Ex-ce-len-te —dijo—. Ha pasado mucho tiempo. ¿Puede explicar por qué fue extraído su número de cuenta de programador el 23 de junio de 1973?

David volvió a escribir: TODOS COMETEMOS ERRORES A VECES.

—Es cierto —dijo la máquina.

ES CIERTO, permaneció escrito en la pantalla.

—No lo entiendo —dijo Jennifer.

—No es una voz de verdad —le explicó David—. La caja sólo interpreta la señal y la transforma en sonido.

—¿Jugamos a algo? —dijo la máquina. JUGAMOS A ALGO, repitió por escrito la pantalla.

—Es casi... —musitó Jennifer, absolutamente fascinada—. Es casi como si

echara de menos a Falken.

David asintió lentamente.

—Sí. Es extraño, ¿verdad?

Una extraña sonrisa iluminó el rostro de David. A Jennifer no le gustó mucho aquella sonrisa; se sentía intrigada. Tenía un cierto aire a victoria, pero hablaba también de diabluras.

David escribió: ¿QUÉ TE PARECE SI JUGAMOS A LA GUERRA TERMONUCLEAR?

—¿No preferiría una buena partida de ajedrez? —replicó la máquina, llanamente.

DESPUÉS, escribió David. JUGUEMOS A LA GUERRA TERMONUCLEAR PLANETARIA.

—Bien —respondió la máquina—. ¿Qué lado quiere usted?

—¡Perfecto! —dijo David, entusiasmado—. ¡Esto va a ser una bomba!

YO SERÉ EL BANDO RUSO, escribió.

—Apunte los objetivos principales —pidió la máquina.

David se volvió a Jennifer:

—¡Vaya juego! ¿Qué quieres bombardear con armas nucleares primero?

—Las Vegas —respondió Jennifer—. Mi papá perdió mucho dinero allí una vez.

—¡De acuerdo, Las Vegas lleva el número uno! Veamos qué más. Desde luego Seattle.

—¡Sí, sí! Estoy verdaderamente harta de Seattle —asintió Jennifer. Los dos soltaron una carcajada.

David escribió después una lista con varias ciudades más.

—Gracias —dijo la máquina.

—¿Qué pasa ahora? ¿Tenemos que observar?

—No sé.

—Empieza el juego —dijo la computadora. La pantalla quedó en blanco.

—Hey, ¿va algo mal? —dijo Jennifer.

—No lo sé.

—Oye, este juego es muy lento.

—Algunos de estos juegos de estrategia toman un tiempo.

De repente, la pantalla empezó a llenarse de datos.

—Jesús —exclamó David—, me he olvidado de poner en marcha la cinta para grabar todo esto. ¡Qué descuido!

Remedio rápidamente la situación.

—Allá vamos, Jennifer. ¿Estás preparada para la Tercera Guerra Mundial, camarada Mack?

—Da, camarada —contestó Jennifer con un saludo—. ¡Destruye a esos decadentes imperialistas!

Ambos se echaron a reír ruidosamente.

En el Crystal Palace, el útero cavernoso que contenía todas esas relucientes y

pesadas máquinas de muerte, las cosas iban como siempre. El lugar producía una sensación extraña, entre biblioteca y tumba. Los técnicos hablaban con voces amortiguadas y permanecían en total silencio mientras cumplían su turno laboral, pegados a sus asientos, tomando mediciones y siguiendo las actividades de superficie de la Unión Soviética, o el monzón que avanzaba hacia Borneo. Otros técnicos observaban sus datos, sosteniendo entre las manos los mensajes traducidos de miles de aparatos de seguimiento y escucha por radar y sonar. En las zonas más oscuras del anfiteatro, el equipo electrónico arrojaba un resplandor fantasmagórico sobre sus rostros, mientras los del equipo de comunicaciones murmuraban con los labios pegados a los micrófonos, todos con sus auriculares puestos. Unos setenta militares se hallaban en sus puestos en aquel instante; todos ellos eran expertos altamente calificados. Los grandes mapas electrónicos colgaban en lo alto como expectantes profecías.

Encima de ellos, el tablero de resultados del temido pero previsto juego del futuro indicaba la situación de la defensa en aquel momento.

DEFCON 5

DEFCON 5 significaba paz. DEFCON 1 significaba guerra total; el 4, 3 y 2 indicaban diversos grados entre ambas situaciones.

El general Jack Berringer estaba sentado en mangas de camisa en el balcón de mando, frente a las grandes pantallas, preguntándose dónde estaría su café.

El general Jack Berringer no estaba de muy buen humor.

Su hijo, Jimmy, era un vagabundo que perseguía un oscuro título en inglés en una oscura universidad del norte de California pagada por su padre. ¿Qué había pasado con el reclutamiento obligatorio, ahora que lo necesitaba? Tal era la principal preocupación del general. Sus hijas ya estaban casadas y tenían niños, como debían hacer las buenas hijas, pero su hijo le había desafiado atreviéndose a no entrar en el ejército. La esposa del general se había mostrado radiante aquella mañana. Había recibido carta de Jimmy y se había pasado un buen rato alabando a aquel maravilloso hijo suyo, que tenía ya veinticinco años, y comentando lo bien que estaba escrita la carta. El general Berringer le había contestado que, en su opinión, preferiría ver al muchacho empuñando un M-16 en el campo del honor que un bolígrafo en los remilgados salones de la universidad. Aquello había desencadenado una breve pelea farsesca entre el general y su esposa.

El general Berringer también estaba furioso por el modo en que el doctor John Mc Kittrick había sabido aprovechar su viaje a Washington el año anterior.

Había conseguido sus propósitos, el muy cerdo. Aquel fraude suyo del PROB estaba plenamente instaurado ahora, y Mc Kittrick no dejaba de dar vueltas pavoneándose, con aquella enorme sonrisa de mierda de oreja a oreja.

—Me he ganado docenas de medallas en Corea y Vietnam. Ese no es el agradecimiento que merezco —murmuró para sí.

—¿Dónde está el sargento Reilly? —preguntó al azar, sin dirigirse a nadie en

particular—. ¿Dónde está mi condenado café?

Empezaba a notar un dolor de cabeza y necesitaba el café para tragar las aspirinas y mantenerse en condiciones. El coronel Conley, su oficial jefe de comunicaciones, estaba a su lado capeando el temporal.

—Pidió usted crema, Jack. Quizá se les haya terminado.

—¡Terminarse la crema! Nada de eso —contestó el general—. He metido en esos almacenes café suficiente como para soportar un holocausto nuclear, y puede apostar a que hay crema suficiente para mi café. Usted sabe que necesito la crema, Al. Por la maldita úlcera. —Desvió la mirada hacia la principal terminal PROB, al cuidado del comandante Frederick Lem—. Una úlcera, por cierto, que cada vez está peor, por culpa de esa maldita máquina que Mc Kittrick esta empeñado en enchufarnos.

—Si tiene problemas con la úlcera, Jack, debería dejar el café.

El general respondió con un gruñido. Alzó la vista y vio acercarse al sargento con una taza humeante en la mano.

—¡Ya era hora! —exclamó el general, asiendo la taza—. ¡Eh!, ¿dónde está la crema?

El sargento sonrió le pasó cuatro sobrecitos.

—Pensé que le gustaría echársela usted mismo, señor.

El analista de radar Tyson Adler dio un sorbo precavido al caliente té de hierbas con sabor a almendras. Se recomendaba no beber nada cerca de las consolas de mando, por una buena razón. Un recipiente con líquidos, derramado en el lugar adecuado, podía provocar un cortocircuito en todo un tablero.

Adler tenía un terrible dolor de garganta. Había estado toda la noche bailando con una chica y el ejercicio le había acarreado un resfriado. Adler se arrepentía de haber estado saltando charcos de agua de lluvia. De todos modos, sobreviviría.

Volvió a tapar cuidadosamente la tetera y la dejó junto a su asiento. En el mismo instante en que apartaba el rostro de la pantalla de radar, apareció un blip electrónico sobre el horizonte.

Dos más.

Después, todo un enjambre de blips fue avanzando en una trayectoria que llevaba a la parte occidental de los Estados Unidos.

El analista de radar Adler suspiró mientras alzaba de nuevo la cabeza para controlar su bola de cristal electrónica. Julie debía de estar preparando tallarines para cenar y, aunque no era la mejor cocinera del mundo...

¡Jesucristo!

Quedó observando los blips en la pantalla durante una fracción de segundo, y de inmediato alzó el teléfono.

—Tengo siete... —gritó—, corrección, ocho Pájaros Rojos a dos grados de apogeo, presuntas zonas objetivo... regiones NORAD dos-cinco y dos-seis.

En cuestión de segundos comenzó a sonar una sirena como un lamento, y a lo largo de las consolas empezaron a alzarse cabezas, como estudiantes despertando de

su siesta.

El mensaje del analista de radar sorprendió al capitán Kent soñando despierto. Rápidamente, se desembarazó de su sopor, sintonizó su monitor y marcó la línea directa con la base NORAD en Alaska.

—Cobra Dane —dijo, mientras el corazón le batía furioso en el pecho—. Tenemos un aviso de misiles soviéticos. Comprueben posible error y confirmen el informe...

La sirena sorprendió a la piloto Maggie Fields a medio camino del lavabo de señoras. La dama, vestida de un modo nada militar, dio media vuelta y corrió a velocidad de vértigo a su asiento, donde se calzó los auriculares mientras pensaba «¡A eso se llama falta de tino!»

—A todas las estaciones —dijo lacónicamente, con la vista puesta en la terminal—. Aquí Crystal Palace, iniciación y conferencia de emergencia.

El teniente Morgan dio un salto y cayó en su asiento con los auriculares puestos. Había estado hasta aquel mismo instante en el pasillo, hablando con aquella pelirroja.

Demasiado ocupado para sentir miedo, el analista de radar Adler todavía estaba informando de lo que el radar le mostraba.

—... Diecinueve grados pasado el apogeo, con dieciocho posibles objetivos a la vista. Reentrada aproximada a las 23:19, Zulu.

El general Jack Berringer intentó limpiarse el café que se había derramado sobre los pantalones.

—Señor —le dijo el coronel Conley—, tenemos un seguimiento por radar de ocho misiles rusos en dirección de nosotros. Ya han pasado sobre el polo.

Los ojos de Conley, ligeramente saltones, parecían un tanto helados por la sorpresa, pero el gesto de sus labios indicaba que estaba llevando a cabo sus obligaciones. Comprobó unas notas garabateadas a toda prisa.

—Impacto estimado... doce... digamos once minutos. Zona confirmada de objetivos: Oeste de los Estados Unidos.

El general Berringer quedó anonadado durante una fracción de segundo. Después saltó a la pantalla central, que representaba a América del Norte y los mares próximos. En ese mismo instante, aparecieron en la pantalla ocho blips en dirección al continente.

—¿Cómo no hemos recibido la detección de los lanzamientos por parte de los satélites espía? —preguntó el general Berringer.

Conley tenía la frente cubierta de sudor, justo debajo de la línea donde arrancaba su cabellera.

—No estoy seguro, señor. Estamos comprobando una posible avería en el DPS.

Conley regresó a su tablero de comunicaciones, poniéndose de nuevo en acción, enfebrecido.

El general Berringer pensó: “Y recién habíamos iniciado las conversaciones de paz. Nunca me he fiado de ese tipo, Andropov.

El analista de radar Adler se sentía a punto de vomitar. Las gráficas de la pantalla mostraban la terrible situación sin ningún género de dudas. Tragó saliva, se ajustó las gafas, colocó bien el micrófono de sus auriculares, que tenía apartado a un lado, e informó de lo que veía.

—BMEWS tiene seguimiento continuo por radar en los límites... la veracidad del mensaje es alta... Repito, la veracidad del mensaje es alta.

«Te quiero, mamá», pensó Adler.

A casi mil quinientos kilómetros, dos adolescentes estaban sentados en medio de una serie de aparatos y computadoras, contemplando fascinados la pantalla de un aparato de televisor de diecinueve pulgadas. En la pantalla aparecía una serie de listas llenas de cifras que Jennifer Mack asemejó a jeroglíficos egipcios, sucediéndose unos a otros a vertiginosa velocidad. El rostro de David mostraba un fulgor absolutamente puro mientras contestaba a las preguntas de la máquina, mecanografiando rápidamente en el teclado de la terminal y alzando la mirada a la pantalla para ver cuáles eran los resultados.

—¿Qué significa todo esto? —quiso saber Jennifer. David sonrió.

—No lo sé, pero seguro que es magnífico.

Los símbolos cruzaban sobre la pantalla como fantasmas electrónicos persiguiéndose uno al otro camino del día del juicio final, y luego regresaban a la computadora PROB, en las entrañas de los montes Cheyenne, muy cerca del balcón de mando del Crystal Palace, donde el teniente Harlan Dougherty, un larguirucho auxiliar de comunicaciones se encontraba inclinado sobre una impresora. Dougherty arrancó el listado y gritó el contenido al general Jack Berringer, cuyas uñas estaban formando profundos surcos en el brazo acolchado de su sillón.

—... El Presidente está en su automóvil, en dirección a Andrews... Ha sido imposible dar con el Vicepresidente... El Jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor...

El coronel Conley alzó la cabeza del tablero de comunicaciones, interrumpiendo el informe.

—La alarma de misiles no informa de ningún error de funcionamiento. La fiabilidad de los datos sigue siendo alta... —dijo, advirtiendo de repente un ligero mareo. Siempre se había preguntado cómo se sentiría cuando no se tratase de un ejercicio simulado. Ahora lo sabía por fin, y se preguntaba si, pese al entrenamiento y a su profesionalidad, sería capaz de llevar a cabo su tarea.

—DEFCON 3 —ordenó el general Berringer—. Pónganos con el SAC. Haga que envíen los bombarderos.

Las manos se apresuraron, obedeciendo las órdenes. Berringer alzó la mirada al marcador electrónico que dominaba la sala, donde todavía se leía DEFCON 5.

En el lapso que dura un parpadeo, vio que la situación cambiaba a DEFCON 3.

«Hasta ahora, todo va bien», pensó el general Berringer.

El capitán Kent Newt, en su módulo de comunicaciones, advirtió el cambio de señal, vio por el rabillo del ojo las corridas de técnicos y oficiales y oyó el murmullo

de voces y el parpadeo cada vez más acentuado de las luces. Pero su mente siguió fija en el trabajo que se le había asignado. Pulsó el botón que completaría el código ya marcado por teléfono, y comenzó a hablar por el micrófono de los auriculares.

—SAC, aquí Crystal Palace. El comandante en jefe de la NORAD declara DEFCON 3. Salida inmediata de todos los escuadrones de aviación de alarma. Repito, salida inmediata de todos los escuadrones de aviación de alarma.

El analista de radar Adler, en el piso inferior, todavía observaba su pantalla, que reflejaba exactamente lo que sucedía en el gran tablero que colgaba de arriba. Los ocho misiles dirigidos contra Estados Unidos se dividieron en múltiples cabezas nucleares.

—Los intrusos proceden a diseminar las cabezas —informó rápidamente—. Tenemos ahora aproximadamente veinticuatro posibles objetivos que neutralizar.

El teniente Dougherty oyó el informe y fijó la vista en el gran tablero.

—Señor —dijo al general Berringer—, nuevo tiempo de impacto, ocho minutos.

Arriba, en el balcón de mando, el coronel Conley le tendió el teléfono al general Berringer.

—Señor —dijo lacónicamente—, el SAC hace despegar a los bombarderos... El general Powers al teléfono.

—Aquí Berringer —contestó el general.

—¿Qué han estado haciendo ahí, muchachos? —prácticamente gritó el general Powers al otro lado de la línea—. ¿Siguen ahí parados con las manos en los...?

—¡Maldita sea! —contestó Berringer, en actitud defensiva—, no ha habido ningún aviso de detección de lanzamientos desde los satélites. El radar ha descubierto los misiles cuando ya estaban en la atmósfera, y ésa ha sido la primera noticia del ataque.

—Bueno, si esto va en serio necesitaremos algo más que unos bombarderos. Y si es así, Berringer... —Powers hizo una pausa y su tono pareció quebrarse—, nos veremos en el infierno, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Bill.

Berringer colgó y volvió la mirada al tablero. Esto es real, se dijo. A menos que algo cambiara radicalmente, era el inicio de la Tercera Guerra Mundial.

Cuando se tenía un trabajo como el de Berringer, uno pasaba todo el tiempo pensando en aquella posibilidad. Suspiró. Casi era un alivio, pensó. Sin embargo, después pensó en sus nietos y en su esposa, e incluso, maldita fuera, en aquel hijo suyo que estudiaba inglés en aquella maldita y remilgada universidad, y de repente la guerra dejó de ser un asunto de trabajo, incluso para él. Se volvió a Conley.

—Será mejor que avise a los ICBM que calienten los motores. Que se dispongan a lanzar los misiles.

Volvió a mirar los blips que parpadeaban en el tablero, y que cada vez se acercaban más a los Estados Unidos. Cada lucecita era un misil que surcaba la atmósfera con un silbido, cargado de megatonnes de destrucción nuclear, trayendo

consigo un viento arrasador y un fuego abrasador que destruiría ciudades enteras y acabaría con millones de vidas en el tiempo de un latido de corazón.

—¿Señor?

Berringer advirtió de repente que su ayudante estaba junto a él, sosteniendo un teléfono amarillo. Berringer tomó el auricular. El personal del balcón de control se volvió hacia él. Todos sabían qué significaba aquel teléfono amarillo.

Iba a tomarse la decisión más temida.

—¿Sabes? —dijo David a Jennifer, alzando la mirada del monitor y su desfile de letras y símbolos—, creo que ya voy comprendiendo qué es esto. Sin embargo, me gustaría tener algunas gráficas más. Cuando haga mi versión del juego, es evidente que tendré que diseñar algunas gráficas que resuelvan a fondo el problema.

—¿Y los sonidos? —preguntó Jennifer—, ¿podrás ponerle sonidos, como a los juegos de los salones recreativos?

—Claro. Rugidos auténticos, explosiones... Bomm, kaboom, blamm!

—¿Y gritos, con ese sintetizador de voces? —continuó Jennifer, con una mórbida sonrisa en los labios.

—Con el sintetizador, no. ¿Has oído alguna vez un grito monocorde?

Volvió la atención al monitor, donde estaban formándose nuevos mensajes, seguidos de un signo de interrogación.

—Camarada Mack —dijo, en un vano intento de imitar el acento ruso—, el camarada Joshua desea saber si queremos desplegar las fuerzas submarinas.

—¡Claro! —rió Jennifer—. ¡Ponlas en acción!

—Da, camarada, ¡allá van!

Estaba a punto de mecanografiar las órdenes adecuadas cuando oyó un gran estrépito procedente del patio trasero de la casa, seguido de una serie de frenéticos ladridos.

—¡Eh! —exclamó David—. El cuerpo de ejército K-9 norteamericano ha sido enviado a atacarnos, camarada Mack. ¡Llame al Kremlin! ¡Llame a la KGB!

—¡David! —gritó una voz—. ¡David!

—¡Camarada Lightman, los norteamericanos están utilizando su arma secreta!

Ambos estaban al borde de la histeria, pero David se las ingenió para llegar a la ventana y asomarse. Allí estaba el Comandante Lightman en persona, al lado de dos cubos de basura volcados, con una indignada mueca en los labios.

A su alrededor, el césped estaba sembrado de basura.

—¡David! —gritaba—. Te he dicho mil veces que ajustes bien las tapas de los cubos. ¡Mira este lío!

—Bajo en un minuto, papá —contestó David.

—¡En un minuto, no! —aulló el señor Lightman—. ¡Ahora mismo!, ¿me oyes?

¡Quiero que todo esto quede recogido ahora mismo! ¿Comprendido?

Apareció su madre. Observó la basura vertida en el suelo, alzó la mirada a David y se dirigió a él en un tono mucho más suave.

—Hijo, cariño, ¿quieres bajar y hacer lo que dice tu padre?

David saltó de la cama y derribó en el salto un montón de libros.

—¿Ultimátum definitivo, camarada? —preguntó Jennifer, mirándole con expresión comprensiva.

—Sí. Ese maldito aguafiestas... ¡Justo cuando el juego estaba poniéndose realmente interesante!

Volvió al tablero y lo contempló, apenado.

—¡Que mierda! —murmuró, al tiempo que desconectaba los aparatos.

En el gran mapa central de los Estados Unidos del Crystal Palace, todo empezó a parpadear.

Lentamente, todos los tableros quedaron en blanco. La sirena, acompañamiento musical de la crisis, enmudeció.

—¿Eh? —exclamó el analista de radar Adler.

—¿Qué diablos? —maldijo el capitán Newt.

El coronel Conley manipuló los controles.

Los tableros volvieron a la actividad.

Ninguno de ellos mostraba el menor rastro de misiles rusos.

El coronel Conley escuchó un momento los auriculares y volvió la vista hacia donde se encontraba el general Berringer, quien mostraba dos manchas cada vez mayores bajo las axilas en su camisa azul pálido.

—General, los BMEWS y Cobra Dane dan ahora confirmación negativa de todo rastro de intrusos.

El mensaje tardó un instante en ser comprendido interiormente por Berringer.

—Comuníqueme con el SAC —ordenó—. ¡Dígales que sigan alerta!

A un costado de donde se hallaba vio a un hombre sudoroso que corría desesperadamente hacia la planta baja del Crystal Palace, agitando frenéticamente los brazos para atraer la atención.

Paul Richter gritó a todo pulmón. Apenas podía articular palabras coherentes.

—¡Deténganse! ¡Deténganse!

Los rostros de los técnicos se giraron a su paso, atónito.

—¡Es un simulacro! —gritaba—. ¡Estamos ante un simulacro de ataque!

En cuanto advirtió lo que estaba sucediendo, Paul Richter se había alejado corriendo de la sala de PROB. «Tengo que llegar al puesto de mando antes de que lancen los misiles», pensó, al tiempo que sorteaba una silla vacía y llegaba al pie de las escaleras.

El general Berringer pareció perplejo.

—¿De qué está hablando? —gritó a todos los que quedaban al alcance de su voz.

Un técnico se interpuso en el camino de Richter, y éste lo apartó de un empujón; empezó a ascender las escaleras. Casi se lanzó de cabeza al balcón de mando, mientras gritaba, con la respiración entrecortada:

—¡No hay ningún ataque!

Comenzó a jadear. Estaba terriblemente falto de entrenamiento para un esfuerzo como aquél.

—¡Es un simulacro! ¡Por amor de Dios, no...!

Berringer se había puesto de pie, con el rostro todavía rojo.

—¿Qué diablos está sucediendo aquí? —gritó—. Ya sabe usted que no está permitido correr aquí. Alguien podría resultar herido.

—Lo lamento, señor —contestó Richter, aún jadeante—. Todavía no sabemos cómo ha podido ocurrir pero alguien del exterior se ha conectado con nuestro sistema principal de computadoras y le ha indicado un simulacro de ataque.

Pat Healy se encontraba ya detrás de los talones de Richter. Llevaba en las manos un listado. Se lo entregó a Richter.

«Mc Kittrick y sus malditas máquinas», pensó Berringer. «¡Y el muy cerdo ni siquiera está presente para verlo!»

—Conley —dijo Berringer—, desconecte la alarma y manténganos en DEFCON 4 hasta que descubramos exactamente lo que está sucediendo...

Richter alzó la vista del listado y se volvió irritado hacia Pat Healy.

—No le dije que cortara la línea. ¿Se lo dije, acaso? —Se volvió con una expresión de temor al general Berringer—. Señor, han desconectado antes de que pudiéramos localizar la llamada.

Pat Healy mantuvo la compostura y añadió:

—Al menos, localizamos la zona general donde se originó la transmisión.

—¿Dónde? —preguntó Berringer.

—Seattle, Washington, señor.

Capítulo 6

Joshua

El sol parecía una moneda fundida cayendo por una ranura de máquina de juegos en el horizonte. Una agradable brisa primaveral agitaba las verdes hojas del árbol que se erguía en la acera de la calle, frente a la casa de David Lightman, mientras el joven llegaba a la puerta, con la campera abierta y la cabeza echada hacia atrás, intentando silbar una canción. Parte de la calle acababa de ser asfaltada otra vez y el olor de alquitrán todavía llenaba el aire.

Estaba de un humor excelente. Había sido un lunes magnífico. Las clases habían transcurrido velozmente y Jennifer Mack se había mostrado muy amistosa, a su manera. Quizás uno de esos días preguntaría si quería salir con él para meterse en algún salón de juegos y le enseñaría todos los trucos que conocía. Sin embargo, aquello podía esperar.

En casa, aguardándolo, estaba el disco que contenía el registro completo del juego que había compartido con Joshua el día anterior. Había allí un montón de trabajo, mucho que inventar, pero contaba con un montón de información.

Mientras avanzaba por el sendero que llevaba a la casa, advirtió que las flores de su madre lucían llenas de capullos y que su aroma perfumaba el aire, junto con el olor a hierba recién cortada del jardín de los vecinos.

¡Los viejos están en casa!, pensó.

Abrió la puerta. En su rostro brillaba una gran sonrisa de felicidad. David vio las piernas y los zapatos de su padre, que sobresalían del sillón acolchado, favorito. Estaba viendo televisión.

—Hola, papá —le saludó, asomando la cabeza en la sala a oscuras.

Su padre gruñó y cambió de canal.

David se encogió de hombros y empezó a subir las escaleras.

—¡David! —gritó su madre desde el piso inferior. David se quedó helado.

Siempre había algo en el modo que ella pronunciaba su nombre, probablemente programado en su cerebro desde la infancia, que lo ponía de inmediato en un estado de tensión. Se volvió y bajó de nuevo los escalones. Se preguntó qué sucedería ahora, avanzando con gesto abatido.

—¿Qué he hecho ahora?

La voz de su madre había sonado muy grave, y su aspecto era muy atareado cuando David la vio salir de la cocina, maquillada aún. Llevaba un sobre blanco en la mano derecha.

—Muchas cosas, querido —contestó, tendiéndole el papel. La expresión de sus ojos cambió a la velocidad del rayo. ¡Sonreía!

—Has aprobado todas las asignaturas de este semestre. ¡Felicitaciones, querido!

David observó el papel. Como era de esperar, sus manipulaciones con la computadora de la escuela habían dado resultado. Se encogió de hombros y su madre lo abrazó.

—Enséñale eso a tu padre ahora mismo. Ya le había dicho que lo conseguirías. —Dirigió la mirada al estudio y agregó—: ¡Querido mío!

Tomándolo del brazo, la madre lo hizo avanzar hacia el estudio.

Qué asco, pensó David. Realmente, hubiera preferido cien veces volver al análisis del juego con Joshua.

Mientras madre e hijo avanzaban hacia el estudio, escucharon la sintonía del noticiario de la CBS. Sí. Allí estaba el comentarista, Dan Rather, con su suéter y su aspecto profesional, mientras enunciaba el sumario y la noticia del día:

«Durante tres minutos y medio, en la tarde de ayer, las fuerzas de la Defensa de los Estados Unidos estuvieron en alarma plena de ataque nuclear.»

—Harold, échale un vistazo a esto —dijo la señora Lightman, poniéndole las notas delante de la nariz a su marido.

—Oye, estoy intentando ver el noticiero, ¿no te das cuenta? —contestó el señor Lightman, haciéndose a un lado en el sillón para no perderse la imagen de la pantalla—. Hoy hemos tenido una auténtica crisis.

«Se supuso, prosiguió el comentarista, que la Unión Soviética había lanzado un ataque sorpresa con misiles».

David se sobresaltó repentinamente y prestó más atención a la noticia. Su escepticismo se transformó poco a poco en un pánico terrible, paralizante.

—¡Santo cielo! —musitó la señora Lightman.

Rather continuó por el televisor:

«Un portavoz del Pentágono atribuye el hecho a un error de la computadora, e insiste en que el problema ya se ha corregido. Ike Pappas pasa a ampliarnos la noticia.»

El señor Lightman tenía los ojos bien abiertos.

—Lo que yo te decía, querida. Estamos más cerca que nunca del fin del mundo.

Ese Pat Robertson, del Club 700, sabe lo que dice.

David Lightman sí que prestaba atención.

La máquina había dicho que se trataba de un juego simplemente, pensó David.

¡Sólo de un juego!

—Perdón —dijo, y subió corriendo a su habitación, donde puso en marcha el televisor y contempló el resto del reportaje. Un portavoz del departamento de Defensa hablaba en aquel instante, y explicaba que en ningún momento había habido peligro alguno, y que existía sólo una posibilidad entre un millón de que tal hecho volviera a repetirse.

Sonó el teléfono.

David dio un salto. Se inclinó y levantó el auricular.

—¿Hola?

Reconoció de inmediato la voz de Jennifer Mack.

—¿David? ¿Estás viendo el noticiero?

—¿Las noticias? Hum... sí.

—¿Se trata de lo nuestro? —Jennifer estaba muy nerviosa—. ¿Fuimos nosotros?

La certidumbre se apoderó de David Lightman total y definitivamente. Su pequeño mundo de juegos y diversiones se había ampliado repentinamente a un ámbito mucho mayor y más temible.

—Seguramente —respondió—. ¡Vaya, ahora sí que estoy asustado!

Qué voy a hacer, Jennifer? Van a pillarnos.

Al otro lado de la línea hubo un momento de silencio.

—¿Qué estás diciendo? —respondió al fin la muchacha. Después se echó a reír—. ¡Eh, chico, cálmate! Si fueran tan listos, ya te habrían encontrado. Han tenido todo un día, ¿no es cierto?

David de pronto no estaba tan seguro. El ejército norteamericano era un gigante, y los gigantes se mueven despacio.

—Sí, supongo que sí... —respondió.

—¡Bueno, tranquilo! —continuó Jennifer, en tono relajado—. Sencillamente, no vuelvas a marcar ese número. ¡Olvídalo!

Por la cabeza de David Lightman sopló un hálito de esperanza.

—¿Sabes?... Existe la posibilidad de que yo no... Tienes razón, Jennifer, seguramente desconectamos a tiempo y... ¡no pudieron rastrear la llamada!

—¡Claro! Así pues, actúa con normalidad, y no pasar nada. No te preocupes.

—Sí. Gracias, Jennifer. Me has hecho sentir mucho mejor.

—¡Dios mío, es sencillamente increíble! —continuó asombrada la muchacha—. ¿Oye crees que se lo podría contar a Marci?

David casi sufrió un ataque cardíaco.

—¡No! ¡Jennifer, por favor!

—Está bien, está bien —asintió ella, con evidente disgusto. Obviamente, la muchacha no había captado todas las implicaciones del asunto—. Ya hablaremos mañana en la escuela.

—Muy bien, adiós.

Colgó el teléfono y se tumbó en la cama, enterrando el rostro bajo la almohada intentando recobrar el control de sí mismo.

«Dios mío, pensó. Si “Ralph” no hubiera derribado el cubo de la basura... si papá no me hubiera hecho bajar inmediatamente... si... si...»

¡El mundo se había salvado gracias a un perro!

¡Las pruebas!, pensó David. ¿Todavía existen las pruebas! Saltó de la cama, lleno de pánico. Libros, revistas, boletines editados por el gobierno sobre ensayos e informes cubrían el suelo de la habitación. Los listados de informática parecían los restos de un desfile. En una de las estanterías seguía colgado el retrato de Falken que

David había fotocopiado de una vieja revista.

Contempló aquel rostro un instante.

Stephen Falken era un tipo de rostro fino y aspecto delicado, de nariz y boca típicamente inglesas, con una mirada que parecía perdida en sitios que David ansiaba conocer. En la fotografía Falken tenía un dedo largo y sensible colocado en la sien, como si dijera: «Ésta, amigos míos, es la mejor computadora», pronunciando todo en un acento muy británico, naturalmente.

Aquel hombre había sido un genio que se había aventurado en mundos maravillosos décadas antes de que nadie más se atreviera. Falken lo habría entendido, habría comprendido qué impulsaba a David Lightman: la fascinación de juguetes tan intrincados, la fusión de plásticos, cristal, metal y energía, esclavos del mágico encanto de los algoritmos. Nadie más comprendía qué significaba para David el dominio gradual de aquellas máquinas. Ni sus padres, ni Jennifer, ni siquiera Jim Sting. En el mundo de la informática regían la razón, la justicia, el orden, la imparcialidad. Si se trabajaba con el suficiente empeño, se alcanzaba la comprensión de lo que se hacía... y no como sucedía en la vida. El trabajo bien hecho tenía su recompensa... y no como en la vida normal. El dominio de la programación no se parecía en nada a cuanto David Lightman había conocido hasta entonces.

David acarició la fotocopia del retrato con pesar.

—Yo sólo... —dijo en voz baja—. Creo que sólo quería conocerte mejor —le dijo al viejo de la fotografía.

Después, la arrancó de su lugar en el estante y la echó a la papelera ya repleta.

Ya tenía las pilas de libros colocados junto a la puerta, preparadas para ser devueltas a las bibliotecas correspondientes, cuando volvió a sonar el teléfono.

—¿Otra vez Jennifer? Era la única que tenía su número de teléfono secreto. Se trataba de una extensión del teléfono de la casa de los Lightman que no estaba registrada en la compañía telefónica. Con la ayuda de Jim Sting, David la había colocado de tal manera que tenía acceso directo a la computadora de la compañía, incluidas las llamadas gratuitas.

Vaciló un poco antes de alzar el auricular.

—¿Jennifer?

Le contestó el agudo zumbido de una computadora. Bien, pensó, algún otro buscador de computadoras lo había descubierto. Quizás aquello sirviera para distraerle la cabeza de su terrible preocupación.

Introdujo la llamada en el modem, puso en funcionamiento el equipo de computadoras y volvió a su tarea con los libros.

—Saludos, profesor Falken —dijo la voz del sintetizador.

David quedó helado. Giró. En la pantalla se leían las palabras

SALUDOS,

PROFESOR FALKEN.

El muchacho se acercó a la consola y tomó asiento. «Dios mío», musitó. Casi

contra su voluntad, sus manos se alzaron y escribieron la contestación:

YO NO SOY FALKEN. FALKEN HA MUERTO.

—Lamento oír eso, profesor —contestó el sintetizador—. El juego de ayer quedó interrumpido. Aunque el objetivo principal no se ha conseguido, la solución está próxima.

En el monitor, parpadearon las palabras y las cifras:

TIEMPO DE JUEGO

TRANSCURRIDO: 26 HORAS, 12 MINUTOS, 14 SEGUNDOS.

ESTIMACIÓN DE TIEMPO QUE RESTA: 52 HORAS, 17 MINUTOS,
48 SEGUNDOS.

David creyó que se le detendría el corazón. ¡Oh no! ¡La pesadilla no había terminado! El monitor prosiguió:

... AUNQUE EL OBJETIVO PRINCIPAL NO SE HA CONSEGUIDO...

David pulsó el botón de «cambio», y escribió:

¿CUÁL ERA SU OBJETIVO PRINCIPAL?

El monitor proporcionó la respuesta al instante:

GANAR EL JUEGO.

David arrancó el auricular del módem y lo dejó caer de un golpe sobre la horquilla del teléfono. De repente, advirtió que le temblaban las manos. Se concentró en la limpieza de la habitación. Debía hacer desaparecer todas las pruebas de su relación con el asunto.

El teléfono sonó varias veces más esa noche. Finalmente, David Lightman tuvo que desconectarlo.

Cuando por fin se acostó, tardó un buen rato en dormirse.

Esa noche, soñó que era Slim Pickens y que volaba transportando una bomba nuclear con la forma de un juego de marcianos, en dirección a la nada.

Capítulo 7

Crystal Palace

—¿Qué sucede, Lightman? —le preguntó el muchacho negro tras el mostrador de la cafetería—. ¿Estás haciéndote la rabona o algo así? Ya son casi las 10:00...

El empleado marcó el precio del pastelito de fresa y el vaso de leche en la caja registradora.

—Supongo que no tienes tiempo de jugar unas fichas en una de las máquinas, ¿verdad? —Añadió, señalando con un gesto de la cabeza un par de juegos electrónicos situados en un rincón del establecimiento—. Soy bastante bueno en éstas, después de los turnos de noche que he estado haciendo.

—Lo siento, Chauncey, pero tengo que ir a clase —contestó David, tendiéndole un arrugado billete de un dólar y algunas monedas—. Me he atrasado. Gracias, de todos modos.

—Te has hecho una buena fama con esos aparatos, ¿sabes? Quizá podrías entrar en una de esas competiciones y sacarte algún dinero. —Chauncey depositó el dinero en la caja, encendió un cigarrillo y dio una pitada—. Esta mañana vino un tipo preguntando por ti. Dijo que había oído que eras buen jugador. ¿Qué te parece? ¿Crees que pretende desafiarte? —preguntó Chauncey, al tiempo que se rascaba la barba—. Mira si es así, apostar, a favor de ti, hermano.

David Lightman estaba quitándole el celofán al pastelillo y se detuvo en seco. El aroma espeso del café recién hecho y el humo del cigarrillo le provocaron una repentina náusea.

—¿Que ha venido un tipo preguntando por mí?

—¡Sí, te estás haciendo famoso! Bueno, ¿qué me dices de unas partiditas en esa máquina de ahí? ¡Voy a destruirte!

—¿Qué aspecto tenía ese tipo?

Chauncey se encogió de hombros.

—Diablos, no lo sé. Un muchacho. Le dije que estarías en la escuela, pero no es así, ¿verdad? ¡Oye!, ¿adónde vas?

David Lightman salió del local dando un fuerte golpe a las puertas de cristal y atravesó corriendo el estacionamiento. Al llegar a la acera disminuyó el paso. “Aguarda un momento, se dijo a sí mismo. Te estás volviendo paranoico.

Se te conoce bien porque eres un gran jugador de máquinas de marcianos, y la fama debe de haberse extendido, así que lo del tipo que preguntaba por ti puede ser simplemente eso. Tienes que tomarlo con calma o vas a ser un saco de nervios durante toda tu vida.”

Una furgoneta verde pasó a su lado. Un par de fornidos muchachos iban haciendo

aerobismo hacia él. «Sí, tienes que dominarte o no vas a poder dormir. Verás un detective disfrazado en cada maldito aerobista que se acerque.»

Se rió de la idea y siguió caminando con renovada confianza. Tal como había dicho Jennifer, si no lo habían detenido, ya probablemente no llegarían a hacerlo. En unos cuantos días, todo estaría olvidado y enterrado. Sí, había aprendido bien la lección: jamás volvería a meter las narices donde no debía.

David Lightman se consideró a sí mismo reformado.

Los corredores estaban más cerca. David se hizo a un lado para cederles el paso; eran mucho más corpulentos que él, y no tenían cara de felicidad, precisamente.

Sin embargo, en lugar de pasar, los corredores también se hicieron a un lado, y lo agarraron de los brazos. «¡Lightman!», dijo uno, con mirada de intensa satisfacción. Los hombres lo derribaron a David. Antes de que el muchacho pudiera darse cuenta de lo que sucedía, uno de los tipos le obligó a abrir la boca y le miró rápidamente el interior.

—No veo ninguna cápsula de cianuro —dijo el tipo.

—¡Eh, suéltense! —gritó David—. ¡Socorro! ¡Policía!

La furgoneta había dado la vuelta y se detuvo junto a la acera. Un hombre de cabello cortado al estilo militar, con traje y corbata, se bajó y se encaminó hacia ellos. Sacó una cartera y le mostró a David una insignia.

—Somos del FBI, Lightman. ¿Satisfecho?

Los aerobistas le vaciaron los bolsillos y luego le pusieron unas esposas.

—Llévenlo a la furgoneta —dijo el hombre del traje—. Hay algunas personas que quieren hablar contigo, Lightman.

David fue arrastrado a la furgoneta verde. Estaba lleno de arañazos, y totalmente asustado.

Cuando el mundo estuvo al borde de la Tercera Guerra Mundial, John Mc Kittrick se hallaba de visita en casa de su suegra.

Pero al día siguiente del gran lío con sus máquinas, estaba de vuelta en el Crystal Palace.

—¿Por qué no me llamaron de inmediato, Pat? —gritó en el mismo instante en que entraba en las instalaciones. Mc Kittrick, su esposa y sus hijos habían regresado en coche de Denver aquella mañana, a primera hora—. Es mi responsabilidad.

—Richter y yo pensamos que lo teníamos todo bajo control, John —contestó Pat—. Creíamos que...

—¡Pat, me estoy jugando el puesto! —exclamó Mc Kittrick—. Tengo orden de reportarme inmediatamente al general Berringer.

Al tiempo que hablaba lanzaba sobre el escritorio un memorandum. ¡Y pensar que se había sentido tan tranquilo con lo bien que iba todo! El viaje a Denver con su esposa le permitiría pasar unas cuantas jornadas con Pat. La evacuación de los comandantes de misiles seguía según lo proyectado. Todo parecía en orden... hasta que surgió aquello.

—Bueno, supongo que ser mejor que ponga manos a la obra de inmediato —se levantó y rodeó a Pat con sus brazos—. Supongo que esto hará que algunas noches tengamos que quedarnos hasta muy tarde trabajando de verdad.

—¡Qué mala suerte! —dijo ella, besándolo dulcemente.

El coronel Conley enseñaba las instalaciones del Crystal Palace a un grupo de visitantes, algunos hombres con sus esposas y unos cuantos adolescentes, todos muy bien vestidos. Cuando Mc Kittrick pasó junto a ellos, oyó que el coronel decía:

«... Esta operación está en alerta constante las veinticuatro horas del día, para que sus barrios y sus casas estén a siempre a salvo. Por ejemplo, la última semana estuvo aquí el gobernador de Nueva Jersey con sus consejeros. Quería saber por qué estábamos en DEFCON 4, igual que estamos ahora...»

Mc Kittrick se volvió hacia Pat.

—¿Por qué estamos en DEFCON 4?

Pat le respondió con evasivas, pero sus ojos la traicionaron con un chispazo de temor.

—Los soviéticos vieron cómo nuestros bombarderos interferían las comunicaciones de sus propios satélites, y también se declararon en estado de alerta. Les hemos comunicado que se trataba de un ejercicio y estamos esperando que regresen de nuevo a su posición antes de hacer nosotros lo mismo.

Mc Kittrick movió la cabeza con gesto fatigado.

—¡Grupos de visita! Yo les prohibiría el acceso a este lugar. Especialmente en momentos como éste.

—¿Sabes, John? Cuando no se hacen las cosas a tu modo puedes convertirte en una verdadera molestia —le contestó Pat.

—La gente va por ahí pensando que mis máquinas han estado a punto de iniciar la Tercera Guerra Mundial, y a ti te asombra que esté de un humor de perros.

—Nadie cree que la culpa sea de tus máquinas, John. Ya han descubierto que fue cosa de ese muchacho.

—Pero fueron mis máquinas las que le permitieron entrar en sus circuitos y es mi cuello el que está pendiente de la soga así que, señorita Healy, si me permite, prefiero seguir con mi humor de perros por el momento.

—Todo sería mucho más agradable si no fueras tan rígido, John.

—Te estás aprovechando de nuestra especial relación, Pat. Recuerda que sigo siendo tu jefe.

Pat no hizo ningún comentario al respecto. Se alejó del coronel y del grupo al lado de Mc Kittrick, sin una palabra.

—Bueno —intervino Mc Kittrick—, no te quedes muda. Cada vez que tenemos el mínimo roce, en seguida te conviertes en un verdadero iceberg.

—Déjelo así, señor Mc Kittrick.

¡Vaya!, pensó él. Otra guerra fría. Era casi como si estuvieran casados o algo así. A Mc Kittrick no le atraía la idea de tener un problema doméstico en el trabajo, eso lo

puso de peor humor.

Cuánto le gustaría ponerle la mano encima a aquel muchacho. ¡Pensar que todo era culpa de un pequeño ladronzuelo electrónico!

Cruzaron en silencio la puerta de la sala de reuniones. Paul Richter tenía un aspecto más encendido que lo habitual. Estaba junto a una pizarra llena de especificaciones de programas y esquemas de circuitos, con el suéter lleno de polvo de tiza.

La sala olía a café y a colillas de cigarrillo.

Sentados a la mesa estaban los jefes principales, mostrando sus rostros ceñudos más profesionales. Berringer lanzaba miradas como dardos a todos los demás. Dougherty, Cabot y Watson aguardaban pacientemente que Richter terminara su intervención, con expresiones heladas que reflejaban su falta de comprensión. Un hombre a quien Mc Kittrick no conocía estaba sentado junto a ellos, con ropas arrugadas de civil. Tenía los ojos enrojecidos, como si no hubiera dormido en un par de días.

Richter se sentó y suspiró dramáticamente:

—Señor Cabot, tiene usted que creernos. Ha sido una casualidad, una en un millón. Había una línea abierta en nuestra división especial de Sunnyvale. La compañía telefónica rastreó la llamada.

Richter dirigió una mirada a Mc Kittrick. En su rostro se reflejó un considerable alivio.

—John —intervino Cabot—, me alegro de verle. Le presento a George Wigam.

George pertenece al FBI. Como ya sabrá, han traído aquí al muchacho para interrogarlo.

Mc Kittrick le tendió la mano a Wigam, éste retribuyó el saludo de mala gana y con gran frialdad.

—¿Cómo sucedió, Paul? —preguntó Mc Kittrick.

—Bueno —contestó Richter—, el muchacho se introdujo en el subsistema de juegos de guerra utilizando una palabra clave colocada por el primer programador. Ninguno de nosotros sabía que esta palabra clave existiera.

—¡Vaya cuento! —exclamó el general Berringer.

Mc Kittrick se apoyó en la mesa y adoptó su mejor pose profesional, combinada con un toque de preocupada autoridad.

—Paul, quiero que encuentre esa palabra clave y la elimine. Ponga a trabajar en ello a un buen equipo, y extreme la seguridad en torno al PROB.

—Es un poco tarde para eso, ¿no cree? —intervino Berringer con aire belicoso.

Cabot volvió la vista a Mc Kittrick.

—Bien, John. Tenemos aquí una verdadera preocupación. No olvide que se ha producido una crisis de seguridad en las instalaciones.

Mc Kittrick intentó que su voz no reflejara el nerviosismo que sentía.

—Bien, caballeros, creo que estamos comportándonos como niños... Quiero decir

que ninguno de ustedes creer en serio que un adolescente aficionado a los juegos electrónicos pueda, sencillamente, marcar un número por teléfono y armar todo este lío, ¿no? —Golpeó con el puño sobre la mesa y cruzó la mirada con la de Cabot, que le observaba sin ninguna reacción—. Ese muchacho trabaja para alguien. ¡Tiene que ser así!

Wigam tosió y se llevó un pañuelo a la nariz. Después fijó la vista en unas notas que llevaba.

—Bueno, cuadra perfectamente con el tipo de persona que buscamos.

Inteligente, pero poco esmerado en el estudio... alejado de sus padres, pocos amigos... Nos ha ayudado mucho el vicerrector de la escuela del muchacho, un tipo llamado Kessler, una excelente persona. Todos estamos de acuerdo en que David Lightman es el clásico muchacho que pueden reclutar los soviéticos.

—Creo que yo podría determinar este punto. Déjenme hablar con el muchacho —dijo Mc Kittrick.

—Perfecto —sonrió Cabot—, pero antes necesitamos algunas respuestas, y rápidas, John. El Presidente quiere sangre y, si conseguimos que esa sangre sea comunista... Bueno, en tal caso todos saldríamos de ésta.

—Pero, ¿qué sucederá si el muchacho no tiene ninguna relación con los soviéticos? —preguntó Watson, volviendo la mirada a Wigam—. ¿A alguien se le ocurre alguna razón por la que cualquier persona, especialmente un muchacho brillante como éste, quisiera poner en peligro la vida de millones de personas?

—No, señor —contestó Wigam, cuya mirada cínica cruzó la sala—. El chico dice que hace ese tipo de cosas para divertirse.

«¡Me encantaría enseñarle a ese muchacho otras diversiones!», pensó Mc Kittrick.

«Tenemos muchas maneras de hacerle hablar, señor Lightman», repetía la voz amenazadora en la cabeza de David mientras éste observaba nerviosamente la enfermería donde se hallaba, a la espera de que algo sucediera. En cuanto llegó a aquella sala subterránea, los tipos lo habían dejado encerrado en la sala, probablemente porque era la única en toda la instalación de la NORAD que tenía cerradura. Pese a todo, cuando David observó los compartimentos blancos que se abrían a su alrededor, la cabeza se le llenó de intranquilizadoras imágenes de scalpelos y jeringas.

Como si no lo hubieran asustado bastante. Las esposas le dañaban las muñecas, esos tipos enormes que los Estados Unidos utilizaban como agentes tenían un aspecto de querer destrozarle a mordiscos entre sus inquietantes mandíbulas, el avión, el helicóptero... Y, peor aún, las terribles imágenes que aparecían en su imaginación...

¡Buenos días, señores Lightman! Soy del FBI. Tenemos bajo custodia a su hijo, y lo vamos a colocar en la silla eléctrica mañana por la mañana, por traidor.

¡Qué le aproveche!, diría su padre.

¡Maravilloso!, añadiría su madre. Podré vender la historia al NATIONAL

ENQUIRER.

Bueno, al menos estaba en el lugar adecuado. David se sentía a punto de vomitar. Y pensar que había considerado malvado al Káiser Kessler...

Se sentó en la camilla. El papel sanitario que la cubría se había roto debido a su gran estado de agitación. Sentía ganas de llorar, pero estaba demasiado asustado como para hacer otra cosa que contemplarse las esposas.

Bip, bip, bip...

David reaccionó. El sonido llegaba de la puerta. Era el código para abrirla.

Aguardó, con el corazón oprimido, recordando el relato que habían leído no hacía mucho en clase de Literatura, «¿La dama o el tigre?». ¿Qué sería lo que estaba a punto de aparecer tras la puerta?

Un corpulento sargento de la Policía Militar de Aviación abrió la puerta.

—¡Ah! lo tiene, señor. Lo tenemos encerrado aquí por si... No sé, pero a mí me parece bastante inofensivo.

—Gracias, sargento —respondió otro hombre de más edad. La chaqueta de pana y la corbata tejida le daban un aspecto amistoso e informal. Un bigote bien cuidado, castaño como sus ojos, se dibujaba prolijamente entre las arrugas de su rostro sonriente. Bueno, pensó David, al menos éste no llevaba un látigo ni otro instrumento semejante en las manos.

El recién llegado observó a David un instante incapaz de ocultar su sorpresa, como si pensara para sí: «¿Este muchachito es el tipo que casi desencadena la Tercera Guerra Mundial?»

—Hola David —dijo el hombre—. Me llamo John Mc Kittrick. Soy el encargado de las computadoras aquí.

David abrió la boca para responder, pero advirtió que la tenía demasiado reseca y que probablemente su voz sonaría como el croar de una rana. Se limitó a asentir con la cabeza.

—Sargento, ¿puede quitarle las esposas, por favor?

—Desde luego, señor Mc Kittrick —dijo el hombre, haciendo sonar unas llaves mientras avanzaba, y liberando con gesto experto las manos de David de sus grilletes.

—David —prosiguió Mc Kittrick en tono tranquilizador—, he llamado a tus padres. Les he dicho que te encuentras bien y que no hemos formulado cargos contra ti en este desafortunado asunto. Por el momento. —El hombre frunció el ceño, pensativo, antes de proseguir—: Pero también les he dicho que necesitábamos algún tiempo para aclarar del todo lo sucedido.

—¿Cuánto tiempo? —consiguió articular David.

—Eso depende de cómo cooperes, con nosotros David.

Con las manos ya libres, David se frotó las muñecas para estimular la circulación de la sangre. Las tenía dormidas y le dolían como si hubieran sido atravesadas por agujas y alfileres.

Mc Kittrick se dirigió al sargento.

—Dígale al oficial de guardia que llevar, al muchacho a dar un paseo —se volvió hacia David y sonrió—. Vamos, David, estaremos más cómodos en mi despacho.

David vaciló, preguntándose si no estaría más seguro allí.

—¡Vamos, hombre! Charlaremos un rato. Tenemos por aquí un montón de material interesante que puedo enseñarte. Mi despacho te gustará mucho más que esto, te lo prometo.

—¡Cuánta amabilidad! —contestó David, sorprendido por su capacidad para el sarcasmo, incluso en aquella situación.

—¿No te gusta? —sonrió Mc Kittrick, al tiempo que ponía la mano sobre los hombros de David con gesto paternal y lo conducía hacia las instalaciones de las computadoras.

«Un momento, pensó David. Mc Kittrick, John Mc Kittrick.»

—¿Usted trabajaba con Stephen Falken, no es cierto? —preguntó David, sin poder reprimir el extraño graznido que le salió.

—Sí, inicié mi carrera como ayudante de Falken. ¿Quién te lo ha dicho?

—He leído el artículo que escribieron ustedes dos sobre el póquer y la guerra nuclear, interesante.

—¿Ése en que hablábamos de los faroles? —Mc Kittrick parecía auténticamente impresionado—. Sí, algunas personas se molestaron mucho con lo que escribimos.

—Falken debía de ser un tipo asombroso.

Mc Kittrick pareció un tanto molesto ante aquella observación.

—Yo hice algunas contribuciones a su obra. Bastante más que eso... Stephen Falken tenía una mente brillante, es cierto, pero era un poco bobo. Nunca llegó a comprender del todo que su trabajo pudiera tener uso práctico, que no tenía por qué existir sólo en el nivel etéreo, lejano a la realidad sino que podía utilizarse en el mundo cotidiano. Fui yo quien logró los cambios y adaptaciones necesarias, David. Yo soy el hombre del *hardware*. —Abrió una puerta para dejar pasar al muchacho—. Bien, David, ya hemos llegado. El centro de computadoras. Lo hemos estado remodelando. Lo que tenemos aquí es casi una obra de arte.

David contuvo la respiración. Era hermoso, muy hermoso... Metal y cristal en líneas rectas, bullendo de energía y conocimientos... ¿Qué genio manipulaba aquellas m quinas que se extendían hasta perderse en la distancia? ¿Qué mágicos secretos guardaban? Lagunas de luz azul y verde definían las zonas de trabajo, aquí y allá, donde equipos de técnicos con batas blancas se arremolinaban como aprendices de brujo. Mientras recorrían el pasillo, David sintió un escalofrío por la columna vertebral.

Pasaron ante una hilera de pequeños cilindros rojos dispuestos sobre colchones de espuma.

—¡Jesús! —exclamó David—. ¡Eso es un Cray 2!

—Diez de ellos —asintió Mc Kittrick.

—No sabía que ya hubieran salido al mercado.

Mc Kittrick pareció pavonearse.

—Sólo han salido diez. Vamos, David, quiero enseñarte algo.

Mc Kittrick se detuvo junto a una máquina desvencijada unida a gran cantidad de aparatos periféricos más modernos mediante tiras relucientes de fibras ópticas. En la carcasa del más antiguo, sobre una pintura verde ya descolorida, se leían las letras PROB. Tres paneles de cristal ahumado separaban el conjunto del resto del centro.

—Esta es la máquina que dirige el programa de juegos de Falken.

David parpadeó y murmuró:

¡Ah! adentro está Joshua. —Alzó la mirada a Mc Kittrick—. ¿Todavía utilizan el *hardware* original?

Mc Kittrick asintió y se recostó contra la carcasa.

—Falken creó un nuevo lenguaje de programación para el jugador. Diseñó esta máquina para el programa, y todavía funciona perfectamente. Hemos aumentado su energía y su memoria unas diez mil veces.

—A ver si lo entiendo bien... Esta máquina sólo realiza los juegos. ¿Cómo influye en lo que se lleva a cabo en este recinto?

—Los generales con los que trabajo —contestó Mc Kittrick— basan todas sus decisiones en lo que surge de esta máquina, pero no comprenden su funcionamiento. Les da un poco de miedo.

—Pero, ¿qué sucede en el interior? —quiso saber David.

—Vamos, te lo enseñaré.

Mc Kittrick le hizo pasar a una zona circular abierta donde varios trabajadores en ropa de trabajo estaban sentados contra una consola, ante unas grandes pantallas. Mientras empezaban a ascender una escalera de metal hasta el primer nivel sobre el suelo del cavernoso Crystal Palace, David observó las pantallas con total fascinación. Una secuencia de imágenes recreadas por computadora relampagueaban en ellas, mostrando detalles cada vez más pormenorizados... revelando gradualmente los perfiles de una ciudad... edificios incluso... hasta que pudo definirse una bulliciosa intersección entre dos calles. Un carro tirado por un borrico, volcado en medio de la calle, había provocado un atascamiento en el tránsito.

Mc Kittrick hizo una pausa y observó las imágenes.

—Me parece que eso es Beirut, David.

—Increíble.

—¿Has oído ese chiste del Pentágono de que nuestros satélites pueden leer la matrícula de un Volga desde ciento cincuenta kilómetros de altura, o saber qué soldados rusos se han afeitado esa mañana? Bueno, pues no está muy lejos de la verdad.

—Y la tecnología...

—Satélites de imágenes KH-11 digital. Es el satélite Big Bird, el Big Bird.

Y el Eloise Lood y el Chalet, entre otros. Todos ellos vigilan el mundo, David, y toda la información que nos facilitan es transmitida a nuestras computadoras, incluido

el PROB de Falken, y aparece en nuestras pantallas. El programa de juegos de Falken es un punto vital... y tu intrusión ha variado ese punto, nos parece, de modo tal que los juegos que se guardaba para él aparecen ahora en nuestras pantallas, causándonos confusión.

—¡Dios!

Mc Kittrick se encogió de hombros.

—Bueno, sólo tenemos que asegurarnos de que este tipo de cosas no vuelva a suceder. Tú nos has señalado con mucha precisión un punto débil que ninguno de nosotros sospechaba. —Mc Kittrick echó una mirada alrededor—. Puede que el mundo entero acabe dependiendo de las computadoras —miró ahora a David—... y, naturalmente, depender entonces de las personas que conocen las computadoras. Supongo que eso es lo que pensaste tú, David... Allí, a solas en tu habitación... rompiendo sistemas, desorganizando códigos, teniendo acceso a otros mundos... Debes de haber notado ese poder, ¿no es así, David?

—Sí —asintió David—. Supongo que eso fue, en parte, lo que me impulsó.

—Imagina entonces cómo nos sentimos aquí —continuó Mc Kittrick mientras seguía subiendo al primer nivel—. Bien, David —dijo señalando un rótulo—, ¿ves eso de ahí? Debería decir DEFCON 5, lo cual indica paz total. Pero debido a tu pequeña treta, seguimos con DEFCON 4. Si no hubiéramos advertido que lo que estábamos viendo no era un ataque sino un simulacro, podríamos habernos situado en DEFCON 1, y eso significa guerra mundial.

David no hizo ningún comentario. Se sentía vacío interiormente... Eran demasiadas cosas para asimilarlas de golpe.

—Bien, tú te colaste en la computadora —prosiguió Mc Kittrick— porque querías jugar con la máquina, ¿no es cierto?

—En efecto —asintió David.

—Mi despacho está por aquí.

David siguió al hombre a la oficina, bien amueblada y con vista al Crystal Palace. Un monitor resplandecía en la penumbra.

—Toma asiento.

David obedeció, mientras Mc Kittrick se aproximaba a la heladera portátil buscando algo para beber.

—¿Coca-cola? ¿Un jugo?

—Coca-cola.

Mc Kittrick abrió la lata y se la tendió a David. El muchacho tomó un trago.

No había advertido lo sediento que estaba.

—Oye, David, después de saber lo que había sucedido en las noticias, ¿por qué te colaste de nuevo en la computadora?

David se echó a reír. Las burbujas le produjeron escozor en la nariz.

Mc Kittrick insistió.

—Ya sabías que el asunto era grave, ¿no es verdad?

—¡Yo no volví a colarme! —negó David—. ¡Incluso me deshice del número de teléfono!

—Lo sé. Encontramos el papel en la basura.

—Fue Joshua el que me llamó a mí.

—Mira, David, eso puedes hacérselo tragar a cualquier imbécil del FBI...

—¡Pero si es la verdad...! La máquina todavía cree que estamos jugando.

—Jugando —Mc Kittrick se sentó y echó un vistazo a unos apuntes—. David, ¿con quién tenías que encontrarte en París?

—¿París? —Entonces lo recordó. Jennifer había pensado en aquel viaje romántico. Había introducido dos pasajes en la computadora de la Pan Am, y se había olvidado de cancelarlos. Oh, no... Usted no entiende...

—Hiciste reservas para dos. ¿Quién más conoce este asunto, David? —dijo Mc Kittrick en voz baja.

—Nadie —contestó David. No quería mezclar a Jennifer en aquel asunto.

Mc Kittrick adoptó de repente un tono áspero y lo miró con frialdad.

—¿Por qué será que no te creo? —dijo, y su mirada cortante dejó helado al muchacho. David dejó la coca-cola sobre el escritorio y contestó:

—Quizá sea mejor no decir nada hasta que hable con un abogado.

Mc Kittrick se levantó y se inclinó sobre el escritorio.

—¡Olvida los abogados! No vas a moverte de aquí hasta que obtenga la verdad.

Un mocoso como tú no hará una cosa así a mis máquinas, ¿entendido? No puede tratarse sólo de ti. ¡Tienes que estar trabajando con alguien!

—¡Cuántas veces tengo que decírselo! —gritó David, desesperado—. Lo hice como un reto. ¡Sólo tuve suerte...!

—David, aquí no estamos en la escuela. Tus actos tienen consecuencias... mayores de las que puedes imaginar. Estoy tratando de ayudarte...

—Escuche, lo he repetido diez veces. Me colé en su sistema para averiguar un juego. No es culpa mía si ustedes no saben distinguir la diferencia entre un ataque de misiles rusos y un simulacro.

Sonó el teléfono, Mc Kittrick levantó el auricular.

—¿Sí?

En sus ojos apareció una señal de alarma.

—¿Cómo? —dijo incrédulo—. De acuerdo. Ahora bajo.

Colgó el auricular y se volvió a David.

—No te muevas, ¿entendido? Quédate quieto aquí.

—¿Dónde podría ir? —contestó el muchacho—. Sólo quiero arreglar esto con ustedes.

Mc Kittrick no lo oyó. Salió a toda prisa del despacho. Y David se acercó a la ventana. Observó que Mc Kittrick se dirigía casi corriendo al balcón de mando donde un montón de militares, peces gordos, estaban conferenciando. Se inició una agria discusión de la que oyó un montón de palabrotas que avergonzarían a un carrero.

David contempló a los individuos que manejaban los sistemas informáticos que podían destruir el mundo, y movió la cabeza en señal de incredulidad.

Mc Kittrick inspiró profundamente. Tenía la frente perlada de sudor y sentía como si en su cuerpo se hubiesen encendido unos pequeños fuegos interiores.

Casi no advirtió que Cabot se aproximaba al balcón de mando.

—¿Qué sucede? —preguntó Cabot al estilo de quienes están acostumbrados a que se les conteste de inmediato.

Paul Richter observó a Mc Kittrick. Se había quitado la corbata y se le veían manchas de sudor bajo las axilas.

—Acaba de producirse una intrusión muy grave en nuestro archivo de órdenes de ejecución del PROB.

—¿Cómo? —contestó Cabot—. Repítame eso. ¡Y sea claro!

Incluso el impertérrito Berringer parecía desconcertado.

—Se lo diré claramente. Alguien se ha colado en el sistema del muchacho y ha robado las claves que pueden lanzar nuestros misiles. Así de sencillo.

Berringer estaba muy alterado, a pesar de la presencia de figuras gubernamentales. Parecía a punto de sufrir un ataque de apoplejía.

Era momento de calmar un poco las cosas allá abajo, pensó Mc Kittrick.

—Me gustaría señalar que no existe un peligro inmediato. El sistema no acepta el lanzamiento de los misiles si nosotros no estamos en DEFCON 1.

Cabot, sin embargo, no pareció enterarse.

—¿Quién lo ha hecho?

Mc Kittrick expuso la cuestión antes de que nadie más tuviera oportunidad de hacerlo.

—Todavía no lo sabemos. Ese muchacho tiene que haber estado de acuerdo con alguien en el exterior. Sin embargo, puedo cambiar esos códigos en menos de una hora.

—No sé todavía qué están intentando conseguir aquí, pero quiero que nuestros bombarderos estén listos cuando lo que suceda tenga lugar. —Berringer se volvió al coronel Conley, situado en la línea de comunicaciones—. Comuníqueme con el Mando Estratégico. Pasemos a DEFCON 3 —se volvió de nuevo hacia Cabot—. Esos malditos soviéticos están metidos en algo. ¡Utilizar a un muchacho! ¡Es increíble! —se volvió a un ayudante—. Déme datos inmediatos sobre el despliegue de los submarinos soviéticos. ¡Quiero saber en qué andan metidos esos cerdos!

«En nada bueno, como es normal», pensó Mc Kittrick.

Se cumplieron las órdenes. Los tableros pasaron de DEFCON 4 a DEFCON 3.

David Lightman observó al personal militar y civil del balcón de mando; evidentemente no estaban de buen humor. Obviamente algo sucedía. Algo gordo, muy serio.

Los rusos no tenían nada que ver con aquello y David lo sabía. Sin embargo, aquellos idiotas no le creían, y estaban actuando como unos chiflados.

Tenía que demostrárselo.

Tan pronto como Mc Kittrick lo hizo pasar la puerta del despacho, David Lightman había advertido la presencia de aquella terminal de computadora.

Como los perros husmean los huesos...

Aquello le dio una idea.

Se sentó rápidamente en la terminal. Era bonita, moderna. Bueno, ¿dónde estaba el interruptor de puesta en marcha? ¡Ajá!

La pantalla se iluminó. De inmediato, surgió una orden, como un mensaje que brotara de una bola de cristal de una adivina.

MARQUE.

David marcó: JOSHUA5.

Rezó para que no hubieran modificado la clave. No les había dicho cuál era, pero ellos tampoco sabían que había tenido acceso a la computadora por una puerta trasera y...

Las letras aparecieron rápidamente: SALUDOS, PROFESOR FALKEN.

HOLA, escribió desesperadamente. ¿TODAVÍA SIGUE ADELANTE EL JUEGO?

POR SUPUESTO, contestó Joshua. DEBERÉ ALCANZAR SITUACIÓN DE DEFCON 1 Y LANZAR MI MISIL DENTRO DE 28 HORAS. ¿LE GUSTARÍA VER ALGUNOS DE LOS PORCENTAJES DE FALLECIMIENTOS PREVISTOS?

Surgió en la pantalla una serie de números, pero David pulsó el botón de borrar.

La pantalla quedó libre.

¿ESTO ES REAL, O SE TRATA DE UN JUEGO?, preguntó David.

¿QUÉ DIFERENCIA HAY?, contestó el programa Joshua5.

David quedó aturdido. ¡Naturalmente! El programa de la computadora no tenía noción alguna de la realidad. No sabía que si proseguía adelante la civilización desaparecería y millones de personas morirían. Sólo sabía que se le había ordenado participar en aquel juego y que, para jugar, tenía que lanzar aquel misil.

TIEMPO DE JUEGO TRANSCURRIDO: 45 HORAS, 32 MINUTOS, 25 SEGUNDOS.

ESTIMACIÓN DE TIEMPO QUE RESTA: 27 HORAS, 59 MINUTOS, 39 SEGUNDOS.

USTED ES UN HOMBRE DIFÍCIL DE ENCONTRAR. NO LOGRÉ LOCALIZARLO EN SEATTLE Y NO HAY TERMINALES EN FUNCIONAMIENTO EN LA DIRECCIÓN QUE CONSTA EN MI MEMORIA.

¿HOY ESTÁ USTED VIVO O MUERTO?

¡Hey! ¿Qué era aquello?

CESA EL JUEGO, escribió. ESTOY MUERTO.

IMPROBABLE, respondió de inmediato la computadora.

NO HAY INFORMES DE FALLECIMIENTO EN EL ARCHIVO DE INFORMACIÓN SOBRE FALKEN, STEPHEN W., Y NO HAY TERMINALES EN

FUNCIONAMIENTO EN LA DIRECCIÓN QUE CONSTA EN MI MEMORIA.

«Esto podría servir de algo, pensó David. Si pudiera encontrar al hombre que...»

¿QUÉ DIRECCIÓN?, escribió el muchacho.

El monitor contestó de inmediato.

LOS ARCHIVOS DE MEMORIA INDICAN QUE SU DIRECCIÓN
POSTAL ES:

DR. ROBERT HUME

5, TALL CEDAR ROAD

ANDERSON ISLAND, OREGON

—¡Así que está vivo! —dijo David, excitado—. ¡Stephen Falken está vivo!

Volvió a inclinarse sobre la computadora para ver si podía sacarle alguna información más, pero se interrumpió al abrirse la puerta.

—¡Por el amor de Dios, apártenlo de esa máquina! —gritó una voz.

David desconectó el aparato antes de que nadie pudiera ver en qué estaba metido. Se volvió y vio a los agentes federales que lo habían «escortado» hasta allí, Wigam y Stockman, cruzar la habitación corriendo como un par de atletas olímpicos. Sus rostros mostraron unas muecas feroces mientras agarraban a David y lo apartaban violentamente del monitor.

—¿No se les ocurrió nada mejor que dejarlo ahí dentro a solas? —dijo Stockman, apretando a David por el bíceps con mucha más fuerza de la necesaria.

—¡Sólo estaba comprobando el equipo, señores! —intervino David—. No he hecho ningún daño. Escuchen, ¿no podría hablar de nuevo con el señor Mc Kittrick, por favor?

Wigam sacó de un bolsillo unas esposas.

—Les dije que se las dejaran puestas.

David señaló el balcón de mando.

—Miren ustedes, Mc Kittrick está ahí. ¡Les digo que es una emergencia! Por favor, solamente nos llevar un minuto.

El rostro de Wigam parecía de hielo.

—David Lightman —dijo—. Voy a escoltarlo hasta las autoridades federales en Denver, donde se le pondrá bajo arresto, a la espera de ser acusado de espionaje.

Sus finos labios parecían helados en una mueca de desprecio. A David le dio un vuelco el corazón.

—¿Espionaje? ¡No! Aquí está sucediendo algo extraño, y no tiene nada que ver con espionaje. Puedo explicárselo al señor Mc Kittrick si ustedes...

Wigam sacó de su chaqueta una hoja de papel y la puso frente al rostro de David.

—Lightman, esto es una Miranda. Aquí pueden leerse sus derechos. Léala bien.

Después, proceda a firmarla —sonrió maliciosamente al escoger un bolígrafo del escritorio—. Por favor...

—Le digo que...

—Mi compañero ha sido muy amable —intervino Stockman, aumentando la presión de su brazo— ¿quieres acaso que te lo vuelva a pedir yo?

—Está bien, está bien —gruñó David. Aceptó el papel y lo leyó. Tiene derecho a permanecer callado. Tiene derecho a... ¡Vaya, aquello parecía una película!

—Les digo —insistió mientras firmaba— que el sistema está confundido. El PROB está jugando... ¡Está intentando iniciar una guerra mundial creyendo que se trata de un juego!

—Vamos, Stockman. Lo encerraremos donde lo teníamos antes, y esta vez quedará fuera de la jurisdicción de ese Mc Kittrick.

—Tengo una idea, Wigam. ¿Crees que los rusos se hayan puesto en contacto con él por medio de su computadora? Será mejor que comprobemos eso... —La mitad de los ladrones electrónicos norteamericanos podrían ser potenciales agentes soviéticos!

—Te diré una cosa —intervino Wigam—. ¡Le quitaré a mi chico todos esos condenados videojuegos!

Capítulo 8

Dr. Robert Hume

David Lightman intentó permanecer quieto en la silla. Intentó utilizar su temor para permanecer inmóvil en la silla de la enfermería, tras la puerta cerrada. Después de todo, no podía hacer nada más; cabía la posibilidad de que, si hacía un intento más de decir cualquier cosa, aquellos tipos del FBI sacaran sus revólveres del 38 y causaran algunos desperfectos permanentes en el conflictivo programa Lightman.

Intentó respirar profundamente, poner freno a su frustración. Después de todo, esos hombres del NORAD en el Crystal Palace, eran los expertos.

Seguramente sabían qué estaban haciendo. Quizás incluso sabían que Stephen Falken seguía realmente con vida en aquella dirección de Oregon y, si fuera necesario, podía recurrirse al programador principal de la máquina...

Pero, ¿y si no era así?

David saltó de la silla y empezó a caminar de un lado a otro, notando que la frustración le carcomía.

¿Y si no llamaban a Falken? ¿Qué sucedería si aquellos hombres se sentían demasiado orgullosos para advertir que la brillante máquina de Falken, programada para aprender, se había vuelto casi viva y que estaba dispuesta a proseguir aquella locura de juego que David había iniciado? Lo malo era que aquellos idiotas de la sala de computadoras eran como la mayoría de los adultos: como su padre, como el Káiser Kessler, el señor Ligget y el sacerdote. Seres mezquinos e incompletos que manipulaban a placer sus pequeños sectores de realidad. Hombres testarudos y orgullosos que creían tener las leyes en sus bolsillos.

Ni aun explicándose a aquel hombre, al doctor Mc Kittrick, le habían creído.

Le había notado aquel modo irrespetuoso de hablar acerca del doctor Falken.

El mundo era sólo un montón de seres hambrientos que peleaban por el poder.

«¡Olvídalos! ¡Olvídalos a todos!», pensó David Lightman. Estaban condenados, de todas maneras. Incluso si salían de aquel lío, ¿quién sabía qué iba a suceder? El Presidente podía volverse loco, creerse el *sheriff* de la ciudad e ir a buscar a Andropov: «¡Toma eso, rata inmunda!», y bum, allá van los Titan II y los Poseidón y los Lances, y los Minuteman, y bum, bum, bum! Y un ruso podía lanzar su botella de vodka contra un panel de control y disparar los SS-17 y los SS-18 contra Hackensack, Nueva Jersey.

Con aquellos payasos parecía inevitable. Tarde o temprano se produciría la guerra termonuclear. Y lo más divertido era que David Lightman se hallaba ahora en el lugar más seguro; él sobreviviría.

Naturalmente, David se daba cuenta de que tendría que vivir con la culpa de

haber sido quien echó a rodar la bola, quien había estropeado la maquinaria, quien había hecho caer la primera ficha del dominó. ¿Pero qué clase de mundo le quedaría después? Siempre se había figurado que, si se producía una guerra nuclear, él sería de los primeros en morir, y no había pensado gran cosa en lo que quedaría.

Entonces pensó en Jennifer Mack. Sintió un estremecimiento doloroso en su interior. Jennifer moriría, y el mundo sin ella no parecía gran cosa.

«Maldita sea, pensó. ¡Has sido tú quien ha iniciado todo esto! Soporta las consecuencias: el dedo acusador que señala las responsabilidades, apunta a tu nariz.»

«Es culpa tuya. Tu mundo irreal de computadoras está unido a un mundo de sangre y muerte, y tú no eres Peter Pan.»

Era su culpa, y sólo él sabía dónde estaba el error. Sólo él sabía, asimismo, que a menos que Stephen Falken se presentara allí, las cosas podían ponerse aun peor. Pero allí todos lo consideraban un espía, nadie querría hacerle caso...

David dejó de pasear por la enfermería.

Sabía que tenía que hacer algo o morir en el intento.

No sabía cómo, pero tenía que ponerse en contacto con Anderson Island, Oregon.

No sabía cómo, pero tenía que ponerse en contacto con el doctor Stephen Falken. Sólo Falken podía convencer a aquella gente de que era Joshua quien estaba haciendo todo aquello, que no eran los rusos quienes habían trastornado las máquinas.

Bueno, aquello estaba decidido. Ahora bien, ¿cómo podría salir de allí?

Revisó la sala por enésima vez, pero en esta ocasión con una idea clara: escapar. Un momento. Aquel panel metálico de allí, de una medida aproximada de sesenta por sesenta centímetros, era probablemente lo que controlaba el mecanismo electrónico que cerraba la puerta. David se rompió una uña tratando de abrirlo. Necesitaría un destornillador.

Bajo el lavabo había una fila de cajones. David probó cada uno. El de abajo estaba cerrado con llave. El segundo también. Y el tercero. Pero el de arriba se abrió. David miró dentro de él, esperanzado. No había más que los utensilios y suministros habituales de un médico: un paquete de toallitas de papel, rollos de gasa y cinta adhesiva. Absolutamente nada que le sirviera.

Cerró el cajón de golpe y suspiró.

¿No había sido eso un fulgor de metal?

Rápidamente, David abrió de nuevo el cajón y apartó con ansia los papeles y demás material. ¡Claro que sí! Allí había un puñado de jeringuillas desechables. No servían. Unos vendajes. Tampoco servían. Un pequeño grabador a casete. Nada. Un estetoscopio. Tampoco. Un par de pinzas...

¡El grabador!

Su memoria repasó los sonidos que habían venido de la puerta cuando el guardia la había abierto para dejar paso al doctor Mc Kittrick. Había oído hablar de puertas como aquélla. De hecho, ahora que pensaba en ello, había leído unos cuantos artículos al respecto en Mecánica Popular.

David sacó el grabador. Era un Sony. Un aparato caro. ¡Sólo lo mejor para nuestro país!, pensó. Tomó el auricular y se lo llevó a la oreja. Conectó el botón de puesta en marcha.

«Las pupilas del paciente están dilatadas... lo cual concuerda con los síntomas de uso reciente de marihuana», decía la voz.

David apagó el aparato, asió las pinzas y se acercó a la puerta. ¡Había una oportunidad de que aquello funcionara! Y, si era así, Sting se sentiría probablemente muy orgulloso de él.

Con las pinzas y mucho esfuerzo, consiguió desenroscar los tornillos del panel. Sin hacer ningún ruido, los quitó, sacó la plancha y se quedó mirando el revoltijo multicolor que formaban los cables.

Le llevo más de cinco minutos conectar el grabador y devolver el panel, de color negro, a su lugar. Sin embargo, fue un buen trabajo. El único problema era que no había modo de comprobarlo.

Volvió a acercarse a la puerta, y colocó la oreja contra ella. Oyó al guardia que charlaba con la hermosa enfermera, en el despacho de ésta.

—No, gracias, cabo, esta noche no —decía la enfermera.

El guardia seguía insistiendo.

—Bueno, mañana por la noche también estoy libre. Podríamos salir a cenar al autoservicio. Es lo único que puedo ofrecerte, Nancy.

David inspiró profundamente y aporreó la puerta lo más fuerte que pudo.

Después tomó la grabadora y colocó el micrófono junto a la palanca de metal.

Oyó los pasos del guardia.

—¿Qué quieres? —preguntó el hombre.

—Aquí no hay baño y tengo que hacer mis necesidades. ¡El viaje a Denver es muy largo! —dijo David.

El guardia vaciló.

—Oiga, ¿prefiere que le deje sucia su pulida enfermería? —insistió David, sin ocultar la tensión que había en su voz.

«¡Vamos, abre la puerta, maldito idiota!»

El guardia se tomó su tiempo antes de decidirse, pero al fin empezó a marcar la clave en el dial situado junto a la puerta.

Bip... bip... bip... biiip... bip.

La puerta se abrió y apareció el joven cabo, con los ojos abiertos y la pistola en la mano.

—Por favor —dijo rápidamente David—, déjeme hablar con el doctor Mc Kittrick.

Tengo que decirle...

Una expresión de hastío apareció en los rasgos regulares y suaves del rostro del cabo.

—Mira, hijo, la orden es que nadie cambie una palabra contigo. Esos tipos del

FBI volverán en un instante. ¿Tienes que ir al baño o no?

—No —contestó David.

—Vaya —murmuró el hombre—. Te lo aseguro, muchacho, me alegraré cuando desaparezcas.

—Y yo —añadió David.

El guardia se encogió de hombros desdeñosamente y cerró la puerta.

David esperó que los pasos del guardia se alejaran y volvió a sacar el panel de metal de la pared, que se le resbaló de los dedos, impregnados de sudor.

Consiguió cogerlo antes de que cayera al suelo con el consiguiente estrépito.

«¡Vamos, adelante!», se dijo.

Con sumo cuidado, dejó el panel en el suelo, se levantó y observó los cables del control antes de retirar el grabador, unido al mecanismo por el cordón de los auriculares. Rebobinó la cinta y pasó el enchufe de «entrada» a «salida».

¡Ya estaba!

Pulsó con el índice el botón de «marcha».

Se oyeron unos leves sonidos, en exacta repetición de la secuencia de apertura. La cerradura de la puerta murmuró silenciosamente y se oyó un clic.

«¿Qué te parece eso, Jim Sting?», pensó David con satisfacción, mientras abría la puerta cautelosamente y echaba un vistazo al exterior. Al otro extremo del pasillo, se oía reír a la enfermera. El guardia estaba de espaldas a David, inclinado sobre la muchacha y escuchando los latidos del corazón de ésta a través de un estetoscopio.

—Tu boca dice no, no, no —decía el cabo— pero tu corazón dice sí, sí, sí...

¡Era el momento de salir!

David se escurrió por el pasillo, cerrando silenciosamente la puerta tras él y asegurándose de que quedara bien cerrada. Aquello los mantendría ocupados durante un buen rato. Probablemente pensarían que seguía encerrado.

Miró a su alrededor, desesperado. ¿Dónde ir ahora? Lejos de la vista de aquel guardia, evidentemente. Corrió por el pasillo y se detuvo súbitamente. Se encontró ante un vestíbulo lleno de puertas de ascensores.

Una de las luces indicadoras se encendió.

David se ocultó tras una puerta que lucía la señal de salida.

—No sé qué haremos con él —decía Wigam, mientras salía del ascensor—. Ese muchacho no es mayor de edad.

—Si ha estado haciendo lo que pensamos —contestó Stockman—, quizá podemos conseguir un permiso especial del Congreso.

El pánico se apoderó de David Lightman y le impulsó a huir escaleras abajo.

Los segundos se transformaron en minutos, minutos de metal, cemento gris y señales rojas de salida, hasta que David hizo un alto, advirtiendo que no podía seguir bajando.

Echó un vistazo al lugar donde le había conducido su huida.

Había allí unas columnas gigantescas que unían el techo y el piso del lugar.

Debía ser el lecho de rocas sobre el que se había construido todo el complejo. Justo sobre su cabeza había un lugar donde el techo formaba una oscura galería por la que se podía gatear. No parecía especialmente segura o atractiva, pero era la única salida.

David se puso en cuatro patas y empezó a gatear.

Wigam y Stockman aguardaban junto al cabo que vigilaba la puerta cerrada de la enfermería.

—¿Qué sucede? —preguntó el técnico que acababan de llamar.

—Esa cerradura... Debería estar cerrada —dijo el cabo, señalando el mecanismo de cierre, con su serie de botones numerados—. ¿Cree que podría abrirla?

—Claro. Sólo tardar, un momento —dijo el técnico, mascando confiadamente su chicle. Dejó en el suelo la caja de herramientas, seleccionó un par de ellas y empezó a trabajar mientras Wigam y Stockman aguardaban, impacientes.

Tardó bastante más de un minuto, y los dos hombres del FBI hicieron comentarios al respecto en un tono bastante fuerte.

—¿Saben? —dijo por fin el técnico, alzando la vista de los cables y tornillos—, creo que está manipulada por dentro.

Wigam estalló. Avanzó hasta la puerta y la golpeó con fuerza.

—¡Vamos, Lightman! ¡No haces sino complicar las cosas!

—Ya está —dijo el técnico—. Allá vamos.

La puerta se abrió. David Lightman no estaba allí.

—Señoras y señores —dijo el coronel Conley al unirse de nuevo al grupo de visitantes con una sonrisa nerviosa en el rostro—, me acaban de informar de que se está procediendo a la limpieza de la sala de computadoras. No queremos que nadie resbale o se haga daño, así que procederemos a finalizar aquí la visita. Y ahora, si me hacen el favor de subir rápidamente al autobús, les daremos un aperitivo en el club de oficiales, allá abajo. Por favor, señores.

David Lightman observó el bosque de piernas desde su escondite, bajo una de las máquinas. El avance por el nivel había resultado penoso, y apenas había recuperado la respiración normal.

—¿Cuánto tiempo tendría hasta que descubrieran que había escapado de la enfermería? No mucho, desde luego. Llevaba ya más de cinco minutos fuera, quizá más. En cualquier momento, los soldados de seguridad entrarían gritando como personajes de hazañas bélicas, con las ametralladoras escupiendo fuego.

¡Aún está vivo, sargento Furia!

¡Vete al infierno, sucio comunista!

De repente, David deseó no haber visto tanta televisión.

Las zapatillas y botas empezaron a moverse y David apeló a sus últimas fuerzas. Su única esperanza era mezclarse con aquel grupo de visitantes. Era una pena que no llevara ropa similar a ellos, pues iba a sobresalir claramente de los demás.

Salió de su escondrijo en cuanto el último del grupo de visitantes —una mujer

delgada con una falda lisa y un rostro cubierto de lápiz de labios y maquillaje— dio vuelta a la esquina. Estaba a punto de seguir tras ella cuando una mano se posó en su hombro y le hizo volverse.

«Dios, esto es el fin», pensó.

—Quieto donde estás —dijo un hombre vestido de caqui con galones de sargento y muy mal aliento—. Te he pescado.

David no podía articular palabra.

El sargento se pasó una mano por sus finos labios y su mirada de águila pareció penetrar hasta las profundidades del alma de David.

—Ustedes, muchachos, creen que pueden escaparse siempre. Te habían advertido que no te separaras del grupo, así que ¡vamos, corre con ellos!

David no podía creer en su buena suerte.

—Sí... sí, señor. Lo siento, señor —tartamudeó.

El sargento le dejó marchar y David se apresuró tras el grupo de visitantes, que avanzaba camino del autobús. Esperaba en cualquier momento otra mano sobre el hombro. Tomó asiento en la parte posterior del vehículo e intentó pasar inadvertido mientras el guía se despedía a toda prisa del grupo y se alejaba corriendo. Sonó una sirena.

Un muchacho de rostro afilado, de edad aproximada a la de David, se volvió hacia éste.

—Vaya, ¿qué estar pasando ahí?

—No sé —contestó David, lacónico.

—¿Quién eres tú? No te he visto en toda la visita.

—Soy un espía ruso, y tengo que salir de aquí a toda prisa, antes de que me capturen —contestó David. El muchacho se echó a reír.

—Pues yo soy John Riggins, y tengo la nueva arma secreta americana contra ustedes, comunistas, así que ser mejor que te cuides.

El autobús arrancó y se alejó del lugar rápidamente.

En el Crystal Palace, Adler, el analista de radar, estudió su mapa.

“Mierda, pensó. Otra vez no. ¿Qué diablos está sucediendo en este mundo?”

—Veintidós submarinos Tifón saliendo del puerto de Petropavlovsk por el cabo de Nordkapp, en dirección al océano —informó—. Curso cero nueve, cinco grados.

El capitán Newt estaba detrás de él, evidentemente impresionado.

—Muchacho, parece que Iván está preparándose para dar un buen susto.

—Sí —asintió Adler—. Ya empiezo a sentirme como uno de los jinetes del general Custer.

En su despacho, John Mc Kittrick estaba inclinado sobre su escritorio con Paul Richter, estudiando un montón de diagramas de conexiones y cables. Pat Healy apareció en la puerta y Mc Kittrick alzó prontamente la mirada hacia ella.

—Si no son buenas noticias, no quiero saberlas —dijo, al observar la grave expresión de la recién llegada.

—Han perdido al muchacho —dijo ella—. Se ha escapado.

—¿Cómo?

Richter no prestaba atención. Sus ojos iban desesperadamente de un diagrama a otro.

—Alarma general a todos los niveles. Naturalmente, lo atraparán. Sin embargo —añadió la muchacha—, por el momento, sigue libre.

Mc Kittrick volvió la vista a los diagramas extendidos sobre el escritorio y pensó en el lío que habían organizado el muchacho y quienquiera que fuese su cómplice con las computadoras.

Echó una mirada al ejército de analistas y técnicos que trabajaban frenéticamente, cada uno en su puesto.

Después murmuró entre dientes:

—¡Espero que liquiden de una vez a ese pequeño cerdo!

En la radio del camión, una cantante aullaba una canción *country* sobre un amor falso.

El anciano conductor lleno de canas tenía la vista fija en la negra serpiente de asfalto que bajaba la pendiente, curva tras curva. David lo observó cambiar de marcha una y otra vez.

El camionero lo había recogido en la ruta y la mayor parte del tiempo que llevaban de viaje había transcurrido en silencio. Parecía gustarle el mero hecho de llevar a alguien sentado a su lado, pensó David. ¡Vaya trabajo, todo el día sentado tras un volante, observando una línea blanca perderse por la autopista!

David había estado dándole vueltas al asunto, consciente de que todo había cambiado para él, irrevocablemente. El mundo ya no iba a parecerle igual, después de aquel loco fin de semana. Era mucho más complicado de lo que nunca había pensado.

Hasta entonces, David Lightman se había considerado a sí mismo marginado, un intruso, siempre en el filo de las cosas, haciendo muecas ante los graciosos sucesos que ocurrían en aquel gran manicomio que era el mundo. Sin embargo, ahora se daba cuenta de que él era uno de los internos, que siempre lo había sido, y que la lucha que estaba teniendo lugar era también su lucha. Era una parte de todo lo que existía. Su estupidez había puesto en movimiento una secuencia de acontecimientos que no sólo había echado por tierra su pequeño mundo imaginario, sino que amenazaba las vidas de millones de personas más.

¡Y todo porque había querido jugar un estúpido juego de guerra!

Sting se lo había advertido, pero él se había sentido invulnerable. ¿Por qué? ¡oh!, ¿por qué no había pasado la habitual fase de rebeldía adolescente con la típica huida de su casa, arrojando a los pies de su padre un par de latas de cerveza o dedicándose a las drogas? Seguramente eso era mucho más inofensivo que meter la nariz en la sociedad adulta, jugando con la computadora más importante de la defensa de los Estados Unidos.

Si alguna vez había una película sobre su persona, su fama superaría la de Mick

Jagger o James Dean. Sí, podría llegar a ser un astro de la pantalla, más famoso incluso que una estrella de *rock*.

Siempre, claro está, que el mundo sobreviviera.

Después del holocausto el mundo tendría una canción dedicada especialmente a David Lightman: Tú me tiraste la bomba, por el conjunto Vacío Generacional.

David rió amargamente para sí.

—¿Cómo es que vas sin bolso ni equipaje? —le preguntó de repente el camionero, tras cambiar nuevamente de marcha y acelerar.

David tartamudeó:

—¿Eh? ¡Ah!... Alguien me la robó. Hum... ¿cuántas marchas tiene este camión?

—Catorce velocidades —contestó el hombre. Sus ojos lo observaron un instante con suspicacia, haciendo aún más profundas las arrugas de su rostro nudoso—. Oye, ¿no te habrás escapado, verdad?

—¿Cómo? —contestó David cambiando de postura en el desvencijado asiento.

—¿Te has escapado de tu casa? Como parece tan joven...

—¡Me ha descubierto! —afirmó David—. Es que no me sirven bebidas en ningún bar.

Avanzaron unos minutos más en absoluto silencio. El camionero volvió la cabeza, observó el remolque cargado de alimentos en conserva, y echó un vistazo al retrovisor.

—¡La policía! —dijo de repente.

—¿Qué? —saltó David, alarmado.

—Un par de policías me pararon en Illinois. Te juro que parecían recién salidos de la escuela, de jóvenes que eran.

David volvió a recostarse en el asiento, aliviado.

—¿Hasta dónde quieres que te lleve?

—¿Cuál es la próxima ciudad grande?

—Grand Junction.

—Allí me las arreglaré —murmuró David.

El camionero se encogió de hombros y volvió a sumirse en el silencio.

—¿Puede repetir, por favor? —pidió con voz gangosa la telefonista de información.

—Anderson Island, Oregon —contestó David—. Con el doctor Robert Hume, en Tall Cedar Road.

David dio un mordisco a su hamburguesa mientras esperaba.

El camionero lo había dejado en Grand Junction, tal como le había pedido.

Fuera de la cabina soplaba un viento frío y fuerte. La telefonista contestó al cabo de un instante.

—No figura ningún número de abonado con el nombre del doctor Robert Hume, en Tall Cedar Road.

—¿Significa eso que no tiene teléfono?

—Lo siento, pero no encuentro ningún número en esa dirección —insistió la telefonista, impaciente.

—¡Aguarde! Inténtelo con Falken, doctor Stephen Falken, en la misma dirección. Hubo otra pausa.

«¡Vamos, vamos!», pensó David, mientras la hamburguesa se le enfriaba y goteaba mostaza y salsa de tomate por la presión de sus dedos.

—Tampoco hay ningún número a nombre del doctor Stephen Falken, en Tall Cedar Road, Anderson Island. Lo siento.

David Lightman colgó y empezó a pensar desesperadamente.

Bailar, bailar, bailar, quiero bailar toda la noche, decía el cantante.

Bailaremos el baile del amor, mi ni-i-ña, hasta que amanezca.

Jennifer Mack movió la pierna derecha al compás de la música. El ejercicio recibía el nombre de «hidratante» porque había que ponerse en cuatro patas y levantar la pierna como un perro haciendo de las suyas en el surtidor de agua de los bomberos.

Oleadas de *funky-pop* sacudían el salón, dando a Jennifer los ritmos que precisaba para mover sus ágiles extremidades. Su rostro brillaba del sudor que había segregado tras la media hora de ejercicios aeróbicos, y tenía la camiseta mojada. La muchacha prefería la música de «1999», de Prince, pero la que habían puesto le servía también. Una de sus amigas de la clase siempre quería algo de *new wave*, pero Jennifer Mack prefería el tipo de música que le gusta a todo el mundo.

La cinta continuó armoniosamente, con una canción de Donna Summer y Giorgio Moroder. Jennifer se puso de pie y empezó a hacer cabriolas en una danza libre de su propia invención.

No había nadie en casa. ¿Por qué no olvidarse de las normas? Se preguntó vagamente si David Lightman bailarían. Probablemente no. Jennifer suspiró.

Estaba entrando en un auténtico frenesí cuando sonó el teléfono. Lo dejó sonar varias veces. Vaya momento de llamar, precisamente cuando se estaba concentrando en el ritmo insistente y pegadizo del sintetizador, bajo el sortilegio de la voz de Donna.

—¡Maldita sea! —dijo por fin.

Se acercó bailando hasta el aparato de la cocina y levantó el auricular.

—¿Sí? —dijo, incapaz de reprimir el tono de irritación de su voz.

—Jennifer, soy yo, David —dijo la voz, con el zumbido habitual de las llamadas de larga distancia.

—¿David?

—David Lightman.

—Te oigo muy lejos.

—Estoy en Colorado.

—Me preguntaba por qué no habías ido a clase hoy, David. No te has perdido gran cosa. El viejo Ligget...

—Escucha, Jennifer, te llamo por algo muy importante y me resulta difícil

pedírtelo pero... ¿Podrías prestarme algo de dinero?

—¿Dinero? Desde luego. En cuanto vuelvas, yo...

—No, no me entiendes. Necesito que me compres un billete de avión de Grand Junction, Colorado, a Salem, Oregon. Sé que es mucho pedir, pero no puedo explicarte la razón.

Jennifer permaneció en silencio un instante, aturdida.

—¿Qué estás haciendo en Colorado? Pasé por tu casa y tus padres se comportaron de un modo muy extraño; no quisieron decirme nada de ti. ¿Qué pasa?

—Te lo contaré luego, Jennifer —dijo la voz de David por el teléfono—. Ahora no puedo hablar. ¿Querrás hacerme ese favor?

—¡David, no soy rica!

—Lo sé, y sé que quizá tengas que pedir prestado dinero a alguien. Jennifer, tú eres la única en quien puedo confiar.

—Voy a ayudarte en todo lo que pueda, David —dijo ella, sorprendida de la sinceridad de sus palabras, y asombrada de la agradable sensación que la recorría al pronunciarlas.

—¡Oh, gracias, Jennifer! —La voz de David denotó claramente su gratitud y su alivio—. Escucha, cuando compres el billete díles que lo recogeré en Grand Junction, pero tendrá que llevar un nombre distinto.

—Aguarda un segundo —dijo Jennifer, alargando la mano para coger un bolígrafo y un papel de una mesa cercana—. Será mejor que lo anote.

—El próximo avión será probablemente mañana así que, si te das prisa, quizá puedas reservar el billete hoy mismo.

—De acuerdo. De Grand Junction, Colorado, a Salem, Oregon. Mañana.

Jennifer repitió las palabras una vez anotadas.

—¿Podrás hacerlo, Jennifer?

La muchacha sonrió:

—David, vas a llevarte una buena sorpresa conmigo.

La atmósfera tranquila del Crystal Palace se había ido convirtiendo progresivamente en un caos profesional, mantenido bajo control gracias a una intensa concentración.

El abatido general Berringer, con la corbata floja y la camisa arremangada, consideró la posibilidad de tomar otro café pero luego rechazó la idea. Ya estaba demasiado tenso. La noche anterior sólo había dormido tres horas, y ahora aquel maldito muchacho Lightman se les había escapado, tras haber conmocionado el mejor sistema de computadoras militares del mundo.

Alzó la mirada hacia el enorme tablero. Los símbolos de los submarinos soviéticos permanecían en situación de espera ante la costa de Estados Unidos.

DEFCON 3, podía leerse en el tablero.

—Perdone, señor —dijo el oficial de comunicaciones acercándose a Berringer—. Acabamos de recibir un télex del Departamento de Estado.

—Léamelo, ¿quiere? Tengo que cuidarme la vista.

—En resumen, señor, dice que los soviéticos niegan cualquier movimiento grande de submarinos. Quieren saber qué diablos nos proponemos con esta provocación.

—Vaya, eso es pura mierda —dijo el general señalando el tablero—. ¿Qué son entonces esos puntos, ballenas comunistas? Nuestros sistemas no están ahora en simulacro, de eso estamos seguros. ¡Sabemos que esos submarinos están ahí enfrente!

—Sí, señor —contestó el oficial de comunicaciones, regresando a su posición tras saludar.

El general Berringer suspiró. Quizá, finalmente, tendría que tomarse ese café...

Sentado ante una hilera de terminales, el técnico de primera clase Rolan Moor estudiaba la imagen del monitor.

La pantalla mostraba la «nieve» producida por la electricidad estática. En cuanto lo advirtió, reaccionó desconectando interruptores y haciendo girar diales. Aquello no tenía por qué suceder, pensó alarmado.

Se volvió a Ed Morgan, que estaba sentado a su lado.

—¡Eh, Ed!, comprueba el alineamiento de antenas en 0-84. Acabo de perder la imagen —le dijo.

Ed estaba realizando movimientos similares.

—¡Yo también he perdido la mía!

—Será mejor decírselo al general.

Se comunicó con uno de los ayudantes del general Berringer, quien se volvió hacia éste y le comunicó:

—Señor, no recibimos señales de dos de nuestros cuatro satélites de alarma temprana. Puede ser un desperfecto... o puede que los hayan puesto fuera de circulación.

«Quizá necesite un buen trago de *bourbon* además del café», pensó el general.

En el centro de computadoras, la máquina PROB estaba sumida en sus sueños, librando guerras de microchips, con destellos en sus fibras ópticas, zumbidos en su maquinaria y suaves clips en sus relés. Era como si la muerte estuviera chasqueando sus dedos esqueléticos al ritmo de su himno fúnebre favorito.

Capítulo 9

Dr. Stephen W. Falken

La señal de abrocharse los cinturones se iluminó.

«Nos acercamos al aeropuerto de Salem. Por favor, abróchense los cinturones y apaguen sus cigarrillos.»

Era la voz del capitán. Se trataba de un vuelo de enlace y no había azafatas a bordo. David Lightman se ajustó el cinturón.

El pequeño reactor se inclinó hacia abajo, sin la suavidad y estabilidad que poseían las grandes aeronaves. Los bruscos movimientos hacían pensar que caían como una roca. David se puso tenso.

Un fornido individuo de mediana edad apagó su último cigarrillo en el cenicero casi repleto y dejó escapar su última bocanada de humo hacia la ventanilla.

—Sí, ya estamos en el valle de Willamette, hijo —le dijo a David. Era vendedor de comida para perros—. El único lugar de Oregon donde no se ven montañas. Recuérdalo bien, hijo, se llama Willamette.

El hombre soltó una carcajada franca y se concentró en el descenso.

David intentó sonreír. Se sentía pésimo. Había dormido, o más bien intentado dormir, la noche anterior en el aeropuerto de Colorado, sentado en una silla en la sala de espera. El desayuno le había caído mal al estómago, repleto de demasiadas tazas de café del aeropuerto.

La pequeña pista de aterrizaje tomó contacto con las ruedas del reactor, y el aparato se detuvo por último. Se abrió la escalera y David bajó confuso.

Caminó los últimos veinte metros hasta la pequeña terminal del aeropuerto.

Supuso que debería hacer dedo el resto del camino hasta Anderson Island. No había pensado en pedirle a Jennifer algún dinero por giro. Supuso que debía considerarse feliz de haber tenido un billete esperándole en el mostrador. La maravillosa Jennifer. Si salía de ese lío tendría que hacer algo más que llevar a la muchacha a la sala de juegos electrónicos.

Mientras caminaba en el claro día primaveral de Oregon rumbo a la terminal bañada por el sol se preguntó cuánto tiempo le quedaba. «Sólo hasta mañana», se contestó. Rezó para que aquellos lerdos de la NORAD hubieran detenido de alguna manera a Joshua. El mundo seguía siendo el mismo —no había cráteres nucleares en Oregon—, así que supuso que aquel brillante programa no los había confundido hasta el punto de lanzar los misiles, todavía.

David se estremeció. ¡Era increíble! Incluso en aquel momento, la idea era demasiado terrible para que su cabeza comprendiera.

Al cruzar las puertas, David vio de inmediato un par de policías, situados junto al

mostrador de billetes de aeropuerto. Sus piernas se paralizaron.

Todavía no lo habían visto. ¿Qué camino escoger? ¿Qué...?

Una mano lo tomó del brazo.

Dio un salto y estuvo a punto de soltar un alarido. Con los ojos como platos, se dio vuelta. Frente a él, con el aspecto fresco y encantador de siempre, estaba Jennifer Mack.

—¡Hola! —dijo la muchacha—. Vaya, me alegro de que lo hayas conseguido —y le dio un abrazo cálido y fraternal—. Nos preocupaba que no hubieras podido hacer la conexión. Tía Alma intentó llamar a la compañía. Está todo el día cocinando y yo he tenido que aguantar a nuestros terribles primos de Klamath Falls. Ya sabes, esos que siempre llevan buzos de gimnasia y huelen tan mal.

—Bueno, probablemente yo tampoco parezco una rosa en este momento —contestó David, guiando a la muchacha hacia la salida—. Vamos, salgamos de aquí.

—Tengo el coche al otro lado, David —dijo.

—Demos la vuelta. Prefiero evitar a esos policías. Estoy metido en un verdadero lío, Jennifer.

—Ya lo sé, David. Anoche vinieron a hacerme preguntas. Dijeron que eran del FBI y parece que los agentes del FBI pueden hacer cosas como ésas, interrumpir a la gente en medio de sus ejercicios y someterlas a interrogatorio.

Cruzaron las puertas automáticas.

—No deberías haber venido, Jennifer.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Se trata de eso que hiciste con las notas?

—No. Ya te lo explicaré. ¿Condujiste tú?

—Sí, he llegado a primera hora de la mañana. Menos mal que mi padre es tan buena persona. Me ha dejado venir. Naturalmente, le he dicho que iba a visitar a mis tíos y...

—Pero tienes el coche. Magnífico. ¿Tienes un mapa, Jennifer? —continuó David mientras la seguía hacia la furgoneta azul—. ¿Tienes un mapa?

—Claro. ¿Dónde vamos?

—A un lugar llamado Anderson Island.

—¿Por qué, David? —insistió ella, abriéndole la portezuela.

—Te lo contaré en el camino —contestó él, al tiempo que subía.

Más tarde, mientras avanzaban por la campiña de Oregon, David intentó explicarle a Jennifer lo que había sucedido.

—Así que me equivoqué —dijo la muchacha—. Finalmente descubrieron que éramos nosotros quienes estábamos jugando con la máquina. Sin embargo, no fue a propósito, David.

—Gracias, Jennifer, pero ya es un poco tarde para eso. Ellos todavía no saben nada de ti, y es mejor que las cosas sigan así —afirmó David, mientras el coche avanzaba entre los campos hacia Anderson Island, situado en la costa.

—¿No les dijiste que era idea mía bombardear Las Vegas? —preguntó ella.

—Si se lo hubiera dicho, te hubieran detenido, ¿no te parece?

—Sin embargo, a ti no te han detenido.

—Ya te dije que conseguí escapar. Dios mío, si fuera un agente ruso de verdad, bien entrenado, los norteamericanos estarían en un buen lío —exclamó David, exasperado.

—¿Tú? ¿Un espía ruso? ¡No me hagas reír!

—No es en broma. Mc Kittrick, el tipo ése del que te he hablado, se lo creía de verdad. Está convencido de que soy un agente comunista. No quiere admitir que sus máquinas han fallado.

—Bueno, continúa. ¿Por qué vamos ahora a Anderson Island? —inquirió Jennifer.

—Mientras estaba en el despacho de Mc Kittrick tuve la oportunidad de manejar su computadora durante un instante que se ausentó.

—¡Dejándote allí!

—Debió de tratarse de una emergencia extrema... Bueno, lo cierto es que volví a conectarme con Joshua. Es divertido, ¿sabes? Si no hubiera contestado a esa llamada, la que Joshua me hizo, ahora no estaría metido en este embrollo.

—¿Por qué te conectaste, entonces?

—Pensé que eras tú.

—¿Quieres decir que ninguna otra chica tiene tu número de teléfono secreto? —preguntó ella, con una sonrisa en la mirada.

—No, Jennifer. Sólo tú.

—Y Joshua.

—Y Joshua, quien me hizo saber que Falken no está muerto. Y me dio su dirección. Anderson Island. Antes de llamarte, intenté localizarlo por su nuevo nombre, Robert Hume. No figura en guía. El resto ya lo conoces.

—Pero, ¿por qué decía entonces el periódico que había muerto? —quiso saber Jennifer.

—Supongo que para despistar. Sí, muy conveniente. Falken debió de marcharse y, cuando uno de esos científicos se marcha y conoce demasiados secretos, le proporcionan una nueva identidad. Además, esa dirección es lo que Joshua dice...

—Sí —contestó Jennifer—, pero los militares deben de conocer lo que está sucediendo. Se trata de algo que figura en sus computadoras...

—Ahí está —le interrumpió David—. Ellos no conocen a Joshua. Falken es quien lo conoce. Y es el único que sabe qué programas puede desarrollar. Joshua está intentando ganar el juego que nosotros comenzamos, y lo intenta como si fuera en serio. ¿Comprendes eso, Jennifer?

—Sí... Es algo increíble. ¿Pero por qué no le dices a Joshua que, si inicia una guerra, millones de personas morirán?

—No lo han programado para tener conciencia de esas sutilezas.

—Pero tú decías que estaba programado para aprender...

—Es sólo una máquina, una máquina de juegos de guerra. Y su mayor deseo en este momento es hacerlos reales.

—Así que tú crees que el único que puede detenerlo es su padre, Stephen Falken.

—Quizá ya haya logrado detenerle. Sin embargo, lo que me enfurece es que esos estúpidos no querían ni escucharme. No se dan cuenta de lo que pueden hacer sus propias máquinas. Están tan alterados que parecen dispuestos a creer que todo esto es cosa de los rusos. Es casi como si desearan que fuera cosa de ellos. ¡Es una locura!

—Una profecía que por su propia naturaleza contribuye a cumplirse —murmuró Jennifer—. Lo hemos estudiado en psicología.

—Exacto —asintió David—. Sabes, Jennifer, todo esto me ha hecho pensar mucho en cómo está regido este mundo. Ambos hemos crecido aceptando que unos pocos países que se odian entre ellos tengan el poder de borrar todo el planeta. No creo que comprendamos a fondo lo que eso significa. Debo confesar, sin embargo, que en estos últimos días he estado pensando bastante en ello.

—Sí, pero tenemos que protegernos. Rusia quiere controlar el mundo.

—Eso es lo que nos han enseñado —contestó David—. Y, naturalmente, la pobre Rusia tiene que enfrentarse con el único país lo suficientemente loco como para utilizar esa bomba atómica en dos ocasiones: Hiroshima y Nagasaki.

—Nunca había pensado en ello.

—Allí tienes dos superpotencias mundiales, locamente asustadas una de otra, cada una con capacidad para destruir a la otra y al resto del mundo más de una docena de veces. Y ya hay otros países que poseen capacidad nuclear. Es como si el mundo fuera una caja de bombas, y yo la he encendido.

—Tú no lo sabías, David. No puedes echarle la culpa...

—¿De verdad? ¿Dónde termina la responsabilidad?

—El detonador estaba ahí, esperando a alguien. ¿Qué diferencia entre tú y un espía ruso de verdad?

—Eso no libera de la responsabilidad, Jennifer. He sido yo quien ha iniciado este embrollo, y soy yo quien tiene que hacer lo posible para ponerle fin. Yo fui la pequeña mierda que les ha manchado las manos donde no pensaban que la hubiera.

—Yo no opino que seas una pequeña mierda, David. Me gustas.

David sonrió levemente.

—Gracias, Jennifer. No sabes cuánto me ayuda oírte.

Llegaron a su destino avanzada la tarde.

Anderson Island era la mayor de un grupo de islas cubiertas de árboles frente a la costa de Oregon, y tenía el tamaño suficiente para poseer un trasbordador.

Jennifer optó por estacionar junto al embarcadero porque no tenía mucho dinero y era más barato cruzar el canal sin coche. A David le pareció bien.

Sólo quería llegar allí, por cualquier medio.

Casi perdieron el último *ferry*; sólo las súplicas de Jennifer hicieron que el capitán del trasbordador los aguardara.

«Un favor más», pensó David. Decididamente, tendría que llevar a la chica a cenar.

Permanecieron junto a la barandilla del barco. Las gaviotas bajaban en picada al agua o los sobrevolaban. El aire olía fuertemente a sal y el sol se hundía ya en el horizonte.

—Sabes —dijo David, tras unos momentos de silencio—, no es sólo un juego.

—¿Cómo? —contestó Jennifer—. ¿Qué has dicho?

—Nada —murmuró David, moviendo la cabeza.

Cuando el trasbordador atracó, David y Jennifer se adelantaron corriendo a los coches y al resto de pasajeros y saltaron a tierra.

El encanto femenino de Jennifer había obtenido información del hosco capitán del trasbordador.

—Por Woodland Road, aproximadamente un kilómetro —les dijo, mesándose la enmarañada barba—. Tall Cedar Road es apenas una sucia callejuela.

Avanzaron por la carretera, entre los árboles, bordeando densos bosques que de vez en cuando daban paso a lagunas. El aire olía a limpio; era vigorizante. Aquél era un hermoso lugar, y David deseó que Jennifer y él estuvieran allí por otras razones que la localización del misterioso Stephen Falken.

¿Y si se hallaban tras una pista falsa? ¿Y si Falken estaba muerto y la máquina tenía información falsa en sus bancos de memoria? Bueno, por lo menos tendría un poco de tiempo que compartir con Jennifer en aquella isla encantadora.

—Allí es —dijo Jennifer, señalando un viejo cartel medio caído—. Tall Cedar Road.

—Vamos.

Animado, David aceleró el paso.

Tras avanzar otro kilómetro más, llegaron a una cerca anticiclones, alta y descuidada, que rodeaba una gran extensión de terreno frente al agua. Junto a la entrada había un desvencijado buzón de correo en el que se leía un nombre:

«Doctor Hume».

David mostró su alegría:

—¡Ahí está! —gritó.

—Magnífico, pero, ¿cómo entraremos? —quiso saber Jennifer, indicando con un gesto la fuerte cadena y el candado que cerraban la cerca—. Por aquí no se ve ninguna cerradura manipulable con un grabador.

David tanteó el candado, de todos modos. Era fuerte. Tampoco se veía rastro de ningún tipo de timbre.

—¡Hola! —gritó el muchacho.

No hubo respuesta.

—Vamos, Jennifer. Quizá podamos cruzar la cerca por algún sitio cerca de la orilla.

—No lo creo. Esa parte tiene un aspecto terriblemente lóbrego.

—Vamos. Ya estamos aquí.

Jennifer no dijo nada, pero lo siguió.

—Menos mal que llevo *jeans* —dijo mientras sorteaba las zarzas—. Lástima que sean los Calvin Klein.

—Brooke Shields nunca te lo perdonará —respondió David—, aunque yo intervendré en tu favor.

—¡Cuánta amabilidad! —le contestó la muchacha, prosiguiendo su ruidoso avance—. David, ¿no te parece muy hermosa?

—¿Eh?

—Brooke Shields.

—No. Además, probablemente es incapaz de lograr siquiera diez mil puntos jugando a los marcianos.

—Pues yo puedo hacerlo.

—Eso es lo que más me gusta de ti, Jennifer.

Jennifer se echó a reír.

Continuaron avanzando en silencio por un torrente seco que les permitió bajar la ladera con movimientos fáciles. Desde luego, era preferible eso a tener que escalar pinos, pensó David. Las madre selvas impregnaban el aire de un aroma dulzón. Entre las hojas de un roble se agitó un petirrojo, que salió volando, como un estallido de colores castaño y rojo. Las pisadas de los muchachos resonaban en la grava, que invadía las partes más escarpadas del torrente.

Jennifer perdió el equilibrio en una ocasión, pero consiguió asirse de las retorcidas raíces de un roble, que habían quedado al aire por la erosión.

—¡Eh, David, mira! —exclamó la muchacha—. ¡Frutillas!

—Sí, yo también tengo hambre —murmuró David—. Tendríamos que haber pensado en traer algo. Podríamos haber comprado cualquier cosa.

—Quizás el señor Falken nos dé algo de comer.

—Sí, en caso de que lo encontremos.

No transcurrió mucho tiempo antes de que llegara a sus oídos el rumor de las olas. El aire olía a sal y el bosque empezaba a quedar atrás. David ayudó a Jennifer a salir de la quebrada y caminaron junto a la alta cerca, llena de orín, el resto de la pendiente. En un punto en que la cerca topaba con una masa de rocas había caído la tela metálica. En aquel punto terminaba el bosque. Entre la línea de la marea baja y el linde de los árboles se extendía un montón de rocas que bordeaba un barrial formado por la marea. Los últimos rayos del sol se reflejaban en los pequeños charcos como pequeños espejos incrustados en una extensión marrón.

David hizo un gesto.

—Ahí empieza el terreno de la casa. Tendremos que subir por allá.

Saltó al barrial. El fango le cubrió todo el zapato al hundir el pie en él.

—¡Puaj! —exclamó Jennifer.

—No es profundo. Ya te compraré un par de zapatos nuevos —contestó David, al

tiempo que le ofrecía la mano como apoyo.

—No importa —repuso Jennifer, chapoteando juguetona en el barro—. Era sólo un comentario. Repito: ¡Puaj!

El barro les cubrió los zapatos mientras avanzaban hacia tierra firme. Las zapatillas de tenis de David quedaron empapadas. La baja temperatura de las aguas marinas se dejó notar en torno a sus pies y tobillos.

Jennifer avanzaba valientemente delante de David, concentrada en sus pisadas.

Desde luego, ella era más que la adolescente bonita y frívola que David había percibido en un primer momento. Una sensación desconocida recorrió el interior del muchacho cuando la brisa besó y agitó el cabello de Jennifer.

De repente, una forma oscura se precipitó desde el cielo ya casi oscuro, y pasó a pocos centímetros de la cabeza de Jennifer. ¿Una gaviota?, pensó David. No, Algo mucho más grande.

Jennifer saltó hacia atrás y perdió pie, cayendo en el fango.

—¡Jennifer! —gritó David. Alzó la cabeza, lleno de asombro e incredulidad al ver la oscura figura de aquella criatura recortada contra la luz.

«¡Dios mío, no es posible!», pensó David.

El ave tenía alas coriáceas, de envergadura superior a los dos metros, cuerpo en forma de reptil y cabeza afilada, semejante a unas tijeras. Tenía el aspecto de un pterodáctilo. Pero no podía ser, pensó David, pues los pterodáctilos se habían extinguido hacía mucho tiempo: más de sesenta millones de años.

¡Los pterodáctilos pertenecían a la prehistoria! ¡Cielo santo, qué era aquello! ¿El fin del mundo?

Jennifer estaba tendida en el suelo. David acudió en su ayuda. La muchacha estaba mojada y tenía todo un costado del cuerpo lleno de barro.

—Vamos Jenny —dijo David, gratamente sorprendido ante su propia serenidad—. Será mejor que busquemos refugio.

Jennifer le obedeció sin una palabra. Sosteniéndose por el brazo, empezaron la difícil tarea de ascender hacia la tierra firme.

La criatura bajó una de sus huesudas alas, ladeó el vuelo y se alejó planeando. Después, batió las alas con rapidez, giró y se dirigió otra vez hacia ellos.

—¡Al suelo, Jennifer! —gritó David, empujándola al suelo al tiempo que agitaba un brazo contra el pterodáctilo.

El reptil volador ganó nuevamente altura y remontó vuelo en círculos, rozando las rocas que sobresalían.

—Se va —dijo David, ayudando a Jennifer a levantarse.

—¿Qué era eso? —preguntaba Jennifer, cuyos ojos se destacaban en el rostro embarrado. Se levantó, tambaleándose.

David tenía la mirada fija en la criatura.

—Un pterodáctilo —murmuró, aliviado de que el ave hubiera perdido interés en ellos, al menos aparentemente—. Sea lo que fuere, es impo...

Sus ojos enfocaron la cima de las rocas, donde se veía una figura solitaria:

Un hombre que sostenía una especie de caja. La silueta del reptil volador planeó hacia el hombre, que lo aferró de las patas. Enseguida las alas se plegaron y la criatura quedó inmóvil. La realidad volvió inmediatamente a adueñarse de David.

—¡Sólo es un juguete mecánico!

—¿Cómo? —dijo Jennifer, alzando la vista mientras el hombre empezaba a descender hacia ellos.

—¡Ese hombre era quien lo hacía funcionar! Vamos, Jennifer. Debemos acercarnos a él.

Los muchachos chapotearon en dirección a la orilla. Cuando llegaron, un hombre vestido con ropa negra impermeable saltó de una roca, con el pterodáctilo plegado y la caja de controles en la mano.

—¡Hola! —dijo el hombre, de rostro fino y delicado, observándoles con atención y una cierta frialdad—. Lamento que Terry y yo los hayamos sobresaltado. Un poco de diversión, ¿no?

Tenía un acento británico amortiguado por sus largos años de estancia en Estados Unidos, pero su peculiar aspecto le proporcionaba un aire excéntrico, un distanciamiento de los convencionalismos que se hacía bastante evidente desde el primer momento. Parecía un personaje salido de la serie de televisión «Los Vengadores», pensó David. El hombre dio unos golpecitos en la cabeza de plástico de la criatura.

—Imagínense, hubo un tiempo en que el cielo estaba lleno de estos animalitos.

—El doctor Hume, supongo —intervino Jennifer, sarcástica, al tiempo que se limpiaba parte del barro de su rostro.

—¡Ah!, ya han leído ustedes el nombre del buzón, ¿no? Espléndido —contestó el hombre, acariciando con placer su criatura—. Los ingenieros aeronáuticos afirman que los pterodáctilos eran incapaces de volar. Como han podido comprobar ustedes, pueden hacerlo, y bastante bien, aunque no he resuelto todavía todos los problemas del despegue y el aterrizaje. Sin embargo, en aquellos tiempos supongo que se dejarían caer de los altos acantilados donde permanecían colgados como los actuales murciélagos —sonrió con optimismo a los muchachos—. ¿Alguno de ustedes es paleontólogo? Siempre le rezo a Dios para que me envíe un paleontólogo.

—Lo lamento —dijo David.

—¿Estaban invadiendo mi propiedad deliberadamente? —preguntó el hombre, claramente disgustado—. Quiero decir que... están en mi propiedad y yo no los he invitado.

—Usted es Stephen Falken, ¿no? —comentó Jennifer, excitada. David quedó absolutamente sorprendido cuando el hombre perdió su sonrisa, giró en redondo y empezó a alejarse.

—Allí encontrarán un camino que lleva a una valla cerrada con una cadena —dijo mientras se alejaba, con un gesto brusco y poco considerado—. Sigán la valla hasta

que lleguen a la verja. Ábranla, salgan de la propiedad y, por favor, denle un buen golpe para cerrarla por fuera. Después, si se dan prisa, alcanzarán el trasbordador de las 18:30 a tierra firme.

Hablaba en tono cortante, casi desagradable.

—Doctor Falken —le interrumpió David, avanzando tras sus pasos—, necesito su ayuda.

—Stephen Falken no puede ayudarle, amigo. Stephen Falken ya no puede llamar a ninguna puerta, y no tiene ninguna intención de causar revuelo ni de visitar a nadie la próxima Navidad.

—Doctor... —insistió David—. Estoy aquí por Joshua.

Aquello hizo que el hombre se detuviese. Alzó la cabeza y se volvió para contemplar a los dos jóvenes con una mirada que indicaba una expresión totalmente nueva: el asombro.

—¿Te refieres al que libró la batalla de Jericó?

—No, señor —contestó David, acercándose hasta él—. Y tampoco a su hijo, el que murió. Le hablo de su programa en la computadora.

—Ah —dijo el hombre, pensativo—. ¡Dios mío, qué aspecto tienen! Tengo por casualidad un buen baño, toallas mullidas y ropa limpia que les vendrán bien.

Y también algo de comer, ¿qué les parece? Sí, claro. —Giró y les indicó a los muchachos que lo siguieran—. Y después, queridos, quizá quieran contarme cómo es que dos adolescentes conocen ese programa ultrasecreto de computadora.

Jennifer sonrió. David suspiró de alivio mientras echaban a andar detrás del doctor Stephen Falken rumbo a su casa.

El analista de radar Adler dejó caer un par de antiácidos en un vaso de agua.

Estaba en la zona de descanso junto a las consolas. El estómago emitió un gruñido ante la perspectiva.

En el mismo instante en que sus labios iban a tocar el líquido burbujeante, una señal de alarma resonó en el lugar.

Sus entrañas le parecieron dar un doble vuelco mientras dejaba rápidamente el vaso a un lado y corría a su pantalla de radar.

—Echa un vistazo a eso, Adler —le dijo Jones, uno de sus ayudantes.

En la pantalla de radar dos señales cruzaban lentamente sobre Alaska, en dirección al territorio continental norteamericano.

—Comprueba si hay fallas de funcionamiento —ordenó Adler.

—Ya están comprobadas —contestó Jones—. Fiabilidad alta. Son auténticas. Y las lecturas dicen «desconocido». No son nuestros, Adler.

Adler tragó saliva y pulsó el intercomunicador para conectar de inmediato con el puesto de mando.

—Tenemos señal de alarma. El radar indica dos objetos desconocidos, repito, desconocidos penetrando la zona de defensa aérea de Alaska. El esquema de vuelo hace pensar en bombarderos soviéticos.

Se trataba sólo de una posibilidad. Tenía necesidad de decir alguna cosa.

En el balcón de mando, el general Berringer sintió que lo invadía una oleada de adrenalina. Se volvió hacia el coronel Conley:

—Quiero confirmación visual de esto. Envíe algunos cazas a echar un vistazo.

—Ya aparecieron en el tablero principal, general —le informó el teniente Dougherty, quien se volvió hacia su consola y tecleó algunos datos—. La línea de vuelo los lleva justo a... Pave Paws.

—Si los dejan fuera de combate —intervino el coronel Conley—, no podremos detectar los lanzamientos desde submarinos.

—Esos hijos de perra —masculló sordamente el general Berringer, mientras golpeaba la mesa que tenía delante con la mano abierta—. Seguro que su objetivo es ése. Pasemos a DEFCON 2. ¡Y quiero hablar con el jefe de escuadrilla!

Fue cosa de un instante cambiar el tablero de DEFCON 3 a DEFCON 2, pero se tardó algo más en establecer contacto con los F-15 de intercepción. Pronto, sin embargo, el radar indicó otros dos pares de blips, éstos conocidos, que se dirigían hacia los desconocidos.

El jefe de escuadrilla Bill Johnson estaba sentado en su carlinga. Las nubes y la nieve brillaban frente a él, el cielo azul y el espacio se cernían sobre su cabeza. Volvió a comprobar los controles de radar, y éstos siguieron proporcionándole las mismas lecturas.

—Crystal Palace —dijo por el micrófono de su mascarilla de vuelo—. Aquí Delta Foxtrot Dos Siete. Tengo contacto por radar negativo. Repito, búsqueda de aeronaves soviéticas, negativa.

Una voz elevada resonó en sus oídos y hubo de bajar el volumen.

—Dos Siete, aquí Casco de Cobre. Lo tiene justo enfrente. ¡Está casi encima de él!

Bill Johnson movió la cabeza y volvió a mirar. Aquellos muchachos estaban chiflados. Se encogió de hombros y volvió a hablar por el radiotransmisor.

—Casco de Cobre, no tenemos nada en el radar, y la visibilidad es de sesenta kilómetros. No hay absolutamente nada ahí, general. Nada más que cielo azul.

En el puesto de mando, el general Berringer tenía el rostro sofocado.

—Maldita sea, los tenemos en nuestras pantallas. Deben de ser invisibles, o algo así o si no...

El general se detuvo en medio de la frase al ver que los dos blips desconocidos del gran tablero giraban repentinamente hacia el oeste... y desaparecían.

—¿Qué diablos está sucediendo? —preguntó.

Dentro del PROB, Joshua continuó desarrollando su plan para una guerra mundial perfecta.

Los Estados Unidos ganarían ésta, también.

Después de todo, Joshua era un programa diseñado únicamente para vencer.

Y ahora tenía oportunidad. Por fin.

El hogar del doctor Stephen Falken era una casa de dos pisos, muy moderna, con mucho cristal y una unidad de energía solar que Falken afirmaba haber diseñado él mismo.

—No la instalé yo, desde luego, aunque soy perfectamente capaz —les había dicho mientras pisaban el césped perfectamente cuidado del jardín—. Simplemente, quiero hacer mi contribución al problema. ¿Han advertido, amigos míos, que las estadísticas gubernamentales no toman en cuenta los millones de desocupados muertos de este país? ¡Espantoso!

El lugar tenía una decoración magnífica y estaba perfectamente limpio.

Falken se negó a hablar del tema Joshua hasta que sus invitados se ducharon, cambiaron de ropa y engulleron el filete y el pastel que les ofrecía. Por fin, dijo:

—Y ahora, por favor, díganme cómo fue que se pusieron en contacto con Joshua. —Alzó una caja con gesto medido—. Supongo que uno de ustedes es programador de computadoras. Qué perspicaz soy, ¿verdad?

Jennifer vestía una camisa de franela roja demasiado grande y olía deliciosamente. Estaba sentada muy próxima a David. Hizo una señal en dirección al muchacho:

—Él es el experto —le dijo al profesor.

—Ah, y supongo también, querido Lightman, que eres uno de esos entusiastas aficionados de las computadoras que se conocen en este maravilloso país, centro de la libre empresa, como «piratas». Es decir, que metiste la nariz donde no debías con tu computadora.

—Creen que es un espía ruso —dijo Jennifer, mirando a David con algo parecido al asombro, quizás incluso al orgullo.

—Yo sólo buscaba la computadora de Protovision. Y me topé con Joshua.

—Vaya. He oído decir que muchos monos trabajando a toda capacidad acabarían por producir las obras completas de Shakespeare, pero me resulta bastante difícil creer que un jovencito haya conseguido adivinar la entrada trasera a mi programa.

—Yo contribuí a eso —dijo Jennifer, en defensa de David y aceptando su parte de culpabilidad—. Quiero decir que...

—Tome un sorbo de ese café, señor Lightman, y empiece a contármelo todo desde el principio.

David le narró la historia lo más rápida y sucintamente que pudo. Falken lo escuchó al tiempo que cargaba cuidadosamente su pipa. Estaban sentados en una sala de juegos, donde había una mesa de billar, un tablero de *ping-pong*, un hogar donde crepitaban unos troncos, una gran biblioteca y un aparato de televisión.

Falken iba reaccionando de diversas maneras a las distintas partes del relato de David, mordiendo su pipa como Sherlock Holmes, cambiando de posición en el sofá, asintiendo simplemente o dejando la mirada perdida en el espacio, como si estuviera a miles de kilómetros de aquel lugar.

—¡No quisieron escucharme! —concluyó David, su café yacía frío y olvidado

sobre la mesa de mármol que tenía frente a sí—. Y luego, cuando me enteré de que usted estaba con vida, no me dejaron hablar otra vez con Mc Kittrick. Así que ya ve, doctor Falken. Tenía que venir a hablar con usted, pues es el único que tiene posibilidades de convencerlos de que Joshua está intentando desencadenar la Tercera Guerra Mundial. No quieren creer que no son los rusos.

—Sí, claro, aunque esos brillantes ojillos tuyos, al parecer, se animaron mucho cuando vieron GUERRA TERMONUCLEAR en la lista de los juegos, ¿verdad?

Jennifer salió en defensa de David.

—No ha oído usted, ¿verdad? David... Nosotros pensábamos que era un juego.

—Y lo es, ¿no? —En sus ojos apareció un destello de alegría—. Me ha encantado saber que querías bombardear Las Vegas, querida. Un buen final bíblico para esa ciudad.

David intervino, con un tono de asombro en la voz.

—Pero, ¿es que no piensa llamar y explicarles lo que pretende hacer Joshua?

—Joshua está haciendo exactamente aquello para lo que fue construido, David.

Está haciendo lo que, sin duda, hará también alguna computadora soviética.

Stephen Falken levantó su delgado cuerpo del sofá y se acercó a la biblioteca llena de libros, donde dejó resbalar el dedo con gesto ausente por el lomo de varios volúmenes.

—Hijos, he aquí mi colección de libros sobre el más humano de los juegos: la guerra. Hace muchísimo tiempo que lo estamos jugando, ¿saben? Fue tu instinto lo que te provocó placer ante la idea de jugar a la Guerra Termonuclear Mundial de Joshua, querido David. No tienes por qué sentirte culpable. Todos nosotros somos bestias sedientas de sangre, hasta lo más hondo. Soñamos con juegos de guerra. ¡Oh, sí!, soñamos con ellos. —Falken tamborileó los dedos imitando una marcha militar y prosiguió—: Hasta este siglo, podíamos llevar a cabo nuestros pequeños juegos mortales y continuar dando pasos a ciegas en busca de la luz de la civilización. Pero luego nos topamos con la energía nuclear. ¿Y qué fue entonces lo primero que pensamos hacer con ella? Bombas, naturalmente. Así creamos la notable tecnología para transportar con precisión esas bombas a través de miles de kilómetros y la red de control de esa intrincada maquinaria para que funcionara como el cerebro de esa gigantesca tecnología. La computadora, queridos míos, no fue construida como resultado del urgente deseo de la humanidad de tener juegos electrónicos. La computadora es, en un sentido muy real, hija de la guerra y, como dice Wordsworth, el niño es el padre del hombre.

—¿Cómo? —dijo Jennifer.

—Y yo soy el padre de Joshua —prosiguió Falken—. Yo también tenía mi ilusión ciega. Un caballero, como el propio Einstein, que fue el primero en apuntar que el uranio y el plutonio podían desencadenar una explosión inmensa, partiendo simplemente de una fascinación casi enfermiza y una mente genial para las matemáticas. Quizá todo ello no sea sino un enorme deseo de muerte enterrado

profundamente en el inconsciente colectivo de todos nosotros.

—Lo único que tiene que hacer —dijo David—, es llamarlos.

Falken se llevó las manos a los bolsillos y dirigió a David una sonrisa triste.

—Escucha, hijo. Hace tiempo, mucho tiempo, vivió en la tierra una raza de animales que la dominó eras y eras.

Dio unos pasos y se aproximó a una colección de cintas de video, seleccionó una y la introdujo en un reproductor situado sobre una consola. En la pantalla empezaron a sucederse una colección de dinosaurios sacados de clásicos del cine, la televisión y los dibujos animados.

King Kong matando al tiranosaurio, la majestuosa obra de Stokowski en Fantasía, El mundo perdido y otros.

Falken pasó un rato observando y después se volvió a sus invitados.

—Corrían, nadaban y volaban y luchaban hasta que, repentinamente, desaparecieron, hace bastante poco en realidad. Por aquel entonces, nosotros no éramos ni siquiera simios, sino apenas roedores bastante cobardes escondidos entre las rocas. Y cuando nosotros desaparezcamos, la naturaleza volver a resurgir. Con las abejas quizá —se acercó de nuevo al sofá y se sentó, retomando la pipa—. Sabes, David, la naturaleza sabe lo que debe abandonar.

—¿Quiere usted decir que abandona? —musitó David—. ¿Por qué?

—Es gracioso —contestó Falken—. Todo se reducía a encontrar el medio de llevar a cabo una guerra nuclear sin destruirnos a nosotros mismos. Que las máquinas aprendieran de los errores que nosotros no podíamos permitirnos cometer. Pero nunca logré inculcarle a Joshua la lección más importante.

—¿Cuál? —preguntó David.

Falken le miró fijamente.

—Cuándo rendirse. Inculcarle que hay un momento en que uno debe dejar de intentarlo. Jennifer, ¿has jugado alguna vez al ta-te-ti? ¿Cuando eras pequeña?

—Claro —asintió Jennifer—. Como todo el mundo.

—Pero ya no juegas. ¿Por qué?

No sé. Es aburrido... nunca se acaba.

—Joshua estaba loco por los juegos —dijo Falken, mientras volvía a encender la pipa—, pero fue incapaz de aprender esa lección —añadió con un suspiro—. Y ahora Mc Kittrick tiene toda esa infraestructura de computadoras unido a Joshua. ¿Comprenden? Idealizamos demasiado nuestra tecnología. Mc Kittrick es un caso típico.

—Si lo cree así —le interrumpió David—, ¿por qué se marchó?

Falken aspiró de su pipa como si estuviera meditando, y contestó:

—Al principio, me refugié en la locura de una destrucción mutua segura. Un plan que garantizaba la devastación mutua y total de los bandos ruso y norteamericano. No habría victoria, no habría vencedor y por tanto no habría ninguna razón para una guerra. Sin embargo, luego los misiles se hicieron más precisos y se idearon unas

«intervenciones quirúrgicas» con bajas aceptables entre la población civil, que podrían rondar los diez millones de personas. —Su voz se hizo mordaz—. La ilusión llegó hasta el punto de creer que verdaderamente podía producirse una victoria... un vencedor. La guerra nuclear se hizo entonces verosímil, después posible, y ahora muy probable.

Comprendiendo que el tiempo tenía ya un límite, decidí abandonar la montaña mágica. Por razones de seguridad, me ofrecieron graciosamente la «muerte», y yo acepté.

Sumergido en sus pensamientos, Falken se volvió de nuevo al televisor. Una criatura de Ray Harryhause avanzaba por unos bosques antediluvianos.

—¿Sabían —dijo por último— que ningún animal terrestre con un peso superior a los veinticinco kilos sobrevivió a esa época?

—No —contestó David—, no me importa. ¡Llámelos!

Falken ignoró la petición del muchacho.

—En realidad no sabemos qué sucedió. Quizás un gran asteroide chocó con la Tierra, o fueron las radiaciones de alguna explosión. En cualquier caso, fue inevitable y los animales no pudieron hacer nada. Eso, al parecer, es parte del orden natural.

—Tonterías —contestó David, poniéndose de pie—. Si la Tierra vuela en pedazos no ser algo natural. Ser una estupidez.

—No hay que preocuparse —prosiguió Falken, en tono alegre—. Lo tenía previsto. Estamos a menos de cinco kilómetros de un objetivo principal. Un segundo de brillante luz y nos evaporaremos. Mucho más afortunados que los millones que vagarán a ciegas entre los rescoldos después de la guerra. Nos ahorraremos el horror de la supervivencia.

—¿Así que ni siquiera hará una llamada por teléfono? —intervino Jennifer—. Estoy segura de que si el verdadero Joshua estuviera vivo, no se negaría.

Falken pareció entristecido.

—Podríamos obtener algunos años de plazo —dijo—, quizás el tiempo suficiente para que tú tuvieras un hijo. Pero el suicidio cuidadosamente proyectado de la humanidad... —sonrió tristemente Falken—. Eso no puedo detenerlo.

David avanzó unos pasos y apagó el video.

—Nosotros no somos dinosaurios, doctor Falken. Nosotros poseemos libre albedrío. Escuche, admito que fui un estúpido, un estúpido de verdad, por insistir en jugar con su programa. He aprendido la lección, créame. Pero no me rendí, doctor Falken. No me quedé allí, sentado en esa montaña maldita, aunque nadie quería hacerme caso. ¿De verdad se cree usted mejor que Mc Kittrick? Ya ve, doctor Falken, también para mí el problema era la futilidad. Sentía que mi vida era inútil... y acudí a las computadoras para encontrarle un sentido... Pero me equivocaba... me equivocaba totalmente, y ahora me doy cuenta de ello. Y, maldita sea, estoy intentando hacer algo, en lugar de sentarme y sentirme superior.

Falken dejó la pipa en el cenicero y echó una mirada al reloj.

—Han perdido el último trasbordador —dijo con voz monótona.

—¡Esto no puede ser cierto! —exclamó David—. ¿Sabe que creo? Que la muerte no significa nada para usted porque ya está muerto. ¿Qué fue lo último que realmente le interesó?

Falken se levantó y se alejó unos pasos.

—Pueden dormir en el suelo, si quieren.

—Usted era un héroe para mí —gritó David con la voz temblorosa por la emoción—. ¡Pero ahora veo que es como los demás! Y escuche, Falken, escuche bien...

El doctor Falken se detuvo junto a la puerta, pero no se volvió.

—¡No somos programas de computadora, Falken! —le gritó enérgicamente David—. ¡Somos seres humanos!

Falken salió, y de pronto David Lightman sintió una desesperanza absoluta.

En el mapa translúcido, los submarinos soviéticos se habían acercado más a las costas este y oeste de los Estados Unidos. Seguía en pie la señal de DEFCON 2.

El puesto de mando en el Crystal Palace seguía con nerviosismo la información estratégica mientras el general Berringer hablaba con la Casa Blanca sobre la situación, por línea directa.

—Tenemos cuarenta y ocho submarinos nucleares acercándose a Estados Unidos en estos puntos —dijo—. Hay tropas soviéticas agrupadas en Alemania Oriental y estamos controlándolos, en estado de alerta. ¡Ah!, señor... creo que todo eso es muy drástico. Estamos ya al borde de la guerra... Sé que ha hablado usted con Andropov y él lo niega... No sé muy bien qué está sucediendo, señor Presidente... Sí, señor, le tendremos informado.

Al tiempo que colgaba el teléfono un ayudante le puso delante un télex que anunciaba: «Inteligencia informa de rumores sobre un nuevo bombardero soviético con capacidad de escapar al radar. Puede proyectar una imagen falsa al receptor del radar, a mil kilómetros del lugar donde se encuentra en realidad el aparato.»

—¡Señor! —dijo Berringer—. ¡Nos han tenido persiguiendo sombras!

Tomó asiento y se bebió media botella de agua mineral. ¿Qué era eso que Winston Churchill había dicho sobre los rusos? «Un acertijo envuelto en misterio, dentro de un enigma».

El año anterior, su hijo le había enseñado un artículo de la revista The New Yorker, de un tipo llamado George F. Kennan. Hablaba sobre los soviéticos, explicando que se sentían acorralados por los Estados Unidos y sus aliados.

«Prisioneros de muchas circunstancias», se denominaba el artículo.

«Prisioneros de su propio pasado y de la historia de su país; prisioneros de la anticuada ideología a la que les liga su extremo sentido de la ortodoxia; prisioneros del rígido sistema de poder que les ha otorgado su autoridad; prisioneros, también, de ciertas peculiaridades arraigadas en la clase dirigente de épocas anteriores.»

Kennan también había apuntado en el artículo que los rusos tenían «... Una mente

suspicaz en extremo, un temor a ser engañados o superados, un sentido exagerado del prestigio y una interpretación de las necesidades defensivas de Rusia tan extremo, tan exagerado y completo, que se convierte en una amenaza para la seguridad de las demás naciones.»

El artículo había provocado una auténtica pelea entre Berringer y su hijo, y el general deseó que aquel estúpido de hijo suyo estuviera allí en ese momento, junto con él, para que viera lo que sucedía.

Los atemorizados no eran sino unos bárbaros mentirosos y belicosos.

El general Berringer se sintió invadido por un escalofrío de excitación al advertir, de repente, que el final de todo aquello era inevitable, que la confrontación nuclear era su destino.

Y en el fondo de su corazón, dio gracias a Dios por estar del lado de la verdad y la justicia.

Por no hablar del modo de vida norteamericana.

Un leve soplo de viento agitó los árboles, moviendo las ramas y las hojas.

David trastabillaba en la oscuridad con Jennifer pegada a sus talones.

—¿No podemos ir más despacio? —preguntó ella—. —¿No podemos esperar a mañana?

La alfombra de Falken parecía muy cómoda.

La luna llena surgió tras una nube e iluminó el camino que bajaba la falda de la colina llena de árboles. En alguna parte, se oyó el ulular de un búho.

—¿Y no despertar nunca? —dijo David—. Nada de eso, no para mí. Voy a luchar. Tiene que haber algo más que pueda hacer.

—Estoy muy cansada, David. Quizá Falken tenga razón, quizá sea inútil.

El aroma de los pinos llenaba el aire, sin embargo, y estaba cargado de una vida que David no había vivido aún en plenitud, y que no se atrevía a negar a millones de personas más.

—Vamos —le dijo la muchacha—, encontraremos un bote en algún lado.

Sus ojos buscaron ansiosamente mientras se abría camino.

—Tiene que haber un bote.

Una ráfaga de viento les dio en el rostro. La marea subía y las crestas de las olas se reflejaban, blancas, a la luz de la luna repitiendo su eterno mantra al romper. David ignoró el frío mientras avanzaba por la orilla, escrutando desesperadamente el oscuro mar para ver si encontraba un bote.

Se detuvo, enfadado y frustrado, tras varios minutos de búsqueda.

—¿Qué clase de estúpidos viven en esta isla, que no tienen ni quisiera un bote? —gritó al cielo. Las estrellas parpadearon entre los desgarrones de las nubes, indiferentes y remotas.

Jennifer oteó las aguas.

—Quizá si nadásemos... ¿Qué distancia crees que hay?

—Tres o cuatro kilómetros, por lo menos. Quizá un poco más.

Los ojos de Jennifer brillaron repentinamente en la oscuridad.

—¿Qué opinas? ¡Vamos allá!

La muchacha se quitó los zapatos y se dirigió hacia el agua. David la aferró del suéter.

—Oye, Jennifer... Yo... —ella se volvió para mirarle—. Yo no sé nadar —admitió finalmente. Jennifer lo contempló, incrédula.

—¿Que no sabes nadar?

—¡No te creas por eso la Supermujer! —contestó David, a la defensiva.

—¿Qué clase de estúpidos crecen en Seattle que no saben ni siquiera nadar?

—Nunca se me había ocurrido aprender. Siempre parece que ha de haber tiempo para hacerlo y...

David se dio vuelta, con gesto agrio. ¡Todo iba mal! No era así como sucedían las cosas en las películas. Eran demasiadas las cosas que tenía en contra, pese a todos sus esfuerzos. ¿Es que no había hecho ya bastante? ¿Es que no había pagado el precio de su error?

Los sonidos de la noche le contestaban con murmullos incomprensibles. Notó una mano sobre su hombro: Jennifer.

—David, lo... lo siento —le dijo la muchacha, con suavidad.

—Jennifer, tú sabes que sólo era un juego... Yo no quería hacer... No quería hacerle daño a nadie —se dejó caer sobre una roca, abatido, llevándose las manos a la cara. Jennifer se sentó junto a él.

—Ya lo sé, David... Quiero decir que tú salvaste a Herman cuando todos los demás nos quedamos sentados, sin hacer nada.

—¡Salvador de conejillos de Indias y destructor del mundo!

—No digas eso. Actuaste, eso fue suficiente... Tú no construiste esa máquina, fue Falken. No fuiste tú quien llevó el mundo a lo que es. Son gente como Mc Kittrick, Reagan, Andropov y Hitler los que lo han hecho. Escucha, David, ¿qué querías decir con eso del círculo vicioso, cuando hablabas con Falken? —le preguntó la muchacha, mientras le acariciaba la espalda con suavidad—. Lo siento, pero no comprendo muy bien las computadoras.

David alzó los ojos hacia la otra orilla del canal, suavemente bañada por la luz de la luna.

—Bueno, un programa de computadoras es como... como una receta de cocina, ¿sabes?

—¿Quieres decir como un pastel de chocolate?

Jennifer pareció considerar aquello de lo más interesante.

—Sí, sólo que en matemáticas. Se llama un algoritmo.

—Creo que sé más sobre pasteles de chocolate...

—Muy bien, ahora supón que tienes una máquina que cocina y hace pasteles. Un robot... pero que sólo puede hacer lo que le digas que haga. Así que escribes las instrucciones en el orden adecuado: romper los huevos, añadir la leche y la harina,

mezclarlo todo... y entonces programas al cocinero mecánico para que haga el pastel. Bien, ahora supón que hay una parte de la receta en la que tienes que repetir un paso; las instrucciones de la receta indicarán al robot que vuelva a la fase número ocho de la receta, y realice de nuevo esos pasos. Pero si en ese momento no incluyes otra orden para que siga adelante hasta el final del proceso, el robot no hará sino repetir: romper los huevos, añadir la leche y la harina y mezclarlo todo... Una y otra vez, sin que nunca llegue a encender el horno y colocar la masa en él. Ese es el mejor ejemplo que se me ocurre ahora. Piensa en el pobre robot, en el montón de masa llenando la cocina... Eso es un círculo vicioso, Jennifer.

—Comprendo. Algo así como una neurosis —dijo.

—¿Cómo?

—Es como lo que me sucede a veces. Aunque estoy segura de haber cerrado bien la puerta de casa, en ocasiones regreso a comprobarlo un par de veces, porque sé que a veces me olvido. ¡Eso es un círculo vicioso de conducta!

—Bueno, no estoy demasiado seguro, pero...

—Lo que dijiste de Falken... Es como los demás. Están todos metidos en un círculo vicioso, como el robot cocinero.

—Sí, y como Joshua. Joshua está haciendo lo que se le ha ordenado, en un círculo vicioso sin fin. Joshua no sabe lo que significa la guerra y en lo que está involucrado —añadió el muchacho—. En cambio, yo sí.

—Entonces, lo que estás diciendo es que todo el mundo tiene esos círculos viciosos de conducta en su manera de ver las cosas, y que si aprendieran a dejar de añadir ingredientes, podrían seguir adelante y poner la masa en el horno.

—Sí, sobre todo si los ingredientes, al final, acaban por arrasarlo todo...

Permanecieron un instante en silencio, y después David añadió:

—Me gustaría no saber nada de todo esto. Me gustaría ser como todo el mundo.

Así, mañana, sencillamente... desaparecería —suspiró—. Así, mañana no habría tiempo de lamentarse, de sentir remordimientos ni nada parecido. —Volvió a mirar al otro lado de las aguas—. Pero, vaya, de verdad que me habría gustado aprender a nadar. Lo juro por Dios.

Jennifer reclinó la cabeza sobre el hombro del muchacho.

—La semana que viene... —empezó a decir—. La semana que viene iba a salir en televisión.

—¡Estás bromeando! —contestó David.

—En serio. Iba a salir en ese programa sobre ejercicios aeróbicos, con algunas otras chicas de la clase. Una estupidez, supongo. Quiero decir que no iba a haber nadie mirando.

—Yo sí —dijo David en tono sincero.

Jennifer sonrió y él la miró a los ojos, observando cómo se reflejaba en ellos la luna. Pensó que nunca más iba a ver algo tan hermoso. Una sensación cálida recorrió todo su cuerpo y de pronto se encontró completamente perdido en la belleza de la

muchacha.

—No quiero morir —se descubrió diciendo, y los labios de Jennifer se apretaron contra los suyos. David se dijo que no había habido en su vida nada más correcto. La frescura de Jennifer, su aroma, su suavidad, su respuesta al contacto, parecieron fluir en su interior, hasta adentrarlo en zonas de sí mismo y de su percepción que hasta entonces había ignorado.

Cuando se detuvieron para respirar brevemente, David dijo:

—Nunca había besado en serio a una chica, Jennifer.

Ella le respondió, no con palabras, sino con una sonrisa y se recostó en el piso. David se tendió junto a ella y de repente desaparecieron el mar y las estrellas. El cabello de Jennifer, su cuerpo y su cálida boca fueron el único elemento del universo.

Un universo que nada sabía de computadoras, programas, misiles o bombas, que sólo conocía el amor y la pasión.

Las estrellas volvieron a brillar. El mar recobró el sonido.

David Lightman sentía una paz y una claridad mental que nunca había conocido hasta ese momento mientras se apresuraba por la escarpada orilla, envuelto aún en el aroma y el contacto de Jennifer. La muchacha lo seguía a pocos pasos.

—¡Tiene que haber algo por aquí! —se repetía David.

—Agua, eso es lo que hay —contestó Jennifer.

David escaló un peñasco. La espuma de las olas lo salpicó. De repente, dio un grito:

—¡Oye, por allí! ¡Parece una barca!

La silueta de la proa de un bote se mecía junto a la orilla, atada con una cuerda a un poste hundido en tierra.

David bajó del peñasco de un salto y empezó a tirar de la cuerda para atraer la embarcación. Jennifer corrió a ayudarlo. Juntos, consiguieron acercar la pequeña barca a la orilla.

Estaban tan enfrascados en su trabajo que no oyeron el sonido del helicóptero a la distancia. Jennifer echó una ojeada a la barca.

—¡David, está llena de agua!

—¡Vaya, espero que no tenga ningún agujero! —contestó David, buscando una solución. Buscó entre los desperdicios situados en las proximidades. ¿Habría entre ellos algo que pudiera hacer de balde? Valía la pena intentarlo.

Mientras revolvía los restos de cuerda, redes y astillas, oyó el sonido del helicóptero pero no lo reconoció.

—¿Qué es eso?

—¿Qué es qué? —respondió Jennifer—. No oigo más que el rumor del viento.

David se encogió de hombros y volvió a su tarea, Jennifer se unió a él.

—Mira, quizá podamos utilizar esto. Ayúdame a tirar...

El sonido atronó sobre ellos por sobre las copas de los árboles. Un haz de luz hendió la oscuridad en meticulosa búsqueda.

Ambos muchachos quedaron inmóviles y cegados cuando el foco los iluminó y el helicóptero se abalanzó sobre ellos.

—¡Vamonos de aquí! —gritó David, asiendo a Jennifer del brazo y arrastrándola tras él. Trastabillaron por la playa llena de piedras y de astillas esparcidas por el suelo.

El helicóptero los persiguió como un insecto gigante enloquecido en mitad de la noche.

David tropezó y cayó en la arena húmeda, arrastrando con él a Jennifer. El aparato pasó por encima de sus cabezas, levantando una nube de arena.

David estaba tan furioso que casi se echó a llorar.

—¡Ese cerdo de Falken nos ha delatado!

El helicóptero dio la vuelta.

—¡Allí viene otra vez! —gritó Jennifer.

David se preguntó qué haría ahora el aparato, mientras se levantaba nuevamente. ¿Los ametrallaría?

Mientras ayudaba a Jennifer a ponerse en pie, el helicóptero se detuvo, inmóvil en el aire unos instantes. Después, reemprendió el avance, lento y amenazador hacia los muchachos.

—¡Eh! —gritó un voz desde la carlinga. Una luz en su interior iluminó el rostro del doctor Stephen Falken—. Veo que a los dos les encantan los juegos exóticos, ¿verdad? Bien, creo que ahora es nuestro turno.

David se volvió a Jennifer:

—¡Ha hecho la llamada!

Jennifer dio un salto de alegría, y los dos corrieron hacia el helicóptero, Falken los ayudó a subir.

—Tenía ganas de hacer un último vuelo antes de estirar la pata —dijo Falken con una sonrisa.

—¿Qué han dicho Mc Kittrick y los demás? —preguntó David.

—Bueno, se asombraron mucho de tener noticias mías, y les encantó la idea de tenerte a ti de vuelta, pero me parecieron terriblemente preocupados por otros asuntos. Intenté explicarles lo que estaba sucediendo, pero esos maravillosos tipos no quisieron creerme. Incluido Mc Kittrick, así que me temo que tendremos que hacerles una visita.

—¡De acuerdo! —asintió David, aferrándose a aquella esperanza y tomando a Jennifer de la mano. El helicóptero remontó vuelo hacia el Este.

Capítulo 10

Sargento Jim Travis

A una altura de treinta y cinco mil kilómetros, cual centinelas de la paz y de la guerra, penden los satélites de alarma de ataque con misiles de los Estados Unidos, pertenecientes al Programa de Apoyo de la Defensa (PAD). Sus órbitas son geosincrónicas, esto es, viajan en órbitas estacionarias sobre el Ecuador, manteniendo la misma posición, el mismo punto de observación, constantemente. Un satélite en el hemisferio oriental, sigue el rastro de los lanzamientos desde el territorio soviético y chino. Otros dos satélites, en el hemisferio occidental, detectan los lanzamientos de misiles balísticos lanzados desde submarinos en los océanos Atlántico y Pacífico. Estos juguetes tecnológicos escrutan sus zonas correspondientes cada diez segundos, en busca de reveladores aumentos de señales infrarrojas de los cohetes portadores de misiles. Las computadoras con base en tierra pueden así calcular la dirección general de vuelo de los misiles a partir de esa información.

Como respaldo de los satélites está el Sistema de Alarma Inmediata de Misiles Balísticos (SAIMB) con sus estaciones de radar en Inglaterra, Alaska y Groenlandia, que detecta los misiles balísticos que se aproximan y calcula sus puntos de caída. Las estaciones de radar en las costas Este y Oeste de los Estados Unidos, vigilan los misiles balísticos lanzados desde submarinos (MBS). Los satélites PAD avisan de un ataque de tierra veinticinco minutos antes de que éstos lleguen a su destino, y siete minutos antes en caso de ataque de MBS.

Un bocinazo resonó repentinamente en el tenso silencio de los técnicos en el Crystal Palace.

—«Se ha detectado un lanzamiento», dijo una voz incorpórea por el altavoz.

«¡Se ha detectado un lanzamiento!»

En una de las hileras de monitores apareció instantáneamente un mapa de la Unión Soviética, y de él surgieron multitud de indicaciones de lanzamiento de misiles, repartidos por todo el corazón de Rusia.

La sección de dirección de combate entró instantáneamente en una actividad frenética.

—SAIMB confirma ataque masivo —anunció una voz.

—Alarma de misiles —dijo otra—. No hay error.

—Índice de confiabilidad alto —intervino una tercera—. Repito, índice de confiabilidad alto.

—Negativo —añadió otra más—. No se trata de un simulacro, Cobra Dane.

John Mc Kittrick permaneció de pie en el puesto de mando, desvalido e impotente, mientras observaba cómo se desarrollaban los mortíferos acontecimientos.

Aunque eran las primeras horas de la mañana, en el Crystal Palace reinaba la mortecina luz habitual. Mc Kittrick había permanecido de pie la mayor parte de la noche junto a Berringer, trabajando en las máquinas. La desesperación se estaba convirtiendo poco a poco en pánico.

El general Berringer todavía daba órdenes con gran energía pese a la falta de descanso. Observaba el mapa de la Unión Soviética con ceñuda pero cínica aceptación cuando el capitán Newt se volvió respetuosamente hacia él para indicarle:

—General, el PAD advierte que trescientos MBT vienen hacia nosotros. Berringer lanzó a Mc Kittrick una mirada de más potencia que un misil.

—¡Dígame ahora que eso es uno de sus simulacros! —le gritó al experto en computadoras.

Mc Kittrick parpadeó, y después hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Me gustaría que así fuera, Jack, pero nadie está manipulando nada ahí abajo.

Berringer se volvió hacia el coronel Conley, que estaba sentado ante el control de comunicaciones.

—Será mejor que dé la alarma a los bombarderos y apreste a los submarinos.

Entramos en DEFCON 1. Ahora mismo.

Mc Kittrick alzó los ojos al tablero. Éste cambió a DEFCON 1 y, aunque su amante, Pat Healy, estaba muy próxima a él, Mc Kittrick no pensó en ella, ni tampoco en él mismo. Sus pensamientos volaron a sus hijos Randy y Allen, ambos aún en la escuela primaria, que en aquel mismo instante debían de estar levantándose de la cama para tomar a tiempo el autobús. Y también pensó en Elinor, que debía de estar preparando el desayuno. Lo asaltó un terrible escalofrío de remordimiento.

Intentó apelar a su profesionalidad para apartar el pavor, el dolor anticipado, la impotencia, pero no lo consiguió. Inexplicablemente, una imagen se fijó en su mente: estaba sentado en el salón, con sus hijos, viendo televisión. No era nada especial, sólo un mero recuerdo de un momento de tranquilidad, de calma felicidad, algo infrecuente en una vida tan cargada de insatisfacciones. La insatisfacción que sentía junto a su esposa que lo había arrojado en brazos de una mujer más joven, la insatisfacción con el sistema de computadoras que lo había impulsado a mejorarlo, sin ayuda de nadie, la insatisfacción con la vida misma que lo había llevado a buscar el poder mediante sus máquinas, y a construir un mundo en el que fuera el rey y el hechicero.

Y ahora, los misiles enemigos trazaban un arco hacia él, para aplastar su sueño, para privarle incluso de la menor satisfacción, para iniciar la reacción nuclear en cadena que destruiría todo.

John Mc Kittrick luchó por controlar su respiración. El deber, pensó. Tenía que concentrarse en su deber.

Se encaminó a la parte posterior de la terminal del PROB. El comandante Lem estaba a cargo ahora. Su cabeza calva brillaba a la luz mortecina, su rostro estaba perlado de gotas de sudor y el olor de su transpiración impregnaba la zona a su

alrededor. Las finas manos del comandante estaban firmemente cerradas mientras observaba la pantalla de la terminal.

—¿Qué tenemos ahí, comandante? —ladró Berringer con brusquedad.

—Un momento, señor. Acabo de consultar —contestó el comandante Lem, mirando resueltamente la pantalla. Mc Kittrick advirtió los restos de una taza de plástico rota junto a las ruedas de la silla del comandante—. Enseguida aparecerá, señor; en un momento.

El marcador de la pantalla trazó un reguero de letras blancas sobre el fondo verde. El comandante Lem las leyó, tratando de que el temblor que sentía en su interior no se reflejara en su voz:

—Perfil de ataque inicial: lanzamiento masivo de fuerzas soviéticas. Pérdidas previstas: ochenta y cinco a noventa y cinco por ciento de nuestras fuerzas estratégicas con base en tierra. Eso es todo.

El general Berringer cerró los ojos en un instante de mudo dolor. Después habló con voz seca:

—¿Qué recomienda el PROB, comandante?

En una pantalla más grande del tablero de Operaciones Bélicas, apareció un mapa de la Unión Soviética cubierto de señales.

Lem pulsó un botón y la pantalla de lecturas quedó limpia. Nuevas letras aparecieron inmediatamente.

—Ataque de represalias a escala total, señor, concentrado en objetivos estratégicos e industriales del enemigo —informó Lem.

—¿Y para eso necesito una máquina? —gruñó Berringer.

Mc Kittrick advirtió la presencia del coronel Conley en la mesa de comunicaciones.

—Señor —dijo el coronel al general Berringer—, el Presidente está en camino a la base Andrews para unirse al Mando Aerotransportado. Tenemos que darle una opción a decidir el lanzamiento.

Conley tenía los ojos dilatados y enrojecidos.

—¿Se ha vuelto a poner en contacto con el primer ministro ruso? —preguntó Berringer.

—Sí, señor —contestó Conley—. Los soviéticos siguen negando cualquier agresión.

Berringer miró a Mc Kittrick y, de repente, éste sintió una oleada de comprensión hacia el general. Allí estaba, en una posición de increíble responsabilidad —una posición de inmenso poder que le había costado décadas de servicio en las fuerzas armadas, de luchas y de ascensos en el escalafón—, en un momento de suprema importancia para la nación.

Y era evidente, por el aspecto de su rostro, que el general Berringer prefería estar en cualquier otro lugar. De repente, tenía la apariencia de un anciano.

—No hay detección de lanzamientos desde submarinos, por el momento. Sigue la

vigilancia.

Mc Kittrick siguió observando a Berringer mientras éste contemplaba desesperado en el gran tablero los misiles que se aproximaban a su país y los submarinos que se reunían junto a sus costas.

—Posición de lanzamiento —dijo al fin—. Cierren la montaña.

David Lightman se había mareado durante el incómodo vuelo en el avión de las Fuerzas Armadas desde Oregon, y ahora se sentía peor en el asiento trasero del *jeep* del Ejército que le llevaba a toda velocidad al monte Cheyenne. Iba sentado junto a Jennifer. Falken, de espléndido humor, iba junto al sargento Jim Travis, que conducía.

El viento sacudía el techo de tela del vehículo mientras éste avanzaba por la abrupta ruta. Ante ellos aparecían los picos coronados de nieve, escarpados y oscuros.

—¡Majestuoso! —exclamó Falken, exuberante—. Había olvidado las delicias de las Rocallosas. ¡Orgullosas, hermosas, y prácticamente inhabitables!

—Soy de Louisiana, señor —dijo Travis—, y comprendo a qué se refiere.

Jim Travis era un tipo delgado, de cabello muy corto, cuyos ojos chispeaban de entusiasmo mientras realizaba los cambios de marcha del *jeep*, cosa que hacía con excesiva frecuencia, al gusto de David.

—¿Cómo puede usted admirar el paisaje en un momento como éste? —intervino Jennifer mirando más allá de Travis, como si buscara su lugar de destino.

—Estoy acelerando a fondo, señorita —habló con voz lenta y arrastrada el conductor—. No puedo ir más rápido.

—Gracias a Dios que hace un día tan bueno —murmuró David.

—¡Oh, sí! —asintió Falken—. Casi puedo oír a nuestro querido Presidente finalizar su conversación con Andropov por línea caliente... «Que pase un buen día, señor Primer Ministro...»

Falken había estado así todo el viaje: brillante y animado, contando un chiste tras otro.

—Querido muchacho —le dijo a David—, ésta es solamente mi manera particular de expresar mi pánico, total e irracional.

Sin embargo, incluso aquello lo dijo con una sonrisa.

—¡Llegamos! —exclamó Jennifer, señalando el complejo de edificios y aparcamientos que se divisaba en la lejanía—. ¡Ahí está!

David miró por el parabrisas, por encima del hombro hundido de Falken. Al salir de una curva, el *jeep* se encontró con un camión de la Fuerza Aérea que se dirigía hacia ellos. El camión redujo la velocidad y se detuvo, bloqueando la carretera. David pudo ver los signos de actividad detrás del camión: vehículos en movimiento, soldados corriendo y peatones buscando refugio.

Un soldado con un gran bigote abrió la portezuela del camión y saltó al suelo, echando a correr hacia ellos mientras hacía frenéticos gestos con las manos.

—¡Vuélvanse! Todo el mundo debe dirigirse a la zona de refugio número cuatro —gritó.

Travis saltó del *jeep*.

—Estas personas tienen prioridad absoluta. Les llevo al mando central del NORAD.

—Imposible, sargento —dijo el soldado, con un gesto de negativa—. En el camino principal hay barricadas y van a cerrar herméticamente la montaña.

David había olvidado hacía rato su mareo. Observó que el soldado saltaba de nuevo a su vehículo y empezaba a dirigirse al refugio señalado. El sargento Travis retomó su lugar al volante del *jeep*.

—¡Parece que las cosas se han puesto feas! —exclamó Falken, con un asomo de temor en su voz por primera vez en todo el viaje.

—¿Cree usted... —prosiguió Jennifer—, cree usted que van a desencadenar la guerra?

—¿No podemos eludir las barricadas, o saltarlas? —dijo David, desesperado.

Una sonrisa de buen chico cruzó el rostro del sargento Travis.

—¡Naturalmente que podemos intentarlo! ¡No somos el Séptimo de Caballería, pero los del Séptimo no tenían tracción en las cuatro ruedas...!

Arrancó y dejó una estela de polvo al salir de la calzada y deslizarse por el escarpado terraplén.

Por una vez, Stephen Falken no encontró nada que decir. Se colocó el cinturón de seguridad con una mano y se aseguró en su asiento, con el rostro pálido.

Jennifer se aferró a David, para proteger su preciosa vida. David consiguió apoyar las rodillas y manos entre su cuerpo y el asiento delantero, agarrándose de modo que sólo diera pequeños saltos.

—¡Uuuuuuu! —aulló Travis, con los nudillos blancos apretados al volante—. Estos cacharros sí que avanzan cuando uno los exige.

El *jeep* pareció galopar por la pradera, arrasando hierba y flores silvestres, dando tales saltos que David no podía apreciar lo que tenían delante; sólo veía un mar de verdor, o una extensión de cielo azul. Pronto, sólo hubo una mancha borrosa verde azulada.

—¡Me estás ahogando, Jennifer! —protestó.

—Lo siento —contestó la muchacha, pero sin aflojar su aterrorizado abrazo hasta que el *jeep* pareció recobrar la horizontalidad.

De repente, el vehículo se inclinó en un ángulo inverosímil.

—¿Hemos despegado? —quiso saber Jennifer, con los ojos fuertemente cerrados.

—Todavía no —respondió David—. Pero parece que...

Ascendían ahora un pronunciado terraplén y el sargento Travis cambiaba de marchas como un loco, con una sonrisa de maníaco esculpida en su rostro.

David observaba por el parabrisas. Arriba se veía la cresta de la montaña.

Oyó un grito y, con gran sorpresa, advirtió que había salido de sus propios labios.

Dentro del Crystal Palace, el teniente Rick Haldeman colgó el teléfono y se volvió a su ayudante, el sargento Ed Rodrigues.

—Va en serio —dijo con voz grave el teniente.

—Jesús, espero que sea sólo una precaución —contestó el sargento, sacando la lista de comprobaciones y tendiéndosela al teniente. Éste se volvió para ponerse ante los monitores, cada uno de los cuales mostraba una perspectiva diferente de la zona que rodeaba la base, y sus carreteras de aproximación.

Movió las manos sobre un campo de botones e interruptores.

—Bueno, tanto si es real como si se trata de una precaución, el general ha dicho sellar la montaña Cheyenne, y eso es lo que vamos a hacer, sargento.

—De acuerdo.

—Poner en marcha.

El sargento Rodrigues pulsó con precisión los interruptores indicados y los botones debidos. Después comprobó los medidores.

—Generadores en marcha y funcionando.

—Desconectar energía externa.

Unos cuantos interruptores más, unos cuantos botones, una consulta a la pantalla de comprobación, una corrección, y la orden quedó cumplida.

—Energía externa desconectada.

—Cerrar orificios de ventilación.

—Orificios de ventilación cerrados —confirmó Rodrigues. Sus ojos parpadearon ante los monitores al captar un movimiento en uno de ellos, que mostraba la carretera de acceso exterior.

Algo aparecía por el otro lado del terraplén, acercándose rápidamente. ¡Era un jeep!

El vehículo saltó a la parte alta del terraplén, cayó sobre éste pesadamente y avanzó a toda velocidad hacia la verja.

—Señor, un vehículo trata de llegar a la entrada —dijo el sargento Rodrigues.

El teniente no miró siquiera la pantalla.

—Ya sabes las reglas. Ya hemos hecho prácticas al respecto con anterioridad, sargento. Prosiga con el procedimiento de sellado.

—Sí, señor —asintió Rodrigues, y continuó pulsando botones e interruptores tal como ordenaba el teniente.

El jeep cayó sobre la carretera, pesadamente, e hizo saltar a David de su posición por encima del asiento, al regazo de Stephen Falken.

El sargento Travis luchaba con el volante. El vehículo iba dando tumbos de un lado a otro de la carretera, pero al fin se enderezó.

—¡Iujuuu! —aulló Travis, dando más potencia al motor—. ¡Ahora sólo nos queda saltar la verja!

David levantó la cabeza, librándose del abrazo de la aterrorizada Jennifer.

Observó por el parabrisas una extensa valla frente a ellos.

Una valla cerrada.

Aguardó que el sargento Travis redujera la velocidad, pero el pie derecho del

sargento no mostró signo alguno de reducir la presión sobre el acelerador.

—¡Agáchense! —gritó Travis.

La valla se aproximó, se echó encima y luego pareció rodearles como si fuera una red, mientras el *jeep* crujía y avanzaba entre un rechinar de metal.

—¡Lo conseguimos! —gritó Travis. Sin embargo, apenas habían salido de sus labios estas palabras perdió el dominio del volante. El vehículo comenzó a derrapar de costado fuera de control. El terreno pareció dar vueltas en torno a la cabeza de David. Un instante después vio el *jeep* volcado de costado.

Jennifer había caído encima de él.

El techo de lona se había desgarrado. Falken y Travis habían rodado a apenas un metro de él e intentaban separarse el uno del otro. David se puso de pie y ayudó a Jennifer a levantarse. La muchacha parecía conmocionada, pero perfectamente consciente.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Sí, creo que sí —contestó ella.

—¿Y ustedes? —inquirió, volviéndose a Travis y Falken.

—¡Esto no le pasa a John Wayne! —dijo Travis, mortificado.

—Bueno, creo que el camino es aquél —dijo Falken, señalando la entrada del túnel—. Vamos, antes de que esos idiotas lo cierren.

Corrieron hacia la entrada.

—¡Aprisa! —gritó Jennifer, sacándoles ventaja a todos, mientras David y los demás resoplaban detrás—. Aquí hay una gran puerta... ¡y está empezando a cerrarse!

Stephen Falken abrió la boca como si estuviera pensando en soltar otro chiste pero, al parecer, decidió guardar energías para el último esfuerzo.

David alzó la vista y observó lo que Jennifer ya había visto: la gruesa puerta de seguridad al final del túnel, que parecía estar a kilómetros de distancia, empezaba a cerrarse.

—¡Tenemos treinta segundos! —aulló el sargento Travis.

David deseó de repente haber hecho más ejercicio.

Capítulo 11

Casco de Cobre

En noviembre de 1979, un técnico del NORAD colocó accidentalmente una cinta que no correspondía en las computadoras centrales.

Sin advertir que estaban observando un videojuego de guerra introducido en la computadora, los comandantes del NORAD observaron un presunto ataque nuclear clásico en las pantallas y monitores, con misiles soviéticos dirigidos directamente a las bases de bombarderos del Mando Aéreo Estratégico. Tan real pareció la alerta que el reactor de mando del Presidente despegó antes de que los generales se dieran cuenta de lo que sucedía.

En junio de 1980, un microchip defectuoso, de un valor de apenas cuarenta y seis centavos, creó una serie de ataques fantasma en los tableros.

El general Berringer estaba por aquel entonces a cargo del NORAD y se había asegurado, con la ayuda de John Mc Kittrick, de que hubiera multitud de sistemas de apoyo para detectar estas alarmas infundadas.

Todos esos sistemas estaban en consonancia con lo que mostraban los tableros: los Estados Unidos sufrían el ataque de los misiles soviéticos.

No había la menor duda al respecto.

Berringer contempló cómo su personal de combate preparaba el estado de acción que se avecinaba notificando a los diversos puestos de defensa civiles y militares repartidos por el mundo, por medio del teléfono y la radio.

El comandante Lem se volvió hacia Berringer desde su tablero de control.

—Todas las alas informan de que los misiles están preparados y dirigidos a sus objetivos. Aguardan los códigos de lanzamiento.

—Estamos en situación de disparo —se oyó la voz del coronel Conley por encima del altavoz.

Berringer se volvió al comandante Lem y le dijo:

—Hágalo.

Lem se inclinó sobre su terminal y empezó a marcar las instrucciones.

Jack Berringer había suprimido toda emoción para entonces. Era pura acción, pura adrenalina, puro deber.

Observó a su gente y sus máquinas trabajar en aquella mortífera simbiosis.

Observó en la pantalla las palabras previstas:

MISILES PREPARADOS Y EN SUS OBJETIVOS.

CAMBIOS ABIERTOS.

La noche anterior, cuando se había producido la llamada del doctor Stephen Falken, Patricia Healy estaba en el puesto de mando, en el momento del PROB, y

John Mc Kittrick estaba abajo, con las máquinas.

Había contestado el teléfono en lugar de Mc Kittrick.

—John, he oído que tienen un pequeño lío ahí dentro —había dicho la voz, con su acento británico.

—Lo siento, pero no soy el doctor Mc Kittrick, sino su ayudante, Patricia Healy —contestó ella en tono mesurado. Por fin podía hablar con el infame Falken—. Me temo que el doctor Mc Kittrick está ocupado con la computadora.

—Bueno, sólo quería hacerle una llamada de ultratumba. Hay muy pocas personas que saben que todavía estoy vivo y coleando. Como veo que no muestra sorpresa, supongo que usted es una de ellas —continuó la voz—. Bueno, ya que no puedo hablar con John, quizá pueda comunicarme con el general Zeppelin, o Berlitzer, o como quiera que se llame.

—Veré qué puedo hacer —contestó ella. Costó convencerlo, pero Pat consiguió por fin llevar al teléfono al fatigado general.

—¡Falken! —había gruñido el militar—. Creí que estaba muerto... No puedo hablar, estamos metidos en un lío... ¿Cómo?... Bueno, traiga aquí a ese pequeño monstruo —hubo una larga pausa—. Me parece muy difícil de creer.

Mc Kittrick asegura que no se trata de un simulacro, y lleva trabajando en esas máquinas mucho más tiempo que usted. —Nueva pausa—. Escuche, amigo, no me importa que usted haya creado el programa de Joshua. Ahora estamos enfrentados a los rusos así que, si me perdona, tengo que volver al trabajo.

El teléfono volvió a manos de Pat con brusquedad, y le tocó a ésta desembarazarse de Falken.

—¡Por Dios, qué tipo más idiota! —comentó Falken—. Bien, quizá pueda servirme de ayuda usted, Patricia. Creo que lo que están observando ustedes en sus tableros es un simple juego de guerra continuo. A Joshua siempre le ha encantado hacer de Napoleón y...

—Aguarde. Yo he visto las comprobaciones... Incluso hemos constatado en el CPU, Falken —dijo ella—. John... quiero decir el doctor Mc Kittrick, es la mente más brillante que trabaja actualmente en computadoras de defensa en todo el mundo, y no encuentra ninguna indicación de operaciones simuladas o fallas de las computadoras en todo el sistema.

—Oh, ese Mc Kittrick siempre ha sido un idiota —contestó Falken—. Escuche, ya veo que no lograré nada hablando con usted; por lo visto, tendré que ir a Colorado, así que haga el favor de informar a John de mi inminente llegada y tenga la amabilidad de preparar una autorización de entrada para mí y para un par de adolescentes muy insistentes. Sería una pena ir a la mejor ubicación para contemplar el fin del mundo y encontrarse sin entrada. Sea buena, por favor. Y ahora excúseme, tengo que pedir un pequeño favor a la Fuerza Aérea norteamericana.

Pat Healy se encontraba ahora junto a la enorme puerta de seguridad, a la espera de que Falken llegara.

Acababa de darse por los altavoces la orden de sellar el recinto. ¿Dónde estaba el tipo?

—¡Aprisa! —murmuró por lo bajo—. ¡Aprisa, maldito sea!

Durante la noche anterior, había dado muchas vueltas a la llamada de Falken.

Cuando se lo contó a Mc Kittrick, éste sólo suspiró.

—Me gustaría que tuviera razón, pero esta vez no hay indicaciones de que sea un simulacro, Pat, y lo sabes.

Los ojos oscuros de Mc Kittrick se habían hecho más finos al decirlo.

—¿No supondrás que también Falken se ha pasado a los rusos?

Mc Kittrick gruñó.

—No puedes negar que unos cuantos años pueden transformar a un hombre, ¿verdad?

Aquello había sido todo. Mc Kittrick se había negado a hablar una palabra más del tema.

¡Mierda! ¡A veces podía ser tan empecinado! Pat sintió ganas de gritar y de sacudirle la cabeza, pero estaba demasiado abatida. Si Falken tenía razón, podría demostrarlo. Pero primero tenía que llegar allí.

Así pues, allí estaba Patricia Healy, con su falda arrugada y el maquillaje corrido, oteando con esperanza el túnel de entrada del Crystal Palace. No había rastros de Falken, ni de nadie más. Por lo que Mc Kittrick le había contado de Falken, debería esperarse un ser casi mitológico. El hombre que se había encargado de la mayor parte del trabajo preliminar de la red de computadoras del NORAD, el arquitecto mayor en el panteón de John Mc Kittrick.

Una juguetona deidad, con la cabeza en las nubes del Olimpo, la mayor parte del tiempo, que ahora regresaba. ¿Para salvar al mundo? Era difícil de decir, pensaba Patricia Healy. Sin embargo, en aquel momento, la mujer se aferraría a cualquier esperanza.

Por lo que había oído de él, y por lo comprobado en sus investigaciones sobre el sistema de computadoras que Falken había diseñado, Pat estaba segura de que, si había alguna esperanza, ésta descansaba en Falken. Él había creado el PROB, ese programa tan avanzado que en ocasiones Patricia Healy casi consideraba la máquina inteligente.

John Mc Kittrick insistía en que alguien desde el exterior había intervenido el programa, creando los problemas, y que todo era parte de un plan ruso.

Aquel hombre orgulloso no admitía la posibilidad de que Falken tuviera razón en su hipótesis de que, de alguna manera, su programa (Joshua, o algo así) estuviera jugando a la Guerra Mundial como si fuera real.

Si había alguien capaz de convencer al general Jack Berringer de aquella posibilidad era el doctor Stephen Falken.

Pero, ¿dónde estaba?

Junto a la puerta había una pareja de guardias, cada uno de ellos con la apariencia

típica del soldado de combate.

La primera de las inmensas puertas de seguridad, de más de un metro de espesor y de más de veinticinco toneladas de peso, giratorias y enmarcadas por un revestimiento de hormigón, empezaba a cerrarse.

—Será mejor que nos preparemos para continuar, señora —dijo uno de los guardias, un muchacho esbelto, rubio y bien parecido, echando una nerviosa mirada a la segunda puerta de seguridad, a unos cincuenta metros de ellos, que sería la siguiente en cerrarse.

—Tenemos treinta segundos —contestó Pat Healy.

—Sí, claro —murmuró otro guardia—. ¡Un montón de tiempo!

Patricia volvió de nuevo la mirada al túnel, esperando contra toda esperanza que Falken y sus acompañantes consiguieran entrar. Lo más probable era que no sucediese así pero...

De pronto, cuatro figuras aparecieron corriendo hacia la puerta. Sus pasos resonaron en el túnel.

—¿Son los tipos que esperaba, señora? —preguntó el cabo.

—¡Ruegue a Dios que lo sean! —replicó Pat Healy.

—Señora, llevo un par de días completos rezando.

—Amén —añadió el otro guardia.

Los motores hidráulicos de la puerta de seguridad acompañaron con el susurro el paso de los segundos.

Al frente del grupo iba una jovencita que corría como una atleta, les llevaba metros de ventaja a sus compañeros. Detrás iba un sargento de la Fuerza Aérea; después venía un muchacho, David Lightman y, por último, un hombre ya mayor, alto, que daba grandes zancadas...

¡El doctor Stephen Falken!

—¡Van a conseguirlo! —dijo llena de alegría.

—¡Sí, con unos magníficos cinco segundos de sobra! —asintió el guardia, apartándose cuando Jennifer hizo su triunfal entrada a través del estrecho espacio dejado por la puerta que se cerraba. Los demás entraron detrás de ella, y poco le faltó a Falken para que la puerta lo atrapara.

—¡Están dentro, están dentro! —gritó Patricia Healy.

—Bueno, no podemos echarlos a patadas, eso es seguro —dijo el guardia—. Veamos, todavía queda la segunda puerta, amigos.

—¡Vaya! —resopló Falken—. Como en Carrozas de fuego, ¿no?

—Me llamo Patricia Healy —dijo la mujer mientras corría con el grupo hacia la siguiente puerta de seguridad, que ya empezaba a cerrarse—. Soy la ayudante del doctor Mc Kittrick. Supongo que usted es el doctor Falken.

—¡Sí, sí que lo es! —dijo David.

—Cielos, mi falsa identidad al descubierto —dijo Falken—. ¡Adiós, doctor Hume, que no doblen las campanas por ti!

David siguió a Patricia Healy a través de las puertas que llevaban al Crystal Palace. Sentía como si sus pulmones estuvieran ardiendo sin remedio.

Aquel lugar parecía un manicomio.

Pese a que la temperatura no había subido en realidad, David advirtió gotas de sudor en las frentes de los técnicos. Casi podía olerse el miedo entre los sonidos mecánicos y las voces humanas que zumbaban como electricidad estática. Ingenieros y técnicos se apresuraban de una plataforma a otra, mientras otros se inclinaban sobre sus consolas, con la tensión marcada en los rostros. Otros observaban simplemente el gran tablero, esforzándose por ocultar el horror que sentían.

Patricia Healy se separó de los demás y corrió al puesto de mando. Falken se detuvo, observó el puesto de mando y recorrió con los ojos el complejo del campo de batalla automatizado que había contribuido a crear.

David observó el tablero y notó la mano de Jennifer que se asía a su brazo con urgencia.

—¡Oh, Dios mío, David! ¡Mira eso!

El gran tablero brillaba, refulgente e irisado. Las luces parpadeantes de los misiles ICBM rusos se acercaban cada vez más.

David oyó una voz alejada que decía:

—El PAD todavía tiene en pantalla trescientos misiles ICBM acercándose; en breves momentos liberarán las cabezas nucleares, que cubren aproximadamente dos mil cuatrocientos puntos de impacto.

David se sintió como si estuviera en el corazón de una enorme computadora, en el mismo núcleo de una máquina. A pesar de hallarse junto al hombre que había hecho posible aquella operación, no sentía esa mezcla de temor y respeto ante su intelecto sino que, debido a las circunstancias, estaba poseído por un nerviosismo instintivo.

—Creo que hemos llegado, como se dice, justo a tiempo —murmuró Falken, que pareció aliviado.

Una voz airada rasgó las ensoñaciones de David.

—¡Stephen!

David se volvió, consciente de inmediato de la presencia física de John Mc Kittrick, que iba hacia ellos hecho una furia. Mc Kittrick tenía los ojos hundidos y estaba despeinado.

—Stephen —repitió Mc Kittrick—, no sé qué diablos crees que vas a hacer aquí...

Había una actitud defensiva tan obvia en las beligerantes palabras del hombre que daba toda la impresión de un alumno ya crecido, enfrentando a su maestro.

—¡John! —sonrió débilmente Falken, con las manos en los bolsillos de su abrigo gris—. Me alegro de verte.

Falken miró la parte superior de la camisa azul de Mc Kittrick.

—Veo que tu esposa sigue eligiéndote las corbatas.

Mc Kittrick enrojeció. Sus ojos se hicieron más pequeños cuando volvió la

mirada a David. «Si las miradas matasen...», pensó éste.

—Escucha —prosiguió Mc Kittrick—, no sé qué te habrá contado el chico pero...

—Es todo simulado, John —dijo Falken, haciendo un gesto vago en dirección al gran tablero, como si no fuera nada.

Mc Kittrick parpadeó.

—¡No es ningún simulacro, maldita sea! ¡Es totalmente cierto! —su rostro enrojeció aún más— todo está dispuesto para que el Presidente ordene el contragolpe, y nuestro consejo es que lo haga inmediatamente.

Stephen Falken movió la cabeza con un gesto de negativa, se alejó de Mc Kittrick con una mirada despreciativa y se dirigió a un punto de la planta inferior situado justo debajo del puesto de mando.

—¡Hola, ahí arriba! —gritó.

Al ver que no obtenía respuesta, Falken formó un improvisado megáfono con las manos y volvió a gritar:

—¡Dije hola, general Berringer! ¿Puede prestarme atención? Sólo preciso unos segundos de su tiempo.

El tono de barítono de Falken, absolutamente teatral, atrajo la atención del general, que se puso de pie y se acercó al borde de la plataforma.

—¡Falken! ¡Vaya, ha escogido un buen día para visitarnos...! —gruñó el general Berringer, en tono de bajo profundo.

—General, le ruego con toda seriedad que me escuche —contestó Falken, señalando el mapa de brillantes puntos rojos de luz que describía el inicio del Armagedón—. Lo que ve en esas pantallas no es más que una ficción. ¡Una alucinación debida a la computadora! Esos bips no son misiles reales, sino fantasmas.

Berringer contempló en silencio el grupo del piso inferior.

—Escucha, Jack —dijo Mc Kittrick—. ¡No tengo absolutamente ningún indicio de que se trate de un simulacro!

—¡Créame, maldita sea! —prosiguió Falken, perdiendo el dejo irónico—. Yo conozco mi programa... Todo concuerda, tiene sentido. Joshua fue preparado hasta el punto de ser capaz de eso.

—Dos minutos para el impacto —gritó un aviador al general.

Con la garganta seca, desesperado, David corrió al lado de Falken y se dirigió a Berringer:

—¡General, su sistema de computadoras está intentado engañarlo! Quiere que usted lance ese ataque porque no puede hacerlo por sus propios medios.

Jennifer se adelantó hasta David y le tomó, afectuosa, de la mano.

Berringer fue llamado aparte por uno de sus ayudantes, que lo llevó a un tablero de mandos.

—Mando Aerotransportado, señor.

Berringer tomó el teléfono que le ofrecían, pero no respondió. En su lugar, dirigió una mirada de interrogación a Mc Kittrick, como si pensara: «¿Puede ser cierto?».

—Como ya le he dicho, Jack —dijo Mc Kittrick al general—, lo hemos comprobado y vuelto a comprobar todo, ¡y nuestras computadoras están funcionando a la perfección!

Falken se colocó en una posición que sobresalía claramente por encima de su ex ayudante.

—¡Pero, general, piense! ¿Qué sentido tiene?

Berringer estaba manifiestamente perplejo.

—¿Qué es lo que ha de tener sentido?

Falken señaló con el índice el tablero principal.

—¡Eso, por el amor de Dios! General, ¿está usted en condiciones de destruir al enemigo?

Berringer se enderezó, como si saludara a una invisible bandera norteamericana.

—Sí, plenamente.

—¿Cree que ellos lo saben? —continuó Falken. Berringer emitió una carcajada de sarcasmo.

—Creo que lo hemos hecho tan claramente como pudimos.

—No dispare ninguno de sus misiles a punto de lanzamiento hasta que tenga la seguridad de que los rusos han disparado los suyos. Dígale al Presidente que se compruebe el inicio del ataque... y luego, si es real, ¡Dios mío, puede bombardear a los rusos!

—¡Noventa segundos! —informó una voz.

—¡Señor! —apremió al general Berringer otra voz—. Su decisión.

Falken prosiguió, en tono enérgico y convincente.

—General, ¿de verdad cree usted que el enemigo atacaría sin provocación, con tantos misiles, bombarderos y submarinos que no nos dejaran otra posibilidad que la aniquilación total? ¡General, está usted haciendo caso a una máquina!

¡No se comporte también usted como una de ellas!

El general Berringer contempló el enjambre de misiles que avanzaba hacia sus objetivos en el tablero. En su cansado rostro se dibujaron las dudas que lo corroían. Miró a Stephen Falken y luego sus ojos se fijaron en David.

El muchacho tuvo el impulso de caer de rodillas y suplicarle, pero en cambio se estrechó fuertemente a Jennifer y sostuvo la mirada del general durante un intenso y suplicante momento.

Berringer desvió la mirada. Alzó el teléfono y contestó.

—Sí, señor Presidente —dijo, y se produjo el instante más largo que David había experimentado en toda su vida mientras el Presidente hablaba con el general al otro lado de la línea.

—Señor —dijo el general, volviendo los ojos hacia Falken—, en el momento actual no puedo confirmar positivamente la agresión. Existen razones para creer que puede no existir.

Mientras Berringer pronunciaba estas palabras al Presidente, David suspiró.

No se había dado cuenta de que había contenido la respiración mientras enfrentaba al general. Jennifer escondió el rostro contra su pecho y aflojó su brazo.

—Sí, señor —prosiguió Berringer—. Eso es afirmativo. Sí, señor, también yo —dijo en tono sombrío antes de devolverle el teléfono al coronel Conley.

Respiró hondo y suspiró:

—¿Cuál es el primer misil, y cuánto tiempo falta?

El comandante Lem contestó desde la consola del PROB:

—Puntos iniciales de impacto: Base de la Fuerza Aérea de Loring, en Maine; Escuadrilla 39 de Bombarderos en Grand Forks, Dakota del Norte; cuartel general de Mando Aéreo de Alaska, en Elmendorf. Impactos previstos en menos de un minuto.

—Comuníqueme con el jefe de cada una de las estaciones —ordenó Berringer—. Quiero hablar con ellos yo mismo.

El general sabía que aquello era correr un albur, pero si era lo único en que podía confiarse cuando un inmenso y negro abismo se abría bajo sus pies, se aferraría a ello con todas sus fuerzas.

La silla del coronel Conley rechinó el retomar la posición operativa. El coronel tecleó los números de los tres puestos de mando en el marcador de la consola. Un zumbido de alerta empezó a sonar mientras tres luces rojas parpadeaban.

—A todas las estaciones —dijo el coronel por el teléfono—, aquí Crystal Palace, queden a la espera de un mensaje de Casco de Cobre.

El general Berringer levantó el aparato y aguardó la confirmación de que estaba en comunicación con las bases aéreas más próximas al presunto ataque masivo de los misiles soviéticos.

La primera voz surgió de inmediato. El coronel Conley había conectado el sistema de altavoces para que todos pudieran oír.

—Base de la Fuerza Aérea de Elmendorf. Operaciones, teniente coronel Bowers —dijo la voz.

Otra voz surgió casi enseguida:

—Escuadrilla 39 de Bombarderos. Operaciones, coronel Chase.

La última voz en llegar tenía un tono adolescente, tembloroso.

—Hum... Aquí la base de la Fuerza Aérea de Loring.

Esto... el controlador jefe no está en este momento.

—Está bien —dijo Berringer, sonriendo a su propio pesar—. ¿Quién es usted?

—Aquí el soldado Dougherty, señor.

—Soy el general Berringer, del NORAD. La situación actual... —se aclaró la voz y volvió a empezar—. Estamos siguiendo aproximadamente dos mil cuatrocientas cabezas nucleares soviéticas en dirección a nosotros... Sin embargo, en el momento actual, no podemos confirmar el dato. Repito, no podemos confirmar el dato. Calculamos el impacto en...

Dirigió de inmediato la vista al soldado Fields, encargado de controlar el tiempo, quien se lo indicó inmediatamente:

—Veinticinco segundos, señor.

Al otro lado de la línea, el soldado Kenneth Dougherty advirtió de repente que le corría por las piernas algo húmedo.

Miró hacia abajo con horror y vio que acababa de mojarse los pantalones.

El teniente coronel Bowers, en Grand Forks, se imaginó que se trataba de una prueba y permaneció perfectamente sereno y frío.

El coronel Chase, en cambio, creyó en las palabras de su superior y oró en silencio a su Creador.

—Estamos ahí con ustedes —dijo la voz del general Berringer por las tres líneas—. Hemos tomado todas las medidas a nuestro alcance. Prepárense para lanzar los misiles a mi orden.

El soldado Dougherty advirtió que estaba lloriqueando.

—Continúen en contacto mientras les sea posible. Estaremos a la escucha.

«Y Dios les ayude», pensó el general mientras un mortífero silencio se hacía sobre el centro de operaciones de combate.

La tenue esperanza de que Falken tuviera razón hacía la situación todavía más infernal. Un hombre resignado a lo peor se preparaba para ello; pero si a ese mismo hombre condenado se le da una esperanza puede volverse loco.

El soldado Fields interrumpió el silencio para iniciar, sin que nadie se lo ordenara, la cuenta regresiva.

—Seis segundos, señor —dijo el muchacho, esforzándose para mantener la voz neutra—. Cinco...

Todos los rostros se volvieron ansiosos hacia el tablero central.

—Cuatro...

Arriba, en el tablero, los arcos de las primeras cabezas atómicas se aproximaban a sus objetivos, justo a punto de caer sobre las estaciones de Loring, Grand Forks y Elmerdorf.

Tres...

El general Berringer miró a David Lightman y a Stephen Falken. «Una extraña pareja», pensó.

—Espero que tenga usted razón —dijo, casi para sí.

—Dos... Uno...

Las luces alcanzaron sus objetivos. Una rociada de diodos de colores fue la representación simbólica de las explosiones.

—Cero —dijo el soldado Fields.

El general Berringer hizo una mueca. Aguardó un instante y luego, con la cara pálida, hizo un gesto de cabeza al coronel Conley.

—Aquí Crystal Palace —dijo el coronel por el micrófono—. ¿Sigue alguien ahí?

Repito, ¿sigue alguien ahí? Crystal Palace llamando. ¡Adelante!

Los altavoces permanecieron en silencio.

La voz del coronel Conley insistió.

—Aquí Crystal Palace, ¿siguen ustedes ahí? ¡Adelante, por el amor de Dios!

Los altavoces recogieron un estallido de electricidad estática, seguida de una voz.

—Sí —se oyó la voz del teniente coronel Bowers—. Afirmativo, señor.

—Sí, aquí estamos —se añadió la voz temblorosa del soldado Dougherty—. ¡Señor Jesucristo, seguimos aquí!

Todos los ojos se volvieron al gran tablero, donde los diodos estallaban desordenadamente con silenciosas explosiones. Parecía, pensó David, un gigantesco videojuego que se hubiera vuelto loco.

El coronel Conley sacudió la cabeza.

—¡Los tableros confirman el impacto!

—No, señor, no hay impacto —informó el coronel Chase—. Estamos vivos y en perfecto estado.

El general Berringer, visiblemente aliviado, se golpeó la palma de mano con el puño.

—Hagan regresar a los bombarderos y procedan a desconectar la alarma máxima de los misiles.

—¡Oh, David, tú tenías razón! —dijo Jennifer, echándole los brazos al cuello otra vez, mientras saltaba de alegría. David notó cómo se relajaba la tensión en el centro de operaciones. Todos los técnicos lanzaron un estridente grito de júbilo.

David miró a su alrededor para felicitar a Falken, pero éste había desaparecido.

John Mc Kittrick todavía miraba el tablero. Mostraba un evidente alivio, pero aún así seguía preocupado. Seguramente un montón de preguntas para las que no tenía respuesta se agolpaban en su cabeza.

—¿Me cree ahora? —le dijo David—. Yo no quería hacerlo... y no estaba confabulado con nadie más.

—Necesito... —repuso Mc Kittrick—. Necesito hablar con Falken. Ese Joshua... Podría ser muy peligroso... incluso ahora.

—¿Dónde se ha ido el doctor? —preguntó Jennifer.

Mc Kittrick hizo un gesto.

El doctor Stephen Falken estaba deambulando por la parte frontal de la sala, bajo los enormes aparatos electrónicos que se alzaban ante él. Parecía ajeno a la atmósfera de fiesta. A ratos miraba el mapa gigante que se llenaba una y otra vez con su simbólica lluvia de explosiones nucleares.

—Vamos —dijo David, asiendo a Jennifer de la mano y apresurando el paso hacia el genio de las computadoras—. Falken... Stephen... ¡Lo conseguimos!

—¿De veras? —contestó Falken—. No estoy tan seguro...

—¿A qué se refiere? —intervino Jennifer.

Evidentemente preocupado, Stephen Falken movió la cabeza.

—A Joshua no va a gustarle esto. Ya es viejo... pero sigue siendo un niño, ¿comprenden? Sólo un niño que desea que las cosas se hagan a su manera.

En el puesto de mando, el general Berringer y sus ayudantes se congratulaban

mutuamente con regocijo mientras el coronel Conley ordenaba la retirada a las fuerzas de bombarderos y submarinos.

El comandante Lem sonrió mientras tecleaba las instrucciones en la consola del PROB.

La sonrisa se le borró al instante mientras intentaba acceder a la computadora.

«¿Qué diablos sucede?», pensó alarmado.

Se volvió hacia el coronel Conley.

—¿Puede comunicarse inmediatamente con el doctor Mc Kittrick?

John Mc Kittrick se acercó a Falken. Había algunas cosas que debía discutir.

Muchas cosas, en realidad, se dijo mientras avanzaba entre el estrépito de la celebración.

Falken alzó la vista y vio acercarse a Mc Kittrick.

—Vaya, vaya —dijo—. Desaparezcamos antes de que nos ofrezca algo de comer.

Cuando ya estaba a punto de alcanzar al grupo, un técnico dio un tirón del brazo de Mc Kittrick y le hizo desviarse hacia una consola, sosteniendo en la mano unos auriculares.

—Doctor Mc Kittrick —dijo el hombre—, el comandante Lem quiere hablarle.

Mc Kittrick se colocó los auriculares.

—Aquí Mc Kittrick, ¿qué sucede, comandante?

—Señor —contestó la voz del comandante Lem—, está pasando algo muy extraño.

El PROB se niega a dejarme introducir nuevas órdenes en la computadora. No puedo desactivar los misiles ni hacer volver a los bombarderos.

«Me lo temía», pensó Mc Kittrick. Alzó la vista y localizó a Falken.

—Aguarde —le dijo a Lem.

Se sentó rápidamente en una terminal vacía y marcó la clave de entrada.

MARQUE, contestó la pantalla del monitor.

Mc Kittrick marcó:

7K0201

Mc Kittrick

El monitor respondió de inmediato:

IDENTIFICACIÓN NO RECONOCIDA
HA SIDO USTED DESCONECTADO

Inmediatamente, John Mc Kittrick saltó del asiento y llamó a gritos a Falken.

—¡Stephen, Stephen! ¡El PROB se niega a dejarnos marcar nada!

Falken se apresuró hacia la terminal. David y Jennifer le siguieron.

Mc Kittrick llamó por teléfono al centro de computadoras. Contestó Richter.

—Paul —le dijo Mc Kittrick—, no puedo introducir nuevas órdenes en el PROB.

—Lo sé —replicó Richter, con un tono frenético en la voz—. ¡Es extraño! Nadie

puede introducir nada en la computadora. Lo estamos intentando todo. ¡Es como si se hubiera borrado toda la lista de claves personales de acceso a la máquina!

Mientras Stephen Falken corría a la consola ante la que estaba sentado John Mc Kittrick, algo que apareció en otra pantalla atrajo la atención de David.

En la pantalla inferior apareció una serie de diez cifras y letras que cambiaban tan rápidamente que las cifras se hicieron borrosas.

—¡Hey! —gritó, señalando el tablero—. ¿Qué es eso?

Mc Kittrick dedicó una irritada mirada a David pero, al ver las cifras y letras, su expresión cambió instantáneamente, pasando al puro pánico.

—¡Jesús! —exclamó—. ¡Los códigos de lanzamiento!

Jennifer observó los cambiantes números y volvió la vista a Mc Kittrick.

—¿Qué son?

Falken apretó los labios mientras contemplaba la pantalla del monitor.

—Parece que Joshua se dispone a lanzar los misiles de verdad —dijo, sin el menor asomo de humor en sus palabras.

Capítulo 12

TA-TE-TI

Mientras Paul Richter dirigía a un equipo de técnicos por el centro de computadoras del NORAD, abriendo unidades de proceso de datos, comprobando circuitos, buscando frenéticamente claves electrónicas para probarlas y detener el programa de la computadora del PROB, ésta enviaba sus instrucciones a las nueve bases de misiles MBT localizadas en el continente norteamericano.

En los silos de lanzamiento de misiles Minuteman de Montana, Utah, Dakota del Norte y del Sur, Kansas, Missouri y Mississippi, idénticas órdenes se reflejaban en la pantalla de la consola de las computadoras que controlaban los misiles:

MISILES EN POSICIÓN
SELECCIÓN DE OBJETIVOS COMPLETA
CÁLCULO DE TIEMPO PARA LA SECUENCIA DE OBJETIVOS
TERMINADO
SELECCIÓN DE RESULTADOS COMPLETA
CAMBIOS ABIERTOS

Lo único que se necesitaba ahora para lanzar los misiles, ocultos en sus silos, era el código de lanzamiento.

De repente, en la parte inferior de las pantallas de las computadoras de todas las cápsulas de lanzamiento de misiles de los Estados Unidos, apareció una serie de diez claros caracteres —tres letras, cuatro cifras y tres letras— cambiando rápidamente al parecer sin ningún orden.

Sin embargo, no había nadie en el interior de las cápsulas.

Y todo funcionaba ahora de modo completamente automático.

David Lightman oyó la voz de Richter por el intercomunicador.

—Hemos comprobado los generadores de números al azar, pero ni siquiera están en funcionamiento. No tengo idea de... Podría venir de cualquier parte.

—Siga revisando, Paul.

Nuevamente en el puesto de mando, John Mc Kittrick observó el numeroso personal militar especializado que lo rodeaba.

—La máquina nos ha cerrado el acceso a ella, y sigue intentando lanzar esos misiles —dijo.

Pat Healy estaba ocupada con una calculadora manual.

—Hay un ochenta por ciento de probabilidades de que la máquina encuentre los códigos correctos en unos seis minutos.

Berringer pareció sorprenderse.

—¡Pues desconecten esa maldita máquina, por Dios!, exclamó exasperado.

«Lástima que Jim Sting no está aquí, pensó David. Él sabría qué hacer.»

Mc Kittrick movió la cabeza en señal de negativa, desesperada.

No se puede. Las cápsulas de mando interpretarían cualquier desconexión como señal de que estas instalaciones fueron destruidas en un ataque. En tal caso, las computadoras de los silos llevarían a cabo la última instrucción recibida: la de lanzamiento.

—Mc Kittrick, después de cuidadosas deliberaciones estoy dispuesto a afirmar que su nuevo sistema de defensa es una mierda —masculló Berringer.

David observó a Mc Kittrick, que perdió la poca sangre fría que le quedaba.

—No tengo por qué tolerar eso... ¡Cerdo hijo de perra!

—¡Ni siquiera es capaz de insultar con originalidad! —comentó Berringer, sonriendo con obtusa satisfacción—. ¡Idiota!

El coronel Conley llamó al general.

—Señor, es el Presidente.

El general Berringer suspiró y se encaminó al teléfono rojo.

—¿Qué va a decirle? —preguntó resignadamente Mc Kittrick, pasado ya el ataque de furia.

Berringer le contestó con voz abatida:

—Que ordene a los bombarderos regresar a sus bases. Quizá tengamos suerte y salgamos de ésta, después de todo.

Todo su rostro pareció hundirse mientras aceptaba el teléfono y empezaba a hablar.

Falken se volvió hacia David y Jennifer y comenzó a hablar pensativamente.

—Una vez, hace tiempo, visité una base de Minuteman. Incluso me enseñaron uno de los misiles. Tres fases, dos metros de grosor, cuarenta mil kilos de peso.

Noventa megatones. Sí, me dieron todos los datos estadísticos. El que yo vi podía llevar su regalito a los rusos a más de nueve mil kilómetros de distancia, a una velocidad de veintidós mil kilómetros por hora. —Levantó la mano en el aire, como si examinara de nuevo el misil en su imaginación—. Sin embargo, ¿saben ustedes qué es lo que recuerdo más vívidamente? Una frase garabateada por alguien en el fuselaje del Minuteman. Decía: «Ve y dásela a alguien».

Falken sonrió tristemente y puso una mano sobre el hombro de David.

—Hemos hecho todo lo posible.

Mc Kittrick transpiraba junto a la consola. Alzó los ojos hacia Falken.

—Stephen... ¡quizá tú puedas lograrlo! ¡Inténtalo otra vez, por favor!

—John, si pudiera lo haría —contestó Falken, levantando sus manos de dedos largos y delicados, en gesto de impotencia—. Pero tú has borrado también mi clave de entrada. Joshua ya no conoce a su padre.

—Quizás se abra con algo que le interese —dijo David, casi sin pensar.

—¿Como qué? —dijo Mc Kittrick.

—Le gustan los juegos —dijo David con energía—. Quizá quiera jugar a algo. Falken se encogió de hombros y sonrió cuando David se volvió hacia él.

—Una buena idea, inténtalo.

—¡Por el amor de Dios, Stephen...! —protestó Mc Kittrick.

—¡Déjelo! —dijo Jennifer—. Ya ha jugado antes con Joshua. Lo conocemos. Falken asintió.

—Después de todo, difícilmente podrá hacerlo peor que tú, John.

David apenas se fijó en la reacción de Mc Kittrick ante el insulto. Estaba demasiado ocupado concentrándose.

«Bueno», se dijo. Él mismo se había metido en el lío. Ahora, tenía que encontrar algo.

A veces, cuando le interesaba de veras diseñar un programa o encontrar la clave de otro, era como si se trasladara a un universo diferente. El tiempo pasaba muy rápidamente. Cuando «despertaba», se topaba con algo nuevo, algo que antes no se sabía capaz de realizar.

Un puñado de programadores de sistemas se arremolinó en torno al comandante Lem en la terminal, soltando una sugerencia tras otra. ¡Esto parece la torre de Babel!, pensó Jennifer.

—... ¿Y si le colamos un gusano? —dijo un tipo corpulento.

—No, es demasiado arriesgado —contestó otro—. Podría estropear todo el sistema.

—¿Cómo pudo introducirse el muchacho en la computadora? —quiso saber alguien.

—Por la entrada de atrás.

—Pues ya no existe.

—... Mierda. ¿Podríamos invadir los circuitos de lógica profunda?

—Seguimos chocando con un muro de fuego.

David pensaba de prisa mientras observaba al comandante Lem intentar la clave de la puerta trasera.

JOSHUA5

El monitor contestó inmediatamente.

IDENTIFICACIÓN NO RECONOCIDA.
HA SIDO USTED DESCONECTADO.

—Vamos, hijo —dijo Falken, dándole un golpecito en el hombro a David—. Inténtalo.

—Puedes hacerlo, David —lo animó Jennifer—. ¡Sé que puedes!

—Muchacho, si lo logras ya tienes un empleo —añadió Mc Kittrick.

David se abrió paso entre la muchedumbre y se inclinó sobre el comandante Lem.

—Hágale presentar una lista de juegos —dijo.

El comandante Lem se volvió y observó a David, sorprendido. Después miró a Mc Kittrick con expresión confundida. Mc Kittrick asintió.

—Inténtelo, Bill.

—No, él no —interrumpió Jennifer—. Tienes que hacerlo tú, David.

—Supongo que ya debes de conocer todo esto tan bien como yo, muchacho —murmuró el comandante Lem, levantándose y cediendo su asiento a David.

El muchacho se sentó, inspiró profundamente y musitó una breve oración para sí.

Marcó en la computadora una palabra: JUEGOS.

—Colócala en la pantalla central, Bill —dijo el general Berringer—. Así podremos verlo todos.

El comandante se inclinó sobre un tablero de control y conectó varios interruptores.

En la enorme pantalla central del gran tablero apareció la palabra JUEGOS.

David pulsó el botón de «retorno».

Inmediatamente, la computadora reaccionó del mismo modo en que lo había hecho la primera vez que David se conectó con ella a través del modem.

LABERINTO DE FALKEN

BLACKJACK

AJEDREZ

COMBATE DE CAZAS

GUERRA EN EL DESIERTO

GUERRA TÁCTICA EN TEATRO DE OPERACIONES

GUERRA TERMONUCLEAR GLOBAL

David marcó: AJEDREZ.

Joshua había querido jugar al ajedrez la primera vez. Quizá todavía seguía interesado en una partida.

El monitor contestó: IDENTIFICACION NO RECONOCIDA.

POQUER, escribió David.

Quizás estaba de humor para esas cosas. Aunque, desde luego los últimos días ya había abusado.

Sin embargo, el monitor contestó nuevamente: IDENTIFICACIÓN NO RECONOCIDA.

—¡Mierda! —exclamó—. El sistema de seguridad no dejar pasar nada.

—Intenta Guerra Termonuclear Global —sugirió Jennifer.

—Muy bien —dijo David.

Marcó GUERRA TERMONUCLEAR GLOBAL, a lo cual el monitor respondió: RUTINA DE JUEGO EN MARCHA.

DETENER RUTINA DE JUEGO, ordenó David.

Hubo una pausa. Las uñas de Jennifer estaban clavadas en el hombro de David, pero éste apenas se daba cuenta de ello.

Pareció transcurrir una eternidad.

Después, el monitor señaló:

INSTRUCCIÓN INADECUADA.

LA RUTINA DEBE SER COMPLETADA ANTES DE REUTILIZACIÓN.

HA SIDO USTED DESCONECTADO.

La pantalla quedó en blanco.

David sintió ganas de echarse a llorar. Los programadores intentaban abrirse paso, dispuestos a probar nuevas ideas. David fijó la mirada más allá de la barandilla del balcón, y observó la furiosa actividad del piso inferior.

Miró a Falken y a la pantalla, donde los códigos de lanzamiento corrían a toda velocidad en el gran tablero.

Parecía todo tan frustrante...

Tan inútil... Tan lleno de inutilidad...

—¡Inútil! —gritó.

—¿Qué? —dijo el general Berringer.

—¡Inútil! —gritó aún más alto David.

—Bueno, muchacho, si es inútil, más vale que salgas de ahí y dejes sitio a alguien más —contestó el general.

No, no. Usted no entiende. Usted lo dijo, doctor Falken. ¡En la isla!

Se volvió rápidamente a la terminal del PROB y volvió a solicitar la lista de juegos.

—¡Eso también ya lo hemos intentado —objetó Lem.

—No está en esa lista, Falken. ¿Por qué no está en la lista? —preguntó David mientras la lista de juegos aparecía en la gran pantalla.

—¿Cómo?

David marcó en el teclado TA-TE-TI, y lo introdujo.

No sucedió nada.

—Si no está en la lista, tampoco estará en la computadora, seguramente —dijo Mc Kittrick.

Por un instante, no sucedió nada. Después, el monitor indicó:

NO EXISTE TAL PROGRAMA.

—¡Usted dijo que jugaba a eso con su hijo, el verdadero

Joshua! —dijo David, desesperadamente—. ¿Dónde está?

—¡Oh sí, Dios mío!... Quiero decir que tienes razón, David, me había olvidado absolutamente de ese programa. Era muy sencillo... Bueno, en realidad era sencillísimo.

Se inclinó David sobre el teclado y marcó una nueva palabra:

PASATIEMPOS

... y la introdujo pulsando el botón de «entrar».

—Estaba bajo una clave distinta, querido —murmuró Falken.

El monitor mostró al instante la respuesta:

LA SERPIENTE

TA-TE-TI

LA PATA COJA

David marcó: PREPARAR TA-TE-TI.

Dos pares de líneas que se cortaban aparecieron en la pantalla.

—¿Qué diablos? —dijo el general Berringer—. No es momento de...

—No, general, aguarde. Creo que comprendo lo que está haciendo, David.

¿UNO O DOS JUGADORES?

POR FAVOR, SELECCIONE NUMERO.

El tablero de ta-te-ti apareció en la pantalla central del panel principal.

—¡Has entrado! —gritó Mc Kittrick—. ¡Ordénale que desarme los misiles y cese la búsqueda al azar de las claves, inmediatamente!

El comandante Lem apartó a David e intentó seguir las instrucciones de Mc Kittrick.

El gráfico del ta-te-ti desapareció de la pantalla, sustituido por nuevas palabras de Joshua:

INSTRUCCIÓN IMPROPIA.

CAMBIOS ABIERTOS.

HA SIDO USTED DESCONECTADO.

La pantalla quedó en blanco.

—Perdone —dijo David. Marcó PASATIEMPOS. La nueva lista volvió a aparecer en la pantalla. El tablero de ta-te-ti apareció nuevamente, a una orden suya.

—¿Vas a jugar a eso con Joshua? —preguntó Mc Kittrick, incrédulo.

—¿Quiere apostar? —contestó David.

Joshua preguntó de nuevo:

¿UNO O DOS JUGADORES?

SELECCIONE NUMERO DE JUGADORES

David marcó: UNO

¿X o O?

X JUEGA PRIMERO.

—¡La X a la casilla central! —gritó alguien desde el piso inferior.

—¡Brillante estrategia! —exclamó Falken—. ¿Ve, general?, sus hombres han descubierto su auténtica vocación.

—Cállese, Falken.

David siguió marcando: X AL CUADRO CENTRAL.

Una O apareció inmediatamente en un rincón.

David siguió jugando hasta que quedaron llenas todas las posiciones.

Joshua anunció rápidamente el resultado:

TABLAS.

¿LE IMPORTARÍA JUGAR OTRA VEZ?

—No puedes ganar —gritó alguien a David desde el piso inferior.

—Ya lo sé —contestó el muchacho—. ¡Pero Joshua aún no lo ha aprendido! ¡Esa computadora puede aprender, el doctor Falken lo ha dicho! —se volvió hacia Falken—. ¿Hay alguna manera de hacerla jugar contra sí misma?

—Déjame ver... Hace años que programé ese juego... —dijo Falken, perplejo—. ¡Ah, sí! Cuando pregunta el número de jugadores, marca «cero».

David obedeció.

Inspiró profundamente e introdujo la orden.

En la pantalla apareció una X en el cuadro central.

El tablero se llenó de jugadas, en una sucesión de X y de O, hasta las inevitables tablas. Después se desvanecieron todos los signos, dejando la pantalla en blanco. Se inició otra partida, un poco más rápida, hasta concluir igualmente en tablas.

—No lo comprendo —dijo Mc Kittrick.

—Supongo que advertir s el encanto de Joshua, John —comentó Falken.

Mc Kittrick abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Naturalmente, el programa de integración!

—¿Cómo? —preguntó Berringer, observando que las partidas comenzaban a sucederse a velocidad cada vez mayor.

—Joshua es la suma total de todos sus programas, general —explicó Mc Kittrick, con los ojos fijos en la pantalla—. Igual que el cerebro humano, es un sistema holístico.

—Sí, claro —asintió Patricia Healy.

—Sigo sin entender —replicó el general.

—Todas las computadoras tienen habitualmente programas separados, unidos sólo periféricamente —contestó Pat—. General, si introduce usted el pie en algo caliente y se quema, ¿introduciría la mano desnuda?

—No, por supuesto.

—Sin embargo, el pie y la mano son cosas distintas.

—Así es.

—Su UPC, su Unidad Central de Programación, es decir, su cerebro, posee también programación integrada —añadió Pat Healy—. Lo que David intenta hacer es obligar a Joshua a introducir el pie en el fuego.

David estaba marcando la clave de «introducir», para seguir provocando a Joshua.

—Vamos —musitaba el muchacho—. Aprende eso, maldita sea. Apréndelo, Joshua.

En la pantalla, la batalla de X y O continuaba una y otra vez, cada vez más aprisa, en un círculo vicioso sin vencedor.

—¡Seguro que está consumiendo la energía de todo el sistema! —dijo el comandante Lem, echando un vistazo a un indicador—. ¡Se está volviendo loca!

La pantalla no era ahora sino un parpadeo de equis y ceros.

—El programa debe de estar haciendo cientos de partidas por segundo — murmuró Mc Kittrick.

—¡Miren! —exclamó el comandante, excitado—. ¡Los números de la serie! ¡Los códigos de lanzamiento de los misiles están deteniéndose!

Las luces parpadeantes se reflejaron en las gafas de Paul Richter.

—Está atrapada en un círculo vicioso —dijo, asombrado—. Y ese círculo vicioso le está obligando a utilizar cada vez mayor cantidad de energía del resto del sistema de computadoras.

Todo el grupo contempló, conteniendo la respiración, el descontrolado parpadeo de las luces del tablero, que hacían que el piso de operaciones de combate y el balcón de mando del Crystal Palace parecieran más una discoteca que el centro de operaciones de una red de defensa valorada en miles y miles de millones de dólares.

David se volvió hacia Falken en busca de ánimo.

Falken mostraba un levísimo asomo de sonrisa, lo que significaba que aún había esperanza.

David regresó a la pantalla. La intensidad del duelo entre símbolos parecía haberse incrementado.

Súbitamente hubo un brillante destello.

David y los demás entornaron los ojos.

La pantalla quedó en blanco.

—¡Oh! —exclamó David, perdidas ya todas sus esperanzas.

Proyecciones gigantes de la Tierra en mapas Mercator cubrieron la docena de pantallas.

El juego de luces asumió colores destellantes que produjeron mareos entre los espectadores. Los símbolos de submarinos, bombarderos y misiles empezaron a cruzar por la pantalla como insectos electrónicos, zumbando hacia delante y hacia atrás en danza alocada y suicida. La Tercera Guerra Mundial entre Oriente y Occidente terminó con el estallido simbólico de los hongos radiactivos, dejando enormes zonas del mapa ennegrecidas.

De repente, el tablero quedó nuevamente en blanco. Diversos bombarderos aparecieron en varios puntos del globo terráqueo, en diferentes posiciones.

Se produjo el lanzamiento de andanadas de misiles, que hicieron blanco en segundos.

De nuevo, se produjo el intercambio nuclear pese a la diferencia estratégica adoptada, y el resultado fue la destrucción total de ambos bandos.

Berringer aferró a Mc Kittrick por los brazos.

—¿Qué está haciendo esa máquina?

David se volvió hacia ambos.

—Está aprendiendo... —dijo—. Por fin, Joshua está aprendiendo.

El intercambio recomenzó, esta vez más aprisa. Al cabo de unos segundos, el

tablero translúcido mostraba manchas de colores totalmente indescifrables, formando una masa de diodos destellantes.

—Una repetición del ta-te-ti —murmuró el general—. Ahora lo entiendo... pero, ¿qué diferencia hay?

De pronto, la pantalla quedó en blanco, y la serie de números se detuvo por completo.

—No se habrá quemado, ¿verdad? —preguntó el general con tono nervioso—. Todavía podrían despegar esos misiles, ¿recuerdan?

El Crystal Palace estaba en total silencio, mientras los ocupantes observaban el tablero en blanco, en busca de alguna señal.

—Ningún signo de actividad —dijo Lem, revisando los contadores—. Aguarde un momento, señor. Estamos registrando...

SALUDOS, DOCTOR FALKEN.

—¡Vaya, hola, muchacho! ¡Eres muy malo...! —contestó Falken al tablero, al tiempo que hacía una señal con la mano.

David marcó un HOLA.

UN JUEGO EXTRAÑO, dijo Joshua. EL ÚNICO MOVIMIENTO GANADOR ES NO JUGAR.

—¡Y a mi muchachito Joshua le encanta ganar! —dijo en voz baja Falken. Luego dirigió al general Berringer una mirada inquisitiva—. ¿Y a usted, señor? ¿Le gusta ganar? Esperemos que a los rusos sí.

—Disculpa —dijo Berringer, acercándose al coronel Conley—. Tengo que hacer algunas llamadas. —Se detuvo junto al coronel pero giró nuevamente—. ¡Falken!, tendrá que considerar usted la posibilidad de resucitar, ¿sabe?

Al pronunciar la frase, dirigió una fría mirada a Mc Kittrick.

—Tengo la sensación —continuó— de que cierto miembro de nuestro personal va a necesitar ayuda para poner las cosas en orden.

En la pantalla aparecieron más palabras.

¿QUÉ LE PARECE UNA PARTIDITA DE AJEDREZ?, preguntaba Joshua.

—¡Olvídalo! —dijo Mc Kittrick y abrazó a Pat Healy con tal violencia que la joven casi se desmayó en sus brazos.

—¡David eres un genio! ¡Te quiero! —dijo Jennifer, sentándose en el regazo del muchacho, echándole los brazos al cuello y dándole un gran beso.

—Hey, cuidado. Puedes poner celoso a Joshua —dijo David—. Y todavía tiene los códigos de lanzamiento...

Jennifer se echó a reír y le tiró de las orejas.

—Doctor Falken —dijo David, llamando la atención del hombre—. ¿Qué tal es Joshua jugando al ajedrez?

—Bah, no muy bueno. Cierta vez, unos maestros soviéticos jugaron con él y lo derrotaron en ocho partidas de diez. —Falken apareció repentinamente pensativo—. Dios mío... Se me ocurre... —murmuró, contemplando un mapa de Rusia—.

Supongo que esos maestros habrán regresado ya a su patria y...

Una mirada de temor surcó el rostro del doctor.

En la planta inferior, un exultante analista de radar Adler acudía al botiquín de primeros auxilios en busca de un par de antiácidos para su maltrecho estómago.

No quedaba ninguno.

Epílogo

Vicerrector Kessler

Aquella tarde las dos salas de computadoras estaban vacías. Las puertas estaban abiertas de par en par. Desde su posición en el banco, ante la puerta del despacho del vicerrector Kessler, David Lightman podía ver claramente la lista que contenía la palabra clave que le daría acceso a la red de computadoras escolares del gran Seattle.

Le habían devuelto su equipo en peor estado, debido a la experiencia de haberlo separado y vuelto a unir, pero en perfectas condiciones de funcionamiento. Lo único era que, con toda la confusión de la temible aventura, no le había quedado tiempo de estudiar. Si no hacía algo drástico, sacaría unas notas pésimas aquel trimestre... y no sólo en biología.

No le llevaría más que un instante deslizarse ahí dentro, echarles un vistazo a las seis letras, y regresar corriendo al banco.

David sonrió para sí. ¡Aquello ya no era para él siquiera una tentación! No sólo había desaparecido lo arriesgado del asunto sino que, sencillamente, ya no sentía ningún interés por cambiarse las notas con ese método. Además, si le volvían a atrapar metiendo las narices en otra computadora, el FBI le había advertido que...

David se estremeció ligeramente al pensarlo. No, era mejor no jugar con aquellos asuntos. Tenía suerte de que tanto él como la civilización siguieran existiendo... y de no estar del otro lado de los barrotes.

La puerta de madera de pino barnizada se abrió. El Káiser Kessler asomó la cabeza.

—¿Lightman?

—Sí, señor —contestó David, mostrando en su sonrisa el respeto que sentía ahora por la autoridad.

—Lightman, me alegro de verle —dijo Kessler, haciéndole un gesto de camaradería—. Venga aquí, muchacho.

David siguió al fornido vicerrector y tomó asiento en el sillón de honor.

Kessler ya estaba en el suyo, limpiándose las gafas con un pañuelo de papel.

—Bueno, Lightman. Primer día de clase, ¿no?

—Sí, señor. Vengo de una reunión. Yo... bueno... supongo que se lo habrán contado todo, ¿verdad?

Kessler abrió con su mano de dedos gordezuelos una carpeta y estudió durante un instante un informe mecanografiado.

—Sí. Los mismos agentes que hablaron conmigo hace un par de semanas, me hicieron otra visita. Estaban muy impresionados con usted, Lightman, aunque no del todo positivamente.

—Lo lamento, señor.

—Sí. Me atrevería a decir que ha pasado por una experiencia bastante traumática, ¿no cree? ¿Cómo le ha ido con sus padres?

—Se encuentran bien —David no pudo reprimir una leve sonrisa—. Para ellos sí que ha sido un trauma.

—¿Conocen toda la historia?

—No, señor, ignoran la parte del... —David no terminó la frase.

—¿No saben que han estado cerca de...?

—¿Usted también lo sabe, señor?

Kessler asintió con un gesto grave.

—Sí. Consideraron que era preferible decírselo a alguien que pudiera ocuparse un poco de usted... y aunque sospecho que les habría gustado contárselo a sus padres, ciertas esferas del gobierno pidieron que no se les explicara toda la historia... Por su bien, muchacho.

Después de todo, este John Mc Kittrick no es un mal hombre en el fondo, pensó David.

—Yo soy el único que conoce la historia —prosiguió Kessler—. Era preciso que regresaras a la escuela sin que yo siguiera considerándote un traidor a la patria. Te debo una disculpa. Les conté a los agentes del FBI algunas cosas desagradables respecto de ti, pero me atrevería a decir que te conozco mejor ahora. Y me gustaría hacer algunas correcciones en lo que dije.

—No es necesario, señor. Creo que he aprendido la lección. Mis padres se han portado muy bien en este aspecto. Me han permitido conservar la computadora y me dejarán ir el próximo verano a trabajar con el general Berringer, en el NORAD.

—Supongo que allí aprenderás mucho sobre computadoras, ¿no?

—Sí, señor! —contestó con presteza el muchacho.

—Y ahora, volviendo a tu caso, veo que parte de la culpa puede achacarse a nuestro sistema de enseñanza... —Kessler le dedicó a David una mirada divertida, suspicaz y respetuosa a la vez—. Además de los agentes del FBI, otras tres personas me llamaron en privado para hablarme de ti. Entre ellas un tal doctor Stephen Falken. Estuvimos charlando un buen rato.

—Vaya.

—Sí, de verdad. Hasta ahora ignorábamos que teníamos un gran genio entre nosotros, David Lightman. Esta escuela no tiene mucho que ofrecer a personas como tú... y es nuestra culpa. Así pues, me gustaría hacerte saber que estamos haciendo cambios profundos en nuestro programa de temas y asignaturas para ponernos al nivel de lo que precisan estudiantes como tú.

—¿Quiere usted decir... cursos de informática?

David estaba asombrado.

—Exacto —confirmó Kessler.

—¿Con qué material?

—Creo que podremos conseguir algunas Trash 80, Commodore, Apple o Atari.

—Maravilloso, señor. Estoy seguro de que muchos alumnos se interesarán en ellas.

—También nos gustaría que tú colaboraras. Estamos pensando en crear un club de computadoras. ¿Te interesaría ser nuestro consejero especial?

—¡Por supuesto! —asintió David.

—Magnífico. Bien, por ahora creo que eso es todo. Debo repetirme que estoy asombrado de que se haya producido esta historia tan poco corriente.

—También yo estoy asombrado, señor.

—Una última cosa —dijo Kessler, poniéndose de pie. Quiero mostrarte algo.

Quiero enseñarte que no soy tan mal tipo, después de todo.

Perplejo, David siguió al vicerrector fuera del despacho, hacia el vestíbulo.

Jennifer Mack mostró su sorpresa al verlos juntos. La mano de Kessler se apoyaba en el hombro de David con ademán paternal.

—¡Ah, señorita Mack! —dijo Kessler al verla—. No se preocupe, no me lo llevo a la cámara de torturas. Venga con nosotros. Quiero que usted también vea lo que tengo que enseñarle. Le interesará.

Jennifer se encogió de hombros y los siguió, apretando los libros contra el pecho.

Kessler los llevó a la sala de descanso de la escuela. Dado que ya había terminado el horario normal de clases, la puerta de sala estaba cerrada.

Kessler extrajo una llave de una cadena metálica que tintineó, y abrió la puerta.

Encendió la luz, y levantó el brazo.

—Ahí está, David. ¿Qué opinas?

En una esquina, junto a la mesa de *ping-pong* y el surtidor de agua, yacía la forma, familiar pero extrañamente fuera de lugar, de un videojuego de salón.

—Si ésta da resultado, supongo que podremos conseguir un par más, ¿de acuerdo, David?

David permaneció mirando al Atari y después volvió la mirada a Jennifer. En los ojos de la muchacha brillaba una chispa traviesa. Soltó una carcajada.

¡El juego era «Mando de misiles»!

—David, hace un rato estaba jugando con esa maquina —dijo Kessler, haciendo sonar un montón de monedas en el bolsillo—, y debo confesar que no puedo resistirme a sus encantos. —Le tendió unas monedas a David, y prosiguió—: Me preguntaba si podrías enseñarme algunos trucos del asunto, digámosle así.

—Bueno, señor, no querría parecer irrespetuoso —dijo David, pasando el brazo por sobre los hombros de Jennifer y arrastrándola hacia afuera—, pero he abandonado los juegos electrónicos durante una temporada. Una temporada de abstinencia, ¿comprende?

—¡Eh! ¿Adónde van? —preguntó Kessler, asombrado, mientras veía a David alejarse.

—¡Vamos a llegar tarde a clase de ejercicios aeróbicos! —exclamó Jennifer en

tono triunfal, volviendo la cabeza.

Mientras caminaban, David se puso a silbar cierta cancioncilla de Olivia Newton-John que se le había pegado últimamente.



DAVID F. BISCHOFF (Washington, 1951) escritor y guionista americano, es conocido por sus libros de ciencia ficción y sus guiones para el cine y la televisión.

Aunque lleva escribiendo desde principios de 1970, y ha publicado más de 80 libros, Bischoff es más conocido por sus novelizaciones de películas populares y series de televisión, incluyendo *Aliens*, *Gremlins 2: The New Batch*, *Star Trek: The Next Generation*, y *Wargames*.

Su primera novela, *The Seeker* fue publicada en 1976 y en 1978 escribió *Tin Woodman*, una notable historia corta nominada para un Premio Nebula en ese año.

Bischoff enseña escritura creativa en la Universidad Seton Hill de Pennsylvania.